Del autor de *El club de la lucha*

CHUCK PALAHNIUK

La invención del sonido



CHUCK PALAHNIUK

La invención del sonido



RANDOM HOUSE

Tú tranquilo,
que solo es una película

PRIMERA PARTE

PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS

Una ambulancia aullaba por las calles, y no había perro que no aullara también. Los pequineses y los border collies. Los pastores alemanes, los boston terriers y los galgos ingleses. Los mestizos y los de pura sangre. Los dálmatas, los dóberman pinscher, los caniches, los basset y los bulldogs. Los perros pastores y los falderos. Los domésticos y los callejeros. Los perros sin raza y los perros con pedigrí, todos aunaron sus aullidos al pasar la sirena.

Y durante aquel largo tránsito, todos fueron una misma jauría. Y todos sus aullidos se volvieron el mismo aullido. Y era tan fuerte que ahogó el ruido de la sirena. Hasta que el sonido que los había aunado a todos terminó de apagarse, y aun así sus aullidos continuaron.

Porque no había perro que soportara ser el primero en abandonar aquel raro momento de comunión.

En la cama, Jimmy se apoyó sobre un codo y escuchó.

—¿Por qué? —preguntó.

A su lado, Mitzi se desperezó. Cogió una copa de vino del suelo y preguntó:

—¿Por qué qué?

En el edificio de oficinas de la acera de enfrente solo había una ventana con la luz encendida. Enmarcado en ella, un hombre miraba la pantalla de un ordenador, su cara bañada por la luz parpadeante de las imágenes en movimiento. La luz danzaba en sus gafas y reverberaba en las lágrimas que le caían por las mejillas.

No solo en la calle, sino también en los apartamentos que los rodeaban, continuaban los aullidos. Entre los pelos del pene húmedo y caído de Jimmy, supuraba una ampolla. Parecía a punto de reventar, un bulto inflado y lleno de pus de un rosado blanquecino.

—¿Por qué aúllan así los perros? —preguntó.

Mitzi estiró el brazo para hurgarle en el bulto, pero resultó que no era ninguna inflamación. Era una pastilla que tenía pegada en la piel. Un fármaco. Un somnífero extraviado. Una píldora de Ambien. Mitzi la despegó, se la metió en la boca y la hizo bajar con vino.

—Resonancia límbica —contestó.

—¿Eso qué es? —preguntó él mientras se escabullía de la cama. No era ningún caballero, nuestro Jimmy. Un cavernícola es lo que era. Descalzo en el suelo de madera encerada, agarró el borde del colchón y tiró de él, Mitzi incluida, para sacarlo de encima del somier. Por lo menos esta vez no la arrastró del pelo, pero sí la llevó a rastras, a ella y al colchón, hasta el otro lado del dormitorio, hasta los altos ventanales con vistas a la ciudad—. ¿Resonaqué…?

—Resonancia —dijo ella—. Resonancia límbica. Es mi trabajo. —Mitzi dejó su copa vacía de vino en el alféizar de la ventana. La red de alumbrado público relucía bajo el caos de estrellas aleatorias. Los aullidos se estaban apagando—. Mi trabajo —dijo Mitzi— es hacer que la población del mundo entero chille en el mismo momento.

En vez de llamar a un abogado, Foster telefoneó al líder de su grupo, Robb. Aquellos policías ni siquiera eran policías de verdad. Solo trabajaban en el aeropuerto. En cuanto a Foster, solo había tocado a la niña; llamarlo delito era pasarse un poco. Estaba bajo custodia policial, pero solo en un comedor para empleados detrás del mostrador de venta de billetes de la línea aérea. Sentado en una silla metálica plegable. Las máquinas expendedoras llenaban una pared entera. En la mano le sangraba una marca de mordedura en forma de media luna.

Solo se había retrasado un vuelo, el de la niña, para darle tiempo a la pequeña para que prestara declaración.

Foster les pidió a los falsos policías que le devolvieran el móvil y les enseñó una captura de pantalla. Tenían que admitir que había cierto parecido entre el hombre de la página web y el pervertido de hoy. El pervertido que había estado con la niña. Uno de los agentes falsos, el

hombre, le preguntó a Foster de dónde había sacado la imagen, pero claro, Foster no lo podía decir.

La otra policía falsa, la mujer, le dijo:

—El mundo está lleno de criaturas perdidas. Eso no le da a usted derecho a robar las de los demás.

Por su parte, Foster quería preguntar por el equipaje que había facturado. Su vuelo a Denver ya se había marchado hacía rato. Si el pasajero no había embarcado, ¿aun así sacaban su equipaje del avión? ¿Estaban olfateando su maleta los perros aquellos que olisqueaban en busca de bombas? Ya no quedaban ciudades en el mundo donde pudieras dejar una maleta cara dando vueltas y más vueltas en la cinta de equipajes, sin que se la llevara alguien. Alguien la robaría sin falta; fingiría que estaba comprobando la etiqueta y desaparecería con ella por la puerta.

En cuanto a Foster, no le iría mal una copa. Una copa y quizá un par de puntos en la mano.

Antes de la escaramuza, solo se había tomado un par de martinis en el bar de la terminal. Todavía no se había terminado el tercero cuando había visto a la niña. Lo que le había llamado la atención era el pelo caoba de Lucinda, más corto de lo que él recordaba: ahora solo le llegaba a los pequeños hombros. Una niña de la misma edad que tenía Lucinda cuando desapareció hacía diecisiete años.

Al principio había actuado sin pensar. Es así como funciona el corazón humano. Si lo pensaba fríamente, sabía cómo actuaba el paso del tiempo en las personas. Las fotos de los cartones de leche. Sabía que todos los años hacían que un ordenador envejeciera a los niños, hasta que llegaban a la edad adulta, y a partir de entonces ya solo renovaban la imagen cada cinco años. Los expertos usaban fotos de la madre, de las tías, de cualquier pariente mujer, para generar la nueva versión de ella cada cinco años. Y así, en cualquier supermercado, entre la nata de montar y la crema de leche, Lucinda le sonreía desde todos los cartones de la nevera de lácteos.

Había estado completamente convencido de que la niña del aeropuerto era Lucinda… pero no.

Lo que había hecho saltar todas sus alarmas era el pervertido que se

estaba llevando a la niña cogida de la mano hacia la puerta de embarque de un vuelo. Sin perder ni un instante, Foster había dejado un puñado de billetes sobre su mesa y había salido corriendo detrás de ellos. Había sacado su teléfono y se había puesto a buscar entre las imágenes guardadas. Su galería de villanos. Las caras pixeladas con sus inconfundibles tatuajes de cuello. O los retratos frontales de los pederastas sudorosos.

El desalmado que se estaba llevando a la niña tenía pinta de personaje de Scooby-Doo. Un colgado fumeta y greñudo con chancletas. Foster se puso a dar vueltas, zigzagueando de lado a lado para hacerle fotos desde ángulos distintos. Frente a ellos, la agente a cargo de la puerta estaba comprobando la identidad de los pasajeros que accedían a la pasarela de embarque.

El troglodita fumeta presentó los dos billetes y desaparecieron por la puerta. Eran los últimos pasajeros en embarcar.

Jadeando por la carrera, Foster llegó hasta la agente y dijo:

—Llame a la policía.

La agente se interpuso en su camino, bloqueando el acceso a la pasarela de embarque. Le hizo una señal a otra agente que estaba en el mostrador y levantó una mano, diciendo:

—Señor, haga el favor de detenerse.

—Soy detective —dijo Foster, jadeando las palabras. Levantó su teléfono para mostrar una captura de pantalla borrosa de un tipo greñudo, de cara demacrada, con los ojos muy hundidos en el cráneo. Muy flojito y a lo lejos, oyó el anuncio de que su vuelo estaba empezando a embarcar.

A través de los ventanales de la sala de embarque, Foster pudo ver el avión. Vio a los pilotos enmarcados en las ventanillas de la cabina. Los agentes de rampa acababan de meter las últimas maletas facturadas en la bodega y estaban cerrando de golpe las escotillas de carga. Dentro de un momento se alejarían del avión.

Foster empujó a la agente. Con más fuerza de la que había pretendido usar, la apartó con tal vehemencia que la tiró al suelo. Con sus pasos resonando por la pasarela de embarque, le gritó:

—¡No lo entiende!

Sin dirigirse a nadie en particular, gritó:

—¡Se la va a *follar* y la va a *matar*!

Una azafata de vuelo ya se disponía a cerrar la portezuela de la cabina cuando Foster la apartó de un codazo. Luego se abrió paso a trompicones por entre los asientos de primera clase, gritando:

—¡Ese hombre es un pornógrafo infantil!

Agitando su teléfono, gritó:

—¡Destruye a criaturas!

Gracias a su investigación, sabía que los traficantes de niños caminaban entre nosotros. Los teníamos a nuestro lado en el banco. Se sentaban junto a nosotros en los restaurantes. A Foster apenas le había hecho falta arañar la superficie de internet para que aquellos depredadores se aferraran a él, mandándole su corrupción y tratando de atraerlo a su mundo repugnante.

Todavía quedaban unos cuantos pasajeros de pie, esperando en el pasillo para ocupar sus asientos. La última de la fila era la niña, todavía cogida de la mano del hombre. Cuando Foster gritó, los dos miraron hacia atrás. Quizá fuera el traje azul de ejecutivo de Foster, o su peinado de niño bueno y sus gafas de empollón, pero algo hizo que los pasajeros se volcaran en su ayuda.

Señalando con el teléfono, Foster gritó:

—¡Ese hombre es un secuestrador! ¡Dirige una red internacional de pornografía infantil!

Con los ojos enturbiados y el pelo greñudo, el acusado solo dijo:

—Cómo te pasas, colega.

Cuando la niña rompió a llorar, aquello pareció confirmar las acusaciones. Los héroes en potencia se desabrocharon los cinturones de seguridad y se lanzaron todos, placando al troglodita colgado y después amontonándose encima de él hasta que nadie pudo oír sus protestas apagadas. Todo el mundo estaba gritando a la vez, y quienes no se dedicaban a inmovilizar al colgado tenían los teléfonos en alto para filmar sus vídeos.

Foster se arrodilló en el pasillo del aeropuerto, caminó a gatas hasta la niña llorosa y le dijo:

—¡Cógeme la mano!

La niña se había soltado de la mano del colgado y después lo había visto desaparecer bajo varias capas de cuerpos. Ahora, deshecha en lágrimas, gimió:

—¡Papá!

—No es tu papá —le dijo Foster en tono tranquilizador—. ¿No te acuerdas? Te raptó en Arlington, Texas. —Foster se sabía de memoria los detalles del caso—. Pero ya no te va a hacer más daño. —Estiró el brazo y cerró la mano en torno a la manita diminuta de la niña.

La niña soltó un chillido inarticulado de dolor y de terror. La melé de pasajeros sudorosos tenía completamente sepultado al troglodita.

Foster atrajo a la niña hacia sí y le dio un abrazo, tratando de acallarla y acariciándole el pelo mientras le repetía:

—Ya estás a salvo, estás a salvo.

Con el rabillo del ojo acertó a ver que varios pasajeros lo grababan con sus teléfonos: aquel hombre, un hombre perturbado con traje azul marino, un tipo completamente anónimo, se había puesto de rodillas en el pasillo central para intentar agarrar a una niñita con vestido de flores.

Un anuncio de la megafonía del avión repetía: «Les habla el piloto. Los agentes de la policía aeroportuaria están de camino. Por favor, que todos los pasajeros permanezcan en sus asientos».

La niña estaba llorando, quizá porque Foster estaba llorando. Estiró la manita libre hacia un mechón de pelo del pervertido, que ya apenas resultaba visible debajo del montón de cuerpos.

Foster le cogió la carita sucia de lágrimas entre las manos y obligó a sus inocentes ojos castaños a mirar a los suyos.

—Ya no tienes que ser su esclava sexual —le dijo—. Se acabó.

Por un instante, todos los presentes se regodearon en el cálido resplandor de su heroísmo colectivo. La escena estaba por todo internet, a tiempo real. Luego, en un par de centenares de vídeos de YouTube, un agente federal aéreo inmovilizó a Foster agarrándolo por el cuello.

Una determinación dura y curiosa nubló los ojos de la niña, enmarcados entre las manos de Foster.

Medio asfixiado, él le aseguró:

—Y no hace falta que me des las gracias, Sally.

—Me llamo Cashmere —dijo la niña. Y giró la cabecita lo justo para clavarle los dientes en la parte blanda del pulgar.

Los paramédicos le habían puesto nombre. Los que venían a recoger los cadáveres. Lo llamaban el «Método Fontaine», en honor a aquella torre de pisos que no ofrecía a sus inquilinos nada a lo que atar una cuerda. Una torre de cemento reforzado con acero, con unos techos altos y vacíos salvo por unos cuantos focos empotrados, lo que algunos llamaban luces «enlatadas». Unos pocos apartamentos tenían luces en rieles.

Elegante, pero nada de aquello podía soportar el peso de una persona.

Un viaje a los contenedores de reciclaje del sótano del edificio explicaba muchas cosas. El contenedor de cristal transparente estaba lleno de botellas de tequila Patrón y vodka Smirnoff. Los vecinos de Mitzi no eran pobres. En el Fontaine nadie comía comida de gato; salvo los gatos, claro.

Apenas venían visitas. Con la excepción de los paramédicos.

Ahora mismo había una ambulancia esperando en la acera. Sin luces. Sin sirena. Mitzi la miraba desde la planta diecisiete, desde el colchón que Jimmy había arrastrado hasta la ventana. Dos hombres uniformados terminaron de bajar con brusquedad una camilla por las anchas escaleras del edificio y la depositaron en la acera mientras abrían las portezuelas de atrás de la ambulancia y se sentaban en la plataforma trasera para fumarse unos cigarrillos.

La figura de la camilla, completamente cubierta y sujeta con correas, se veía pequeña. Una mujer, supuso Mitzi. Una niña no, porque el reglamento de los apartamentos no permitía criaturas. Lo más probable era que fuera un cuerpo en estado avanzado de descomposición. Era el efecto que tenía pasar unas semanas muerto con el calor de California, aun con el aire acondicionado central a todo trapo. Podía acabar uno cocido hasta quedar en nada. En plan momificación. En plan desecación. Los demás residentes sabrían quién

era la muerta. Y sabrían si había sido una mujer de la limpieza o el fuerte olor lo que había hecho venir a la policía.

Mitzi sabía que había sido la mujer de la limpieza la que había encontrado apuñalada a Sharon Tate. Había sido la mujer de la limpieza la que había encontrado a Marilyn Monroe fría y desnuda. A Mitzi se le ocurrió que encontrarte a tu jefa embarazada cosida a puñaladas debía de ser una de las peores maneras de quedarte sin trabajo.

Los apuñalamientos eran un tema sobre el que Mitzi podría haber escrito un libro. Por ejemplo, sobre la cuestión de por qué había asesinos que seguían asestando puñaladas durante tanto rato. La primera es la única que tiene intención de causar dolor. Las siguientes veinte, treinta o cuarenta cuchilladas solo buscan que concluya el sufrimiento. Solo hace falta un pinchazo o un corte para desencadenar los chillidos y hacer brotar la sangre. Pero hacen falta muchos más para conseguir callarlos.

Al otro lado de la calle, a su misma altura, había un hombre sentado a solas en su oficina. Un individuo anónimo con cuerpo de papá, contemplando una pantalla de ordenador que Mitzi no podía ver. Estaba sentado a su mesa y con las gafas puestas, en la única oficina del edificio que tenía las luces encendidas.

Mitzi lo había probado una vez, el Método Fontaine. Un truco sencillo que los rumores transmitían a cada nuevo residente. Alguien abría una puerta. En cuanto que metáfora, tenía una dulzura poética. Como no había otro lugar al que atar una cuerda, la atabas al pomo de la puerta. El suave cinturón de un albornoz afelpado servía para el caso. Con una punta atada al pomo, pasabas el resto del cinturón por encima de la puerta y hacías un nudo corredizo con él. Te ponías de pie sobre una silla, la apartabas de una patada y hacías tu danza patibularia pegado a la superficie lisa y pintada de la puerta.

Mitzi sabía que, en los viejos tiempos, nadie quería maldecir a un árbol. Así pues, cuando se ahorcaba a alguien, la gente apoyaba una escalera de mano contra una tapia y ataba una soga al peldaño superior. Al condenado lo subían a una silla o lo sentaban a lomos de un caballo. Cuando se derribaba la silla o el caballo salía corriendo, el

nudo corredizo que quedaba colgando bajo la escalera hacía su trabajo. Aquello había originado el miedo a pasar por debajo de las escaleras. Porque nunca se sabía. Quizá el espíritu o los espíritus de los bandoleros o asesinos todavía rondaran el espacio donde los habían ejecutado.

Los espíritus del mal poblaban la tierra para evitar su destino en el infierno. Mitzi esperaba que los muertos no sufrieran resaca.

Mientras miraba a los paramédicos, se tomó un Ativan seguido de un Ambien. Le dolía la cabeza. Le dolía a menudo la cabeza, pero quizá pudiera olvidarse de que aquella era su cabeza. El Ambien lo podía conseguir. La cantidad suficiente de Ambien.

A la luz de las circunstancias, alguien debería ofrecer una plegaria. «Padre nuestro que estás en los cielos —empezó Mitzi, pero el Ambien ya le estaba borrando los pensamientos. Empezó y se paró, incapaz de recordar las palabras siguientes—. Perdónanos nuestras deudas —dijo —, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores…».

Diecisiete plantas por debajo de su ventana, los paramédicos acababan de cargar a su pasajera y estaban cerrando de un golpe las portezuelas. En el edificio de la acera de enfrente, se apagó la única luz encendida.

En su lugar, reemplazando al hombre con cuerpo de papá, Mitzi no vio más que su propio contorno reflejado. Agitó un brazo y vio cómo su reflejo le devolvía el gesto.

Le sonó el teléfono. La ambulancia se había marchado.

A solas, a solas y fuera del alcance de Mitzi, su reflejo levantó el brazo y se llevó el teléfono reflejado al oído. El reflejo de la ventana agitó su mano libre. Como si estuviera diciendo adiós a los paramédicos o a la persona muerta, o simplemente despidiéndose de su yo real.

Extracto de *Oscarpocalypse Now,* de Blush Gentry (p. 1)

No me llaméis estrella de cine. No lo soy, ya no. Hoy en día soy gemóloga certificada. Si me ofrecen papeles, no es por mi agudeza interpretativa. Los

papeles que menos me apetece interpretar son esos cameos frikis que le caían siempre a Patty Hearst.

No, lo que me emociona de verdad es el diópsido de cromo. Mi empresa tiene una participación mayoritaria en el depósito de diópsido de cromo más grande de Siberia. «Más esmeralda que las esmeraldas», dice nuestro eslogan. Lo que queremos decir es que el diópsido de cromo tiene un verde más intenso que la mayoría de las esmeraldas. Se puede ver mi línea de productos completa en *La hora de las joyas de la corona de Hollywood de Blush Gentry*, emitido en GemStoneTV.

Mi hijo, que se llama Lawton, tiene once años. Mi marido sigue trabajando en la industria del cine, pero ya no delante de las cámaras. Trabaja en posproducción, en *pos*-posproducción, o sea, posproducción *profunda*. Y es un poco adicto al trabajo. Siempre me dice: «Blush, mi trabajo es mi iglesia».

Y no. No sabíamos nada de aquellos asesinatos horribles, por lo menos no en la época en que se estaban cometiendo.

Fuera cual fuera la magia que había usado Robb, consiguió que soltaran a Foster. Lo recogió en el aeropuerto y lo llevó en el coche a una cafetería. Ocuparon un reservado próximo al de una mujer con gafas enormes, que deslizó un paquete sobre la mesa hacia un hombre que lo empujó de vuelta hacia ella. Con las lentes oscuras preservando su anonimato, la mujer toqueteó su teléfono. Apretó el botón de un bolígrafo y apuntó algo en un cuaderno.

La camarera todavía no les había traído sus huevos cuando Robb se tapó la cara con las dos manos y rompió a llorar.

—Es Mai —sollozó, sus palabras sofocadas tras los dedos—. Es todo.

Los demás clientes se giraron para mirarlos.

Su mujer, Mai, lo había abandonado a raíz de la espantosa muerte de su bebé. Foster había oído la historia cientos de veces en el grupo de apoyo.

Robb se abrió la chaqueta para revelar una funda sobaquera, con la pistola pegada a las costillas. Se secó la cara con una servilleta de papel. Con la otra mano hurgó a tientas en la hebilla y los cierres hasta soltarse la sobaquera, y luego dejó la funda y la pistola sobre la mesa entre ambos.

—Ahora mismo no la puedo tener. No sé lo que pasará si salgo de

aquí con esto… —Empujó la pistola hacia Foster.

Foster la empujó de vuelta hacia él. El pesado acero hizo mucho ruido al deslizarse sobre el plástico laminado. Como estática. Como algo rechinando en una habitación donde todos los presentes se habían quedado callados.

Eran dos hombres sentados en una cafetería. Uno de ellos llorando, con la pistola entre ambos, la gente mirando. La mujer de las gafas de sol también los miró.

—Por favor —le suplicó Robb—. Quédatela, solo de momento.

Después de lo del aeropuerto, Foster le debía un favor. Así que cogió la pistola.

Mitzi llegó a la cafetería. Al reservado más cercano al fondo. El sitio de costumbre. La esperaba sentado un productor, Schlo. Con los dos proyectos que tenía atrasados, no se podía decir que necesitara más trabajo. Pero Schlo era como de la familia. Además, aquello era Hollywood; ¿quién no querría ser el héroe? Mitzi se deslizó en el reservado y preguntó:

—¿Ya has probado con Industrial Light & Magic?

El tipo no contestó, no de inmediato. Típico de Schlo. Era como hablaba la gente que vivía a través del móvil. Dejando un amplio margen alrededor de cada declaración para dar tiempo al delay del satélite.

—Industrial Light & Magic no eres tú —dijo.

Incluso en persona, sentado al otro lado de la mesa, Schlo hablaba muy fuerte. Como si se pasara la vida gritándole al manos libres de su coche.

El grandullón de Schlo levantó la mano para acariciarse la barba de dos días, contemplando claramente su reflejo en las gafas de sol de ella. La ponían en evidencia, aquellas gafas de sol dentro del local.

—¿Pillaste una curda anoche? —preguntó él—. Barritas de Xanax. —La señaló con un grueso dedo. Un gemelo de rubí centelleó en su muñeca—. Te puedo mandar unas cuantas.

Mitzi ni siquiera se dignó responder a aquello.

—Si es magnesio lo que te falta, la solución son las nueces de Brasil. —Ahuecó una mano junto a la boca y susurró—: ¿Sabes que en mis tiempos las llamábamos «dedos de pie afroamericanos»? —Soltó un siseo húmedo, riéndose de su propio chiste.

Mitzi se levantó las gafas para fulminarlo con la mirada, pero las luces fluorescentes le apuñalaron los ojos.

Schlo estiró una mano carnosa y peluda hacia el otro lado de la mesa.

—Has salido a tu madre. Qué buena persona era. —Le acarició la mejilla con los dedos—. No eres tu padre, ni hablar. Nunca conocí a mayor capullo que tu padre.

Ella se la apartó de un manotazo. El dolor de cabeza le bajó por el cuello y se le extendió por los hombros y descendió por la espalda.

Solo había sugerido Industrial Light & Magic a modo de indirecta. Estaba provocando al productor. Mitzi solo había una. Evitó el contacto visual. Hizo una seña a una camarera.

—Llama a Jenkins —dijo por fin—. Es buena.

Después de la pausa de rigor, Schlo dijo:

—Jenkins no querrá saber nada de esto. —Una vez más, demasiado fuerte.

Mitzi dejó su móvil sobre la mesa. Desenrolló unos auriculares, los enchufó al teléfono y dijo:

—Quiero que oigas un grito nuevo.

El grandullón de Schlo hizo un gesto despectivo. Para él, un grito solo era un grito.

¿Qué sabrá la gente?, se preguntaba Mitzi. Se creen que saben cómo suena un hueso al romperse, cuando lo único que han oído es apio. Apio congelado, envuelto en gamuza y partido por la mitad. Se creen que un cráneo, cuando alguien se tira desde lo alto de un rascacielos y se estrella de cabeza contra la acera, suena como una capa doble de galletas de soda pegadas a una sandía y golpeadas con un bate de béisbol.

El espectador medio de cine cree que todos los cuchillos hacen el mismo ruido al clavarse. Los muy inocentes no tienen ni idea de cómo suena realmente una rociada arterial hasta que sufren un accidente

frontal de coche.

Schlo cogió del asiento contiguo al suyo un voluminoso paquete de correo exprés. Se lo entregó por encima de la mesa. Quedaba una pringosa sombra de pegamento allí donde alguien había arrancado la etiqueta adhesiva de una dirección.

Mitzi abrió la parte superior del paquete. Pasó el pulgar por el borde del fajo de billetes que había encima. Todos de cien. Fajos y más fajos. La escena en cuestión debía de ser jodidísima.

Algo reventó. Una pompa de chicle. Se acababa de acercar a su mesa una camarera mascando chicle. No era la típica angelina con moreno anaranjado de rayos UVA. No era la típica Barbie rubia con dos neuronas.

La camarera miró a Schlo un momento demasiado largo. Después apartó la vista demasiado deprisa. Lo había calado. Enderezó la espalda. Sacó pecho y levantó el mentón. Giró la cabeza a un lado y a otro sin más razón que mostrar los dos perfiles.

—¿Qué os puedo traer? —preguntó.

Ya no era una camarera; ahora era una actriz interpretando a una camarera. Se tragó el chicle como quien traga un poco de saliva.

Se puso a recitar los platos del día. Pronunciando cada palabra como si estuviera en una prueba de casting.

Mitzi la interrumpió.

—Solo café. —Añadió—: Por favor.

Después de irse la camarera, Schlo probó una estrategia nueva.

—Me encanta tu trabajo —dijo—. Esa película que salió el mes pasado, en la que el chaval tropieza en lo alto de las escaleras y se parte la crisma contra el suelo de piedra… esa escena era tuya, ¿verdad?

Un chaval, un actor que interpretaba a un adolescente acosado por una muñeca poseída. La muñeca estaba hecha por ordenador. El actor era casi de mediana edad. Lo que se caía por las escaleras era un muñeco a tamaño real que tenía dentro un esqueleto articulado. Lo que conseguía que toda aquella porquería falsa pareciera real era el sonido. El crujido de un cráneo abriéndose contra un suelo de piedra y el ruido de espachurramiento perfecto de los sesos de dentro. El

sonido era el detalle crucial que hacía que te creyeras la escena.

—Una lechuga congelada que se tira para que caiga junto al micro —dijo Mitzi.

Schlo negó con su enorme cabezón.

—Esta ciudad conoce el ruido que hace una lechuga.

La gente del ramo sabía cómo sonaban las tiras de contrachapado puestas en remojo para disolver el pegamento, y después secadas al sol y partidas por la mitad para hacer el sonido de una fractura de fémur.

Mitzi se encogió de hombros. Abrió en su teléfono el archivo de audio que estaba intentando vender. Su último grito era el futuro del cine. La interpretación más allá de la interpretación.

Imperaba un doble patrón de mierda. Visualmente, el cine mejoraba cada año. Gracias a los gráficos hechos por ordenador. Gracias a la animación digital de todo. En cambio, en lo tocante al sonido, se seguían usando dos cáscaras de coco cada vez que aparecía un caballo en el plano. Se seguía estrujando un saco de harina de maíz cada vez que un actor daba un paso en la nieve. La calidad del sonido había mejorado, gracias al Dolby y el Surround y las pistas de sonido superpuestas, pero la materia prima seguía estando en la puta Edad Media.

El trueno era una lámina de metal. Las alas de murciélago eran un paraguas abriéndose y cerrándose a la velocidad adecuada.

—¿Qué escena tienes? —preguntó Mitzi.

Lo averiguaría pronto, cuando viera el vídeo, pero tenía preguntas básicas que requerían respuestas por adelantado.

Schloo apartó la vista. A través de los ventanales miró un Porsche que había estacionado en el aparcamiento.

—Nada especial —dijo—. Una joven apuñalada.

Mitzi se sacó del bolso un cuadernillo de espiral. Pulsó el botón de un bolígrafo.

—¿Qué marca es el cuchillo? —dijo.

Schlo frunció el ceño.

—¿Te hace falta saber eso?

Mitzi empezó a empujar el sobre del dinero por encima de la mesa

en la dirección de la que había venido.

Schlo se lo devolvió otra vez. Levantó un dedo para pedir paciencia mientras se sacaba el teléfono y buscaba algo en la pantalla. Leyendo, dijo:

—Un Lauffer Carvingware alemán. De acero inoxidable y mango de marfil. Cuchillo de rebanar con hoja de diecisiete pulgadas, fabricado en 1954. —Levantó la vista—. ¿Necesitas el número de serie?

Volvió a entrar en escena la camarera. Se había recogido el pelo para apartárselo de la cara. La pintura de labios se veía reluciente y recién aplicada. Las pestañas se le combaban, alargadas y cargadas de rímel. Sonriendo como si la hubieran vuelto a llamar para una segunda prueba de casting, traía un par de tazas en una mano. Una cafetera en la otra. Con un solo movimiento, dejó las tazas en la mesa y las llenó. Salió de escena.

Mitzi tomó notas.

—¿El cuchillo se queda clavado o hay incisiones múltiples?

Schlo levantó la vista del teléfono.

—¿Qué importa eso?

Mitzi volvió a empujar el grueso paquete de dinero hacia el otro lado de la mesa. Pulsó el botón del bolígrafo y fingió que guardaba el cuaderno.

No lo había mencionado, pero si había incisiones múltiples también se tenía que oír el ruido del cuchillo al salir. Un ruido de succión. Una succión seguida del chorro de sangre o de aire que saliera de dentro de la herida. Era complicado.

Schlo volvió a empujar el dinero hacia ella y dijo:

—Tres puñaladas. Una, dos, tres, y el cuchillo se queda dentro.

Sin levantar la vista de sus notas, Mitzi preguntó:

—¿Dónde la apuñalan?

El productor echó un vistazo al bolígrafo y al cuaderno. Cogió su taza de la mesa y dio un ruidoso sorbo.

—En una cama metálica grande.

Mitzi soltó un suspiro de exasperación.

—¿En qué… parte… del cuerpo?

Schlo miró a su alrededor. Le subieron los colores y entrecerró los

ojos mientras se inclinaba sobre la mesa. Le susurró algo desde detrás de la mano en alto.

Mitzi cerró los ojos y negó con la cabeza. Los volvió a abrir.

Con los ojos entornados, el productor la fulminó con la mirada.

—No te me pongas petulante. —Sonrió con suficiencia. La mueca le dejó al descubierto los dientes de abajo, enfundados y blanqueados, pero no por eso menos feos—. Hiciste la escena aquella en que los perros demoníacos despellejaban al sacerdote maricón.

Estaba escupiendo al hablar, hirviendo de vergüenza e indignación a partes iguales. Los pocos comensales que había en el local levantaron la vista para mirar en su dirección.

Mitzi no se había inventado ninguna de aquellas situaciones, pero no lo dijo. Era una mujer normal y corriente, una contratista independiente, que hacía realidad los sueños retorcidos de los guionistas.

Al otro lado del pasillo, un hombre que estaba sentado a una mesa se echó a llorar. Se tapó la cara con las manos ahuecadas y prorrumpió en sollozos estridentes y teatrales. Un segundo hombre sentado frente al primero se puso a mirar a su alrededor, con la cara roja como un tomate de vergüenza. Aquel segundo hombre no era más que un individuo anónimo con cuerpo de papá, pero Mitzi conocía su cara.

De vuelta en su oficina, Foster seguía viendo niñas por todas partes. Niñas de tercero de primaria haciendo fotocopias. Alumnas de escuela intermedia empujando el carrito del correo, pero él tenía el monitor ladeado para que nadie lo pudiera ver. Le llegaban sus susurros y risillas desde el pasillo y las oficinas del otro lado, pero aun así permanecía concentrado. En su silla giratoria de cuero, fingió que daba un sorbo a su taza de café. Tenía abiertos sobre su mesa los informes de ventas. Mantenía una mano lista en todo momento, con un dedo siempre apoyado sobre la tecla que cambiaría a una pantalla llena de números y fechas de entrega.

El mundo de los días laborables pululaba a su alrededor mientras

Foster cruzaba serpenteando portales secretos de internet. Tecleando contraseñas. Haciendo clic en enlaces que recibía a cambio de un número de tarjeta de crédito o una cuenta de criptomonedas. Usando una lista de nombres de usuario, llegaba a páginas web que lo redirigían a otras páginas que a su vez lo redirigían a repositorios de archivos JPEG en los que no se podía rastrear ninguna dirección IP. Una vez allí, Foster ojeaba unas imágenes que la gente se negaba a creer que existían.

Una compañera del Departamento de Contratos asomó la cabeza por su puerta.

—Gates, ¿tienes un segundo? —preguntó—. Quiero presentarte a mi hija, Gena.

Apareció ante él una versión en pequeño de la mujer, que le llegaba a la altura del codo.

Foster miró en dirección a la niña con los ojos inyectados de sangre y sonrió. Convertido en la viva imagen de un representante de distrito agobiado de trabajo, dijo:

—Hola, Gena.

La niña llevaba una carpeta de papel Manila. De los bordes de la carpeta asomaban y colgaban páginas y papeles. La niña lo miró con expresión solemne, recorriendo su oficina con la mirada.

—¿Dónde está tu hija?

La madre le acarició el pelo a la niña.

—Lo siento, Gena cree que todo el mundo debe tener una hija con la que ella pueda jugar.

Unos cuantos grados más allá del campo de visión de la mujer, toda clase de atrocidades reptaban por el monitor de Foster. Reproduciéndose con todo lujo de colores escabrosos, y con el sonido apagado, se estaban cometiendo crímenes contra niños, unos crímenes que el solo hecho de verlos mandaría a Foster a prisión hasta que fuera muy, muy viejo. Si la mujer diera un solo paso más, vería cosas que le provocarían pesadillas durante el resto de su vida. Hombres enmascarados esperando en fila. Actos sexuales en los que el niño estaba claramente muerto.

Foster pulsó una tecla y los horrores fueron reemplazados por

columnas de números de serie.

—¿Gena? —dijo.

La niña le devolvió la mirada, con expresión confundida.

—Que lo pases bien en el Día de Llevar a Tus Hijos al Trabajo, ¿vale? —añadió.

Gena se le acercó más. Con la cabeza ligeramente ladeada, le preguntó:

—¿Por qué estás llorando?

Foster se tocó el costado de la cara y encontró una lágrima que se secó con los nudillos.

—Alergias —contestó.

La madre articuló en silencio las palabras «Es martes». Alargándolas. Puso una mano sobre el hombro de su hija y se la llevó.

Claro. Martes de tacos. Solo en las prisiones y a bordo de los submarinos se emocionaba más la gente por la comida que en los trabajos de oficina. Era la hora del almuerzo, y la planta entera se estaba quedando en silencio. Foster tecleó para volver al infierno.

Había sido siniestramente fácil encontrar aquellas páginas web. Un solo y anónimo correo fraudulento lo había metido en el agujero. Cada caché ofrecía vínculos con otros.

¿Y qué más daba si lo pillaba alguien? ¿A quién le importaba si alguien del departamento de informática encontraba algo que él se había olvidado de borrar del historial del navegador? Foster no estaba arriesgando nada. Era un hombre que ya había pasado por los peores sufrimientos imaginables. Aquella búsqueda al menos le daba una razón para vivir.

Robb le había contado una vez, en el grupo de apoyo, que los laboratorios que hacían experimentos médicos y pruebas de productos con animales buscaban perros y gatos que antes hubieran sido mascotas domésticas. Los animales salvajes o los callejeros sabían lo peligroso que era el mundo. Tenían instinto de supervivencia y luchaban para defenderse. Pero los animales que habían sido criados con amor toleraban las torturas y nunca se revolvían en defensa propia. Al contrario: los animales criados en hogares llenos de cariño soportaban los malos tratos del laboratorio y siempre se esforzaban

por complacer a sus torturadores. Cuanta más tortura pudiera soportar un animal, más tiempo resultaría útil. Y más tiempo sobreviviría.

Lo mismo pasaba con los niños. Las niñas como su hija, Lucinda, podían aguantar con vida a base de no presentar resistencia. No había criatura que hubiera sido criada con más amor que Lucinda, en caso de que siguiera viva.

En el peor de los casos, podría ver cómo había muerto su hija. En la pantalla, flotando sobre las imágenes, se reflejaba tenuemente su cara gris y enferma. Los párpados caídos, medio cerrados. Los labios colgando entreabiertos.

La mirada de Foster intentaba evitar a los niños igual que cualquier persona decente apartaba la vista de un gato muerto en la calle. De alguna forma, no mirarlos era un gesto de respeto a su dignidad. Aquellos niños ya habían sido mirados hasta la muerte. Habían babeado con ellos hasta la muerte. Y lo que sucedía en aquellas imágenes equivalía a una muerte a cámara lenta.

No, Foster nunca miraba a los niños. A aquellos niños a los que encontraba en internet en compañía de hombres. Las caras de los hombres, sin embargo, sí que las examinaba. Cuando estaban pixeladas, les examinaba las manos, o bien escrutaba sus cuerpos en busca de tatuajes, anillos o cicatrices. De vez en cuando le parecía avistar la melena de Lucinda —como había pasado con la niña del aeropuerto—, pero nunca era ella. De forma que se centraba en los hombres.

Nunca iba a ver a aquellos niños en la calle. Eso Foster lo sabía. Su única esperanza era avistar a alguno de los hombres. Así pues, iba cambiando de pantallas para hacer capturas y las ampliaba hasta el máximo que permitía la resolución de la imagen. De esa forma iba construyendo su inventario de caras masculinas, de tatuajes y marcas de nacimiento. Y su inventario era ya tan grande que solo era una cuestión de tiempo. Si pillaba a un solo hombre, podría torturarlo para llegar al siguiente.

Gates Foster se veía a sí mismo como una bomba lista para explotar. Como una ametralladora en constante búsqueda de su siguiente blanco. Aquella oficina… no, no era el trabajo de sus sueños. La

carrera con la que fantaseaba era torturar a aquellos hombres que torturaban a niños.

Mitzi se negaba a correr riesgos descabellados.

Una pistola en la mesa de la otra punta del restaurante. Dos desconocidos, dos matones pasándose una pistola, uno de ellos llorando y el otro mirando a su alrededor por si había algún testigo. Dejó que su mirada deambulara hasta el otro lado del ventanal, donde estaba el Porsche. Bajó la voz con precaución:

—Quiero que escuches esto… —Le ofreció a Schlo los auriculares que tenía conectados al teléfono. Cuando se atrevió a volver a mirar, los dos matones se habían marchado.

El productor siguió hablando, receloso:

—A la chica que hemos contratado no le importa quitarse la ropa, pero no sabría chillar ni aunque la estuvieran matando.

En su teléfono ya estaba preparada para sonar la nueva obra maestra de Mitzi. Algo que lo revolucionaría todo y que haría que el sonido pasara a ser la parte más importante de las películas, por delante de las imágenes.

Schlo echó un vistazo a los auriculares.

—¿Qué es esto? —Estiró el brazo para aceptarlos. Se metió primero uno y después otro dentro de las orejas peludas.

Mitzi le guiñó un ojo.

—Júzgalo tú mismo —le dijo. Y tocó la pantalla del teléfono.

No lo mencionó, pero la única forma en que uno podía procesar una experiencia tan inquietante era compartiéndola. Y no solo pirateada en una pantalla de teléfono. Si la experiencia te había inquietado, querías que todo el mundo la viera y la oyera en la gran pantalla. Múltiples veces. Pagando entrada tras entrada. Hasta que la experiencia dejara de perturbarlos.

La obra maestra de Mitzi operó su magia desde el teléfono. A Schlo se le puso la cara pálida como un dónut espolvoreado. Sendas lágrimas brotaron de sus ojos y le cayeron por las mejillas. Le tembló el labio inferior; se plantó las dos manos sobre la boca y apartó la

vista.

Ella habló en tono nostálgico:

—Lo llamo «Joker Gitano, melena rubia, veintisiete años, torturado hasta morir, pistola de calor». —Se levantó las gafas de sol, pero solo un momento—. Es pegadizo, el título, ¿no?

Schlo se sacó un auricular. Le dio un golpe sin querer a su taza y derramó el café. Agarró una servilleta de papel del servilletero y limpió la mesa. Se arrancó el otro auricular y se los tiró los dos a ella. Se alejó de la mesa a trompicones, con la cara roja, dándole un empujón a la camarera al pasar. A modo de despedida, masculló:

—Quizá deberías ver a un cura.

Mitzi recogió los auriculares tirados y le gritó:

—Mi trabajo ya es una iglesia de por sí.

La camarera lo vio salir por las puertas de cristal y alejarse dando tumbos por el aparcamiento en dirección a su Porsche.

—Me encantan sus películas. —Una camarera interpretando a una actriz que interpretaba a una camarera.

Mitzi la miró de arriba abajo. Señaló con la cabeza en dirección al Porsche.

—¿Quieres salir en su próxima película?

—¿Eres productora? —preguntó la chica. Aparentaba veintitrés o veinticuatro años, y no tenía más que una pizca de acento sureño alimentado con maíz. No llevaba el tiempo suficiente en el sur de California como para haberse frito la piel y el pelo. Tampoco llevaba alianza. Los detalles prometían.

Mitzi le miró la etiqueta del nombre.

—¿Shania? ¿Sabes qué es un técnico de efectos de sonido?

La chica negó con la cabeza. Pues no.

—Pero conoces a gente, ¿verdad? —preguntó la chica.

A modo de respuesta, Mitzi cogió el paquete de la mesa y sacó un grueso fajo de billetes. Extrajo uno de cien, dos, tres, y los sostuvo en alto, esperando a ver si aquella actriz primeriza picaba o no.

Robb llamó a Foster a su casa. Para ver qué tal estaba, le dijo. Le

preguntó si iba a asistir a la siguiente reunión del grupo.

Foster se examinó la mordedura de la mano. La pequeña herradura de dientes de leche, con su costra de sangre fresca. Y le dijo a Robb que se verían en el sótano de la iglesia.

Antes de que pudiera colgar, la voz de Robb ladró algo, unas palabras que habían permanecido reprimidas hasta aquel último momento. Foster se llevó el teléfono de vuelta al oído y esperó a que las repitiera.

—¿Por qué Denver? —preguntó Robb.

Foster buscó en sus recuerdos cuánto tiempo hacía que conocía a Robb. Cuándo habían coincidido por primera vez en el grupo y qué detalles había compartido Robb sobre su hijo muerto, pequeño, un bebé, cuando Foster se había apuntado al grupo de apoyo.

Robb volvió a preguntar:

—¿Qué hay en Denver que sea tan importante?

Foster se mordió la lengua. En Denver había un monstruo. A cierto avatar de un chat se le había escapado que Paolo Lassiter iba a estar haciendo unos negocios allí. En la dark web nadie era nadie, pero aquel desconocido del chat había dicho que Lassiter era un pez gordo del tráfico de niños, y que iba a estar por Colorado un día o dos.

Lo de ir a Denver era dar palos de ciego. Aun así, Foster había cargado su teléfono de capturas de pantalla donde aparecía Lassiter, había hecho una lista de los hoteles donde era más probable que se pudiera alojar, y se había montado una fantasía en la que estrangulaba a aquel pez gordo y le sacaba a golpes una confesión sobre Lucinda.

Si le hubiera contado aquello a Robb, Foster también se habría visto obligado a confesar todo su descenso a los chats y galerías de imágenes, y eso habría negado todas sus buenas intenciones.

Así pues, lo que dijo fue:

—Iba a encontrarme con una chica. —Hizo una pausa como si estuviera avergonzado, aunque en realidad era para seguir elaborando su mentira—. Una chica a la que he conocido en internet. Hay la posibilidad, ya sabes, de casarnos.

Para entonces, su equipaje ya debía de estar tocando tierra en Denver. Dando vueltas en la cinta de recogida de equipajes. O quizá

incluso en tránsito, de regreso a él.

La línea telefónica quedó en silencio. Foster escuchó por si oía ruidos de fondo, algún indicio de la vida que llevaba Robb desde la muerte de su hijo. No se oía nada. Su mujer se había marchado. Robb lo podría estar llamando desde un búnker del gobierno, tan denso era el silencio.

—No nos mientas —dijo Robb, con la voz inflamada de desprecio—. No estás intentando resolver nada. —Jugando un as, añadió—: Sabemos exactamente quién es esa chica de Denver, y te tendría que dar vergüenza. —Y como para transmitirle esa vergüenza, bajó la voz y dijo—: ¡Lo sabe todo el grupo!

Ahora le tocó a Foster quedarse cortado y confuso, confuso y frustrado, quedarse frustrado y colgar el teléfono.

El pasado seguía vivo en sus manos: el recuerdo de cómo le habían temblado cuando había llevado su primer DAT a una audición. El recuerdo le perduraba en forma de dolor en el cuero cabelludo, de tan tirante que solía llevar el pelo. En aquella época Mitzi lo llevaba muy largo. El típico pelo largo de chica de instituto, recogido muy tirante y atado en una trenza francesa sujeta con horquillas. Con la trenza francesa sujeta a la nuca, clavada allí con tanta crueldad como una mariposa o un escarabajo clavados al tablero de corcho de la clase de Biología de los Insectos de primer año.

Mitzi Ives, la colegiala Mitzi, había sufrido los alfileres tanto en calidad de corcho como de bicho en observación.

Le causaba una punzada de dolor acordarse de su peinado, de la forma en que exhibía su cuello. De lo roja que se le había puesto la piel del cuello cuando el productor le había mirado el pecho y se había frotado con una mano la barba de dos días de las mejillas y el mentón.

La forma en que se le seguían curvando los hombros hacia dentro. Su forma de ir encorvada y con los brazos cruzados. Su cuerpo entero era una grabación de aquella primera audición.

—Señorita Ives —le había dicho el productor, que no era Schlo. Y

había mirado algo que tenía apuntado—. Mitzi.

No era Schlo. A ella le había preocupado la posibilidad de que Schlo reconociera el grito. Su carrera habría empezado y terminado en aquella sesión. De manera que había acudido a un rival de Schlo. El rival en cuestión le hizo una seña para que se sentara al otro lado de su mesa y después se sentó él también. Más concretamente, apoyó el trasero en el borde delantero de su mesa, a un palmo de la cara de Mitzi, tan cerca que ella pudo oler el almidón de su camisa.

Se había saltado medio día de instituto. Se había saltado un examen de Cultura Política Popular Americana y se había perdido una sesión del laboratorio de lingüística y una charla de Introducción a los Fractales.

En el autobús había llevado el uniforme de la escuela y la falda plisada de tweed de cuadros. La blusa de mangas muy cortas y el cuello estilo Peter Pan con los dos botones superiores desabrochados. Sus pies todavía recordaban los zapatos, unos zapatos de tacón alto que le venían grandes y que su madre había dejado atrás al largarse.

La silla en la que estaba sentada era estilosamente baja; tenía el asiento a menos de un pedo de distancia del suelo. Era baja de forma deliberada para que se le subiera la falda hacia la cintura. Para obligarla a inclinarse hacia delante a fin de tirarse del dobladillo de la falda y sujetárselo entre las rodillas. Al mismo tiempo, como estaba inclinada hacia delante, el cuello de la camisa se le bajaba permitiendo que aquel tipo que no era Schlo le mirara el interior de la pechera de la blusa. Ropa normal y corriente. En su dormitorio aquel atuendo había sido un uniforme. Desaliño profesional. En aquella oficina parecía que se hubiera vestido para un striptease de vídeo musical. A su alrededor, las habituales alfombras bereberes y lámparas cromadas. Una muralla de ventanas enmarcaba una vista de Netflix.

La entrepierna del hombre quedaba al nivel de sus ojos. A la distancia de un apretón de manos.

Era un momento peliagudo. Para probar suerte en aquel juego al que no había jugado nunca, Mitzi se había traído un reproductor de cintas cargado con el DAT y ya listo. Había endulzado y engordado el grito; lo había escuchado una y otra vez hasta no tener ni idea de si

era bueno o no. Había dejado el reproductor en el suelo, a sus pies. Sus pies todavía recordaban el tacto de las bolas de papel higiénico que se había metido en las punteras de aquellos zapatos de tacón alto demasiado grandes.

La corbata del tipo que no era Schlo era una flecha, una flecha de seda a rayas, de seda roja, que apuntaba hacia abajo, de su cara a su entrepierna. Era algo que los ojos de Mitzi no podían olvidar: que el tipo pudiera estar allí sentado y mirándole cualquier parte de su cara y su cuerpo. Mirándole por debajo de la falda. Mirándole el escote. Mientras que ella era incapaz de mirar aquel bulto atiborrado y rebosante, aquel paquete que eclipsaba la hebilla de su cinturón. Parecía una panza en miniatura, igual de rellena que los zapatos de ella. Entre la panza de verdad que le colgaba y aquel bulto que se elevaba, la hebilla de su cinturón quedaba casi perdida. Y ella era incapaz de mirar nada de todo aquello.

Tal era el poder de aquel hombre.

Mitzi se puso el reproductor de cintas sobre el regazo. Como si fuera una armadura. Como una voluminosa y pesada hoja de parra de alta tecnología, con el altavoz posicionado como si el sonido fuera a salir aullando de ella.

El tipo que no era Schlo gruñó.

—¿Qué me has traído para interesarme, jovencita?

Se llevó la mano a la boca y se secó los labios. Al tragar saliva le subió y le bajó la nuez, con fuerza, haciendo que se le moviera también el nudo de la corbata. Una segunda nuez de seda roja reluciente.

Mitzi toqueteó los botones del reproductor. La cinta chirrió a alta velocidad contra el cabezal. A continuación pulsó el botón de rebobinar e hizo retroceder los números del contador. La siguiente candidata esperaba al otro lado de la puerta. Ya se colaban otras voces, desviando el foco de atención de su momento.

Mitzi se sintió débil. Había fracasado. Fracasaría siempre.

Su cuerpo seguía siendo la caja negra de un avión que se había estrellado sin supervivientes.

Pulsó el Play.

Se oyó un murmullo de ruido ambiental. Seguido de su obra de arte.

No fueron solo sus manos y su cuello los que sintieron la adrenalina, sino su cuerpo entero. De pronto Mitzi era más que su cuerpo y su mente. Al sonar el grito, se sintió enchufada a la eternidad, como si hubiera canalizado algo que pertenecía al otro mundo. Había creado algo inmortal, algo que valía más que el dinero, algo que no podía crear un simple contable.

Aquel era su poder.

Resonó el grito y se operó el cambio. La inversión. Ahora era el productor quien había quedado reducido a un simple cuerpo. Con la boca abierta para imitar el sonido. La marca distintiva de los mejores gestos o frases pegadizas. Como si fuera un anzuelo, el producto clavaba sus puntas en el público y se volvía parte de él. Aquel grito era un parásito. Al tipo que no era Schlo se le salieron los ojos de las órbitas mientras se le retraían la panza y la entrepierna. Se le salieron de las órbitas y se cerraron con fuerza, como si estuviera sufriendo el mismo dolor que la actriz había sufrido. La boca del productor se abrió de par en par, pegándole la barbilla al cuello, y su figura entera retrocedió como si Mitzi le acabara de pegar un tiro o de apuñalar. Como si fuera una boxeadora y le acabara de asestar un gancho en toda la mandíbula de cristal.

La cinta ya había vuelto a su murmullo apagado, pero la sala seguía vibrando. Las voces de la sala de espera habían quedado silenciadas. Hasta que una de las desconocidas que había allí dijo en voz baja:

—¿Qué *coño* ha sido eso?

En la oficina, el productor miró a su alrededor. Las estanterías ya no eran las mismas de antes. Las fotografías enmarcadas se habían vuelto algo extraño. Todos los bolígrafos y libros se habían convertido en amenazas animales en aquella jungla confusa, y un nuevo contingente de sustancias químicas pareció inundar el cuerpo del productor: los ojos inundados de lágrimas, las venas enrojecidas y ramificadas asomando de debajo del cuello abotonado de su camisa.

La misma adrenalina que Mitzi había sentido al grabar aquel primer grito.

Todo el mundo quería dejar huella. Había quien se pasaba la vida

entera intentando arrancar risas. O seducir a un público de desconocidos. La meta era convertir algo en producto, repetirlo, vender aquellos impulsos humanos más íntimos. Y eso significaba convertir la humanidad básica de la gente en algo que se pudiera comprar y vender. Desde la comida rápida hasta el porno, el poder era aquello.

El productor negó con la cabeza hasta que le bailaron los carrillos. Se puso de pie de golpe y dio la vuelta a la mesa a trompicones para dejarse caer en su silla. Incluso la silla giratoria, de cuero negro y con botones decorativos, soltó un chillido como de animal, como de persona degollada, y el tipo que no era Schlo levantó las manos de los brazos de la silla y se encogió hasta ovillarse en una bola.

El cuerpo de Mitzi nunca se olvidaría de aquella sensación. Del salto de ser una don nadie a ser la persona más importante de la sala. De presa a depredadora.

Hizo el gesto de volver a pulsar el Play y el productor agitó las manos para detenerla.

—No —le suplicó—. Mi corazón.

Allí estaba, el paso de aterrada a aterradora.

Antes de aquel día, cualquier conductor de autobús maleducado podía hacer llorar a Mitzi. De ahora en adelante, su carrera consistiría en hacer llorar a los demás. Se había saltado la jerarquía para convertirse en matona profesional, pero mejor. Lo que había hecho había sido tántrico; primero había creado una tensión universal y después había soltado una descarga unificada de alivio. Era algo sexual, se podía decir que lo era.

Le faltaban dos años para graduarse, pero ya no volvió a asistir a clase. Después de aquel día, el instituto se dedicó a mandarle a su padre avisos de absentismo. Pero a partir de aquel día, fue la única Ives de Efectos de Sonido Ives.

Los fractales tendrían que conquistarlos otras chicas de quince años. Chicas encaminadas a la universidad. Mitzi ya sabía todo lo que necesitaba saber de la vida y de la muerte violenta y de cerrar tratos sobre los beneficios pendientes de la recaudación internacional en taquilla. Mitzi sabía qué clase de torturas estropeaban un grito.

Las voces de fuera de la oficina guardaban silencio. Ahora la estaban escuchando a ella. El productor, el tipo que no era Schlo, se metió una mano moteada dentro de la americana del traje y sacó un frasco de pastillas. Se puso una en la palma de la mano y se la echó a la boca.

Durante una temporada, Mitzi había calificado su trabajo de «política». En su opinión, a las mujeres nunca se les había permitido matar. A menos que se vieran amenazadas. Las mujeres nunca podían matar por el puro placer de hacerlo, y jamás podían matar a otra mujer. Por mucho que se hablara de la universalización del cuidado infantil y de la desigualdad en los ingresos, el verdadero baremo para calibrar el progreso de una mujer era el de matar. Mientras se le pasaba la excitación de aquella primera sesión de grabación, Mitzi se dijo a sí misma que registrar gritos equivalía a un acto político. Constituía el poder definitivo.

En su opinión, era Feminismo de Última Ola.

Pero sus motivaciones terminarían evolucionando. Mientras continuaba persiguiendo aquella excitación inicial, Mitzi llegaría a pensar en el trabajo como en un regalo. Llevando a cabo una maniobra clásica de desplazamiento psicológico, intentó encontrar su felicidad en los demás. Se dijo que estaba redimiendo las vidas anónimas de unas personas anónimas, concediéndoles una inmortalidad que nunca se habrían atrevido a imaginarse. Mitzi Ives: Creadora de Estrellas.

Pero cada nueva motivación estaba un paso más alejada de la verdad. No era ni político ni benévolo; lo que hacía Mitzi lo hacía por poder. Las menguantes recompensas marginales de aquel primer roce con el poder.

Nunca se había tomado una copa ni una pastilla. Aquellas cosas vendrían pronto, cuando se empezaran a agotar las historias que se contaba a sí misma.

El productor, aquel tipo que no era Schlo, había recobrado la compostura. Sus ojos computaban unas cifras que Mitzi no podía ver, y ahora le dijo:

—Te doy veinte mil dólares a cambio de derechos mundiales

exclusivos.

Mitzi dejó el reproductor de cintas DAT en el suelo y cruzó las piernas. Dejó que se le subiera la falda. Para ver si él miraba, para ver si el poder realmente había pasado a sus manos.

El productor no miró.

—Vale, veinticinco —dijo.

—Treinta —replicó Mitzi. Se inclinó hacia delante y permitió que el escote le bajara del todo. Para mostrar el contorno cuasilegal de sus pechos.

Él siguió sin mirar. *Así* de peligrosa había demostrado ser Mitzi.

Un soplido de burla, no un soplido real, más bien un reflejo que el tipo había usado en demasiadas audiciones del pasado, le torció la boca a un lado.

—Nadie ha pagado tanto nunca por un grito —dijo—. Es una locura…

Mitzi se puso de pie y se alisó la falda con la mano.

—¿Quiere acabar pagando cuarenta mil? —Hizo ademán de recoger sus cosas y marcharse.

Él perdió los nervios. El miedo lo traicionaría, el temor a que un rival se gastara los cuarenta mil y usara el grito para ganar una fortuna. Un grito así se podía ceder con licencias y sublicencias al cine, a la televisión y a los videojuegos. Tonos de llamada telefónicos. ¡Tarjetas de felicitación! Los gritos no necesitaban traducirse para llegar a los mercados extranjeros. El goteo de beneficios no se acabaría nunca. Sería una máquina de generar ganancias eternamente.

—¡Siéntate, siéntate! —le dijo el productor, y dio unos golpecitos en el aire como si la pudiera empujar para que volviera a sentarse en aquella silla extrabaja. Hurgó en un cajón de su mesa y sacó un talonario de cheques. Si vacilaba, ella se llevaría la grabación a otra parte. Y al cabo de una semana, aquel tipo que no era Schlo se vería pujando contra un ejército de técnicos de sonido y gurús de los efectos especiales. Probando un bolígrafo, preguntó—: ¿Cómo llamas a esta… obra maestra tuya?

La pregunta hizo pensar a Mitzi. Era como poner nombre a tu primer hijo: un detalle tan importante que ni le había pasado por la

cabeza. De acuerdo con su reloj, la reunión había sobrepasado el tiempo asignado. Las demás candidatas se estarían agolpando en la sala de espera, todas aquellas desconocidas, escuchando. Odiándola por acaparar tanto tiempo.

Descubrió que le gustaba que la odiaran.

Aquella era su brillante nueva carrera: conseguir que la escucharan mil millones de desconocidos.

—Lo llamo… —dijo, y esperó. Encontrar el momento apropiado lo era todo—. «Asesino en serie desollado hasta la muerte por niña». —Y añadió—: Y redondeemos el precio a cien mil dólares, ¿de acuerdo?

El productor no contestó.

El débil sonido de sus garabatos, del bolígrafo al trazar el nombre de ella y la cifra cien mil en un cheque, resonaría ya para siempre, grabado en sus oídos.

Al principio nadie habló. El grupo estaba sentado en el sótano, intercambiando miradas. Una mujer que había sido madre miró a un hombre que había sido padre, que a su vez miró al líder. Nadie miraba a Foster. Por fin todos miraron al líder del grupo, Robb. Robb miró a Foster y le preguntó:

—Bueno, ¿qué tal Bali?

Foster se miró las manos, las manos que tenía en el regazo.

Un médico cuyo hijo había salido con la bicicleta y se había olvidado de ponerse el casco, solo aquella vez, la única, y solo para dar una vuelta tranquila al vecindario, una historia que Foster había oído contar tantas veces que ya habría sido capaz de contarla él, se sacó un teléfono del bolsillo de la chaqueta. El médico abrió una página web y la sostuvo en alto para que la viera el grupo.

—Tenía entendido que tu hija estaba muerta… —dijo.

La gente estiró el cuello para mirar. Otros miembros abrieron la misma página en sus teléfonos.

—¿O sea que tu Lucinda no está muerta? —dijo un miembro.

Con la confusión arrugándole el ceño, otro miembro examinó su teléfono.

—Salta a la vista que esta niña no está muerta —dijo.

El líder del grupo, Robb, levantó la mano para pedir silencio. Le dijo a Foster:

—Tenía miedo de que pasara algo así. —Convertido en la viva imagen de la empatía, le pidió—: Cuéntanos otra vez cómo murió Lucinda. —Y añadió al cabo de un momento—: Por favor.

Foster ya lo había contado todo. Lucinda había entrado en un ascensor.

El grupo, aquel grupo, venía a ser una especie de tratamiento contra las adicciones. Para Foster, se estaban recuperando todos de su amor a una criatura muerta, y querían que él siguiera el mismo camino, pero era incapaz. Se negaba a abandonar su adicción. Y quizá los demás le envidiaban aquella negativa. Todos habían visto a su hijo o hija despojados de la vida. Habían identificado los restos. Habían celebrado un funeral. Foster era el único que tenía la opción de fingir que su hija todavía existía, en alguna parte.

La mujer de las fotos que estaban examinando tenía la misma cascada de pelo caoba ondulado que Lucinda. Estaba aproximadamente en edad universitaria. Los ojos y la boca de aquella mujer que sonreía a su lado en la barandilla de un crucero eran la versión adulta de los ojos y la boca de la niña de segundo de primaria que sonreía en otras fotos al lado de un Foster mucho más joven.

Sí: su hija, Lucinda, sí estaba muerta. Aquella otra Lucinda, tan hermosa y todavía viva en sus páginas de las redes sociales, era un mecanismo de defensa emocional. ¿Para qué molestarse en explicarlo? Nadie entendería sus razones.

Otro miembro del grupo sostuvo en alto un vídeo de aquella Lucinda adulta y de Foster, su padre, en la cesta de un globo aerostático. Muy por debajo de ellos, los acres de viñedos fluían en líneas rectas paralelas por un paisaje de lomas bajas.

—¿No nos habrás estado tomando el pelo? —preguntó aquel miembro.

—«Troleando», es como lo dicen los jóvenes —le corrigió otro.

El líder del grupo siguió insistiendo:

—Si… Si es verdad que lleva más de siete años desaparecida,

necesitas presentar ante el forense una Instancia de Presunción de Fallecimiento.

¿Cómo podía Foster hacérselo entender? No era lo que parecía. Flexionó la mano, cerrando los dedos en forma de puño y luego extendiéndolos del todo. Dejando que lo distrajera el dolor de la marca de mordedura del aeropuerto.

Robb pidió silencio al grupo.

—Amigo —le preguntó—. ¿Está viva o muerta tu hija?

Foster empezó la historia que contaba siempre.

—Habíamos ido a mi oficina. Lucinda entró en el ascensor…

Robb lo interrumpió.

—Entonces necesitas celebrar un funeral.

Quería decir una ceremonia con ataúd cerrado, unas honras fúnebres donde todas sus falsas amistades y seguidores lejanos en redes sociales pudieran presentar sus últimos respetos a un ataúd lleno de viejas muñecas y animales de peluche y ropa. Y donde los portadores del féretro cargaran con todo aquello hasta una tumba abierta. En otras palabras: un ritual vacío.

Mientras continuaba la arenga, le vibró el teléfono. Apareció en pantalla un mensaje de texto. De Lucinda.

Aquella Lucinda, viva y preciosa y tan adictiva, le preguntaba: ¿Quedamos la semana que viene?

La chica de la cama se movió. Parpadeó lentamente y sus labios se curvaron hasta esbozar una sonrisa aturdida y sin sentido. Retorció los brazos y las piernas desnudos, tensándolos contra la soga que le amarraba las muñecas y los tobillos a los postes de la cama metálica de alquiler. Sus movimientos hicieron crujir la funda de plástico transparente que protegía el colchón. A Mitzi le había costado más de lo esperado montar la cama, un mueble de anticuario que le habían traído de un almacén. Apenas le había dado tiempo de posicionar el monitor y colocar las jirafas de los micrófonos en los lugares más o menos correctos antes de que a la chica se le empezara a pasar el efecto del Rohypnol.

Bajó un Shure Vocal SM57 hasta casi tocar con él los labios de la chica. A su lado esperaba un micrófono de cinta de la vieja escuela, como un residuo de la época radiofónica de Orson Welles. Orientados hacia allí desde otras direcciones había micros de lata. Del techo colgaba un micro de escopeta. Todos conectados a sus preamplificadores respectivos. Mitzi aguardó a que la chica hablara, esperando el momento en que las agujas subieran de golpe en cada uno de los sonómetros instalados en aquel palacio de tecnología analógica.

Las agujas saltaron en el momento en que habló la chica.

—Ah, eres tú. —Le dedicó a Mitzi un guiño a cámara lenta, subacuático. Levantó el mentón y bajó la vista para mirarse los pechos al descubierto, el cuerpo completamente desnudo.

Mitzi acercó más un micrófono.

—Te quedaste dormida mientras hablábamos —dijo.

La chica suspiró de alivio.

—Tenía miedo de que esto fuera una violación.

Mitzi vio la lectura de un monitor y retiró un poco uno de los micros.

—Necesito comprobar niveles —dijo—. ¿Me puedes contar lo que has desayunado?

Todavía grogui por los sedantes, la chica levantó la cara hacia el Shure. Mirándolo tan de cerca que se le pusieron los ojos bizcos, empezó a decir:

—Tortitas. Patatas. Tostadas francesas. —Siguiendo de forma obvia el juego, inventándose las cosas, continuó—: Huevos revueltos, avena, beicon…

Una camarera recitando la lista de desayunos del día.

El retumbar de las pes y las bes llevaba las agujas analógicas a la zona roja. Sobresaturando la grabación, llenándola de imperfecciones. Pero limitando la señal, convirtiéndola en estática inútil. Mitzi retiró un poco más el Shure. Apartó un mechón de pelo claro de la frente de la chica y aprovechó para empujarle con suavidad la cabeza y apoyársela otra vez en la almohada cubierta de plástico.

Sin resistirse, la chica siguió diciendo:

—Zumo de naranja, zumo de pomelo, avena… —Se le cerraron lentamente los ojos, como si pudiera volver a quedarse dormida. Su uniforme del restaurante estaba echado sobre la silla que había junto a la pared. Le rugió el estómago, haciendo saltar las agujas—. Perdón —balbuceó la chica—. Tanto hablar de comida me ha dado hambre.

Mitzi se preguntó si debería reajustar los niveles al tono ambiente.

—No te preocupes —dijo—. Pronto dejarás de tener hambre.

Se acercó a la silla donde estaban las cosas de la chica y abrió el bolso. Sacó una billetera. Buscó el permiso de conducir y lo examinó.

—¿Shania? —Volvió junto a la cama, repitiendo más alto—: ¿Shania, cariño? —Encontró en la billetera los tres billetes de cien dólares que le había ofrecido como cebo. Los sacó, los dobló y se los guardó en un bolsillo de los vaqueros.

La chica abrió los ojos. Se le arrugó el ceño mientras su atención pasaba de un micro al siguiente, como si se hubiera olvidado de ellos.

—¿Sabes qué es el grito Wilhelm, cariño? —insistió Mitzi. La mirada de la chica encontró la suya.

La chica dijo que no con la cabeza. El permiso de conducir había sido expedido en Utah. Mormona laica, porque Mitzi no había encontrado ninguna ropa interior especial al cortarle el uniforme de camarera.

—Lo has oído —le apuntó Mitzi—, el grito Wilhelm.

Era un grito de hombre que se había grabado en 1951 para la película *Tambores lejanos*. Hay una escena en que unos soldados están vadeando un pantano infestado de caimanes, de ahí el título formal del grito: «Hombre es mordido por caimán y grita». Desde que se creó, el grito Wilhelm se ha usado en más de cuatrocientas películas, así como en incontables proyectos televisivos y videojuegos.

—Los gritos clásicos siempre tienen unos nombres muy elegantes —siguió diciendo Mitzi—. Como de pinturas. —Por ejemplo, el segundo grito más famoso de la historia se llamaba «Hombre, grito desgarrador y caída al abismo»—. Como de obras maestras de arte. —El nombre más común de ese grito era el de «grito Howie», porque se había usado para el doblaje de la interpretación de Howie Long en la película de 1996 *Broken Arrow: Alarma nuclear*, aunque el grito en sí

se había grabado para una película de 1980 titulada *La novena configuración*.

El tercer grito más famoso de la industria cinematográfica se llamaba «El aullido de Goofy», pero de ese era mejor no hablar.

Sonó un timbrazo. El móvil que había dejado sobre la mesa de mezclas siguió sonando.

—Tienes una llamada —dijo la chica desde la cama.

Mitzi cogió el teléfono y lo sostuvo en alto para enseñarle la foto de un hombre.

—Mi novio. Jimmy.

—Es guapo —dijo la chica, entornando los ojos.

Mitzi contempló la foto del motero greñudo, con su pañuelo sucio de grasa atado en torno a la cabeza.

—Todavía estás delirando. —Esperó a que saltara el buzón de voz —. Quiere quedar. —Levantó la barbilla y giró la cabeza, revelando unos moretones violáceos que tenía en torno al cuello. Al hacerlo, centró la vista en el monitor. Mirando una y otra vez el breve archivo de vídeo que la productora le había pedido que convirtiera en bucle. Con el monitor colocado de tal forma que la chica acostada no pudiera verlo. Mitzi era consciente de estar parloteando, pero necesitaba que la chica se mantuviera despierta del todo. No iba a tener oportunidad de hacer una segunda toma.

Levantó un paquete de FedEx y la sorprendió lo mucho que pesaba. Algo tan largo y fino, y aun así tan pesado, tenía que ser metálico. Su forma quedaba oculta bajo varias capas de plástico de burbujas.

Por muy sana que pareciera la chica de la cama, el suyo no era el tipo de cuerpo que los agentes de casting tenían en sus archivos. Con los labios entreabiertos, como si rezara, seguía susurrando:

—Panecillos… galletas y salsa…

Mitzi se enfundó un guante de látex en una mano. Observando el suave palpitar de las agujas de los sonómetros, se enfundó el segundo guante y empezó a recogerse el pelo por debajo de un gorro quirúrgico de tela.

La piel de la chica era tan clara que no escondía nada. La cara y el cuello se le ruborizaron mientras sus manos y sus pies palidecían hasta

ponerse azulados. Su respiración se volvió entrecortada. Tenía el pecho y el vientre perlado de gotas de sudor.

Sobre la mesa de mezclas, una botella de pinot gris sudaba dentro de un cubo metálico de hielo. Había unas cuantas pastillas en un platillo alveolado de esmalte. Siempre era el mismo platillo esmaltado con amapolas rosadas, las flores del olvido. Siempre eran pastillas de Ambien, la dosis más fuerte disponible en el mercado. Mitzi se sirvió una copa de vino y dio unos sorbos para tragarse una pastilla.

Se preguntó si las mormonas laicas rezaban. Si tenían plegarias para recitar cuando se encontraban desnudas y atadas, abiertas de brazos y piernas, en un estudio de grabación acústicamente perfecto.

El Ambien pareció acelerarle un poco el flujo sanguíneo. Le estaba empezando el efecto secundario más típico, la euforia maníaca. Antes de quedarse fritos, los usuarios de Ambien se ponían morados de helado. Se hinchaban a hacer compras compulsivas por internet o en los canales de cable. Emprendían sesiones maratonianas de sexo con desconocidos. Hasta cometían asesinatos. Asesinatos de los que después eran absueltos porque no recordaban haberlos cometido.

Aquello era crucial: no recordar lo que habías hecho.

Se volvió a llenar la copa. Con dedos de látex, cogió una segunda píldora del platillo y la hizo bajar con el vino.

En el monitor de vídeo, los actores vestidos de soldados confederados atacaban a la actriz de la cama, y la escena se repetía una y otra vez en bucle.

Mitzi levantó el brazo y acercó una pizca el micro de escopeta a la boca de la chica. Tecleó el nombre de aquel nuevo archivo. Usando un rotulador, escribió el mismo nombre en un cartucho DAT antiguo. Escribió: «Chica rezando, apuñalada brutalmente, desangramiento rápido».

—A ver, Shania —le dijo—. Cuéntame qué has desayunado, por favor.

El dolor nunca generaba los mejores resultados. No, el dolor fuerte solo provocaba shock. Una catatonia resignada, el silencio como último refugio del animal mortalmente herido que ya se hace el muerto. Solo el pavor y el terror le conseguían grabaciones que

pudiera vender. Obras maestras.

Con la voz reducida a un susurro, murmurando como si estuviera rezando, la chica dijo:

—Dos huevos fritos… un panecillo…

Mitzi abrió el paquetito de plástico donde venían dos tapones de espuma para los oídos. Con los dedos enfundados en látex, retorció uno de los tapones hasta que le cupo dentro de la oreja.

La chica se detuvo después de «… zumo de naranja». Mirando fijamente a Mitzi, le preguntó:

—¿Esto va a hacer mucho ruido?

Mitzi asintió con la cabeza, retorciendo el segundo tapón hasta convertirlo en un cilindro pequeño y bien prieto. No le pasaba por alto el hecho de que aquel ejército de micrófonos seguiría grabando aun después de que las pastillas de dormir le cortocircuitaran la memoria. Hizo un esfuerzo para acordarse del nombre de la chica y de cómo se habían conocido.

Antes de que Mitzi se pudiera meter el segundo tapón, la chica le preguntó:

—¿Me puedes hacer un favor? —Quizá todavía estaba drogada, o puede que estuviera negando la realidad, pero la chica dijo—: Odio los ruidos fuertes. ¿Me das tapones para mí también?

La petición hizo bailar un poco las agujas de los monitores.

Mitzi ya estaba abriendo el paquete de correo exprés, a punto de sacar y desenvolver el cuchillo. Pero se planteó la petición. No había razón alguna para que la pobre chica tuviera que escucharse. Mitzi apuró su copa de vino. Se tragó otro Ambien. Abrió un paquete nuevo de tapones de espuma y los retorció antes de meterlos en las orejas blandas y calientes de la chica.

La cara, la cara ruborizada y llorosa de la chica, articuló la palabra «Gracias».

—De nada, cariño —contestó Mitzi, aunque ninguna de las dos podía oír a la otra.

Los micrófonos agazapados eran los únicos que oían, estirando el cuello, listos para registrar el sonido de lo que tenía que pasar a continuación.

Foster pidió que lo sentaran de espaldas a la puerta. Para poder oírla antes de verla aparecer. Por la misma razón había llegado temprano y había pedido al maître ocupar ese asiento. Ya se había bebido la mitad de su whisky cuando una voz detrás de él dijo:

—Hola. —Era una voz de mujer joven—. Me llamo Lucinda y he quedado para comer con mi padre.

Foster no se giró; se quedó esperando.

—Es muy guapo. Muy distinguido —añadió la voz.

Una voz de hombre, la del maître, dijo:

—Acompáñeme, por favor.

Cuando por fin la vio, Foster comprobó que había valido la pena esperar. Lucinda llevaba la melena caoba de su madre suelta hasta los hombros, tal como le gustaba a él. Cuando se levantó para darle la bienvenida, fueron sus propios ojos azules los que le devolvieron la mirada. Llevaba el vestido que él le había comprado en Singapur. El que ella había lucido en Instagram. Se besaron en las mejillas. Foster le dijo al maître:

—Alphonse, ¿conoces a mi hija?

Mientras Foster retiraba la silla para ella, el caballero permaneció junto a la mesa y dijo:

—Pero qué joven tan encantadora.

Para divertir al maître, Foster preguntó a la chica:

—Lucy, ¿te acuerdas de cuando pisaste aquella abeja? —El recuerdo le hizo sonreír.

La joven aprendía deprisa.

—Pues claro —dijo. Con rapidez de reflejos, preguntó—: ¿Cuántos años tenía?

—Tenías cuatro. —A Foster le encantó el hecho de que supiera repetir información y evitara improvisar. Si no era actriz, debería serlo. Tenía un don para interpretar roles de forma espontánea.

Llegó el camarero y la joven pidió una copa de vino. Foster se pidió otro whisky. Ciñéndose a su guion de costumbre, le preguntó cómo le iban las clases en la universidad. Ella estaba en la lista de honor, claro. Le pidió a Foster consejo sobre estudios de posgrado. La mano

de ella se aventuró sobre la mesa y él estiro la suya para darle un apretón cariñoso.

—¡Me alegro mucho de verte! —dijo ella.

Foster hizo una mueca de dolor. La marca de la mordedura que tenía en la mano. Ella no preguntó.

Sin que nadie lo viera, Foster depositó la tarifa habitual en la palma de su mano. Doscientos en metálico más doscientos de propina. La tarifa acordada para un almuerzo de una hora. Quizá pareciera caro, todo aquello de las cenas y los viajes juntos, pero era una terapia mejor que la que podría conseguir de cualquier psiquiatra. El mero hecho de mirarla lo llenaba de felicidad.

¿Cuántos años habían pasado? Había sacado la última proyección de edad de su hija del costado de un cartón de leche. Luego había entrado en internet y había buscado páginas web de servicios de acompañantes hasta encontrar a una idéntica.

Se hizo el silencio en el restaurante y todas las cabezas se giraron. Las luces del restaurante se atenuaron. Entró un camarero procedente de la cocina trayendo un pastel pequeño y profusamente decorado en el que ardían varias velas. Nadie se puso a cantar, era un establecimiento demasiado elegante, pero sí que hubo una ráfaga de aplausos apagados cuando el camarero le entregó el pastel de cumpleaños a la hermosa joven. Lucinda sonrió de forma apropiada. Se llevó las yemas de los dedos a los labios como para contener un gritito de alegría.

—Feliz cumpleaños, querida —le dijo Foster. Metió la mano por debajo de la mesa, donde esperaba una bolsa de la compra. Sacó una cajita envuelta en un papel de aluminio rosado y cubierta de lacitos.

Ignorando las velas, le quitó el papel y las cintas a la caja y la abrió para revelar un resplandeciente collar doble de perlas naturales. Ahogó una exclamación. Todos los que estaban mirando ahogaron una exclamación.

—Eran de tu madre —dijo Foster, contemplando las perlas—. Y de tu abuela.

Sin actuar, por lo menos en aquel momento, ella lo miró con afecto genuino. Foster conocía la diferencia. En aquel momento odió al

grupo de apoyo al duelo por poner fin a aquella dulce fantasía. El collar enrollado en su caja. Una caja con forro de satén que se parecía un poco a un ataúd.

Foster señaló el pastel con la cabeza y le dijo:

—Formula un deseo.

Los dedos con pintura de uñas rosa de una mano tocaron las perlas. Lucinda contempló el pastel antes de susurrar:

—Quiero ser actriz de cine. —Y siguiendo sus instrucciones, apagó de un soplido las diminutas llamas de las velas, y un fantasma de humo amargo flotó hacia Foster.

El siguiente amanecer no fue su enemigo. El hilo musical del ascensor no fue ninguna tortura. Sin asomo de resaca, ni los olores, ni las colonias de la gente, ni siquiera el levísimo rastro de lejía en sus propias manos, provocaban que se le revolviera el estómago ni hacían que la cabeza le diera dolorosamente vueltas. Se pudo sentar sin gafas de sol en la sala de espera y leer las revistas del ramo. Incluso en el sur de California había muy pocas mesillas de consultas de médicos que ofrecieran el *Hollywood Reporter* y el *Variety*, pero el doctor Adamah no era un médico normal y corriente.

Mitzi se había despertado sin más recuerdos que un sueño donde montaba algo muy complicado hecho de metal. Todo curvas y florituras bruñidas y relucientes, rematado con pomos de porcelana con rosas rosadas pintadas a mano. No era un sueño desagradable. Era una cama, una obra maestra de las camas metálicas de anticuario.

Mientras esperaba sentada a que la llamaran por su nombre, hojeando una copia de *Entertainment Weekly*, le sonó el teléfono. Un mensaje de texto nuevo, enviado por un número privado, decía: «Resultados magníficos. Como de costumbre».

En su buzón de entrada había un archivo nuevo. Un archivo de audio etiquetado «Chica rezando». Aquellas palabras, junto con el leve olor a lejía de sus dedos, le hicieron recordar un sueño. Algo siendo descuartizado. Alguien sacrificando un cerdo. Debía de ser algo que había visto por televisión mientras se quedaba dormida. Los chillidos

del gorrino, atroces, y la sangre por todas partes. Le dolían los hombros como si se hubiera pasado la noche cortando leña.

Mientras pasaba una página, volvió a sonar su teléfono. Un mensaje de texto nuevo preguntaba: «¿Sigue disponible tu grito de un millón de $?».

Antes de que pudiera teclear una respuesta, una voz preguntó: «¿Mitzi?». Miró a una mujer joven que estaba sentada detrás de una mesa de madera labrada y lacada en blanco. Aquella mujer, la recepcionista, le dijo:

—Ya puede pasar con el doctor Adamah.

Mientras Mitzi recogía sus cosas, se abrió una puerta y el barbudo médico la recibió con su cálida sonrisa de costumbre. Cruzaron un pasillo hasta la puerta abierta de una sala de reconocimientos. Dentro había una camilla cubierta con papel frente a un fregadero de acero inoxidable y una hilera de armaritos con las puertas de cristal. El médico le indicó con la cabeza que se sentara en la camilla.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó el doctor Adamah. Se sentó apoyándose en el borde del fregadero. Echó un vistazo a los moretones descoloridos que rodeaban el cuello de Mitzi—. ¿Cómo está Jimmy?

Se refería al último novio de Mitzi. La razón de que ella quisiera una ligadura de trompas.

El médico estiró el brazo hacia Mitzi y le hizo una seña curvando el índice.

—¿Tienes algo para mí? —le dijo.

Mitzi rebuscó en su bolso. Sacó tres billetes de cien dólares.

El médico cogió los billetes y los sostuvo encima del fregadero. Se sacó un encendedor de un bolsillo de la bata de laboratorio y encendió la llama. La sostuvo debajo de los billetes hasta que prendieron, y el humo empezó a ascender hacia el techo. El doctor Adamah siguió la mirada de Mitzi hasta un detector de humos y le aseguró que estaba desconectado.

El olor a quemado sugería sudor y plástico, plástico y papel de aluminio. Una vaharada maloliente hizo que a Mitzi le brotaran las lágrimas. Mientras el humo se elevaba, fueron cayendo en el fregadero los copos medio deshechos del papel telado calcinado. El fuego fue

acercándose a los dedos del médico, haciéndole soltar los restos en llamas. Lo que quedaba se encogió y se ennegreció sobre la superficie de acero. Los copos más grandes se deshicieron en otros más pequeños. Las llamas de los bordes finales se pusieron azules y se apagaron. Las últimas volutas de humo se dispersaron por la sala ya neblinosa.

Mitzi miró dentro del bolso que había dejado sobre la camilla, al lado de su cadera. En su interior había un fajo enrollado de billetes. En su apartamento tenía una habitación donde no había más que dinero.

Antes de que los médicos se convirtieran en matasanos… Antes de que los psicólogos fueran loqueros, todos habían sido videntes. Todos habían sido adivinos, putas del templo, chamanes. Y como tales, estaban adiestrados para leer las señales involuntarias que transmitía la gente. Los aspectos sutiles del lenguaje corporal, del tono de la piel, del aroma. Eran capaces de diagnosticar el problema desconocido a base de hacer preguntas evocadoras e incisivas. Por lo menos así era como explicaba su don el doctor Adamah. Había asistido a la facultad de medicina en Puerto Príncipe y tenía habilidades que iban más allá del puro diagnóstico físico. Para él todo era un ritual. Y el ritual lo era todo.

¿Cuánto tiempo llevaba asistiendo a su consulta? Mitzi buscó entre sus recuerdos. Había sido Schlo, o quizá algún otro productor, quien se lo había recomendado. Durante la época en que se le había pasado la rabia que había espoleado su primer asesinato, y había necesitado algo más para hacer el siguiente trabajo.

No es que Mitzi se tragara toda aquella palabrería, pero tampoco tenía ni idea de cómo funcionaba la penicilina. Aun así, se la tomaba si hacía falta.

Inclinándose sobre el fregadero, el médico examinó las cenizas chamuscadas como si fueran las hojas de té del fondo de una taza.

—¿Significa algo para ti el nombre Shania Howell?

Al oír aquel nombre, a Mitzi le vino una imagen de la camarera de la cafetería, pero nada más.

—Ya descansa en paz —dijo el médico—. Y a ti se te perdona

porque tus acciones la han llevado a un lugar de mayor paz y satisfacción que ninguno que conoció en la tierra.

Lista para la siguiente parte del ritual, Mitzi sacó un cuaderno y un bolígrafo de su bolso.

El médico examinó las cenizas.

—Sus padres residen en el 947 de East Placer Drive, en Ogden, Utah.

Mitzi apuntó la dirección y esperó.

—Deben —anunció el médico— aproximadamente ochenta y cinco mil dólares de su segunda hipoteca y treinta y un mil de la original.

Mitzi tomó nota de mandarles doscientos mil dólares en metálico. La habitación del dinero de su apartamento estaba igual de abarrotada que una cueva del tesoro. Había tantos fardos y cajas de cartón llenos de fajos de billetes de quinientos dólares que apenas se podía dar un paso allí dentro. Tachó la primera cifra y decidió enviar un paquete anónimo que contuviera trescientos mil.

El humo cambió de dirección, giró y se arremolinó en la pequeña salita como si fueran numerosos fantasmas. Un olor amargo. Legiones de almas perdidas agolpándose alrededor de ellos. Mitzi intentó no inhalar.

Frente al fregadero, el médico abrió los grifos y usó los dedos para dirigir el agua de tal manera que se llevara las cenizas hacia el desagüe. Se secó las manos con una toallita de papel y se puso unos guantes de látex. A continuación, abrió un cajón y sacó una hoja de papel en blanco, un sobre y un bolígrafo.

Poniendo el papel sobre la encimera, habló mientras escribía:

—Queridos papuchi y mamaíta…

La voz no era la suya. Tenía un acento sureño cantarín. Tampoco la caligrafía era la suya. Las letras se ensortijaban al estilo de una estudiante de instituto.

Mitzi había presenciado aquello antes, demasiado a menudo para acordarse de todas las veces. Escritura automática, canalizada desde el mundo de los espíritus.

—No intentéis encontrarme —siguió diciendo el médico. Mientras llenaba la página, el doctor Adamah dijo—: Os quiero mucho a ti y a

mamaíta. —Las mismas palabras se desplegaban sobre el papel, llenas de florituras—. Quizá ella no lo sepa, pero la pequeña Braylene está embarazada y se tiene que casar con el chico. Así está decretado. —La florida caligrafía se detuvo momentáneamente.

El médico dio la vuelta a la página y siguió en la otra cara.

—Os daré la bienvenida aquí a todos, muy pronto, y compartiremos nuestro amor para siempre. —El doctor Adamah firmó la carta con el nombre de Shania.

Dobló la hoja de papel con las manos enfundadas en látex y la metió en el sobre. Humedeció la yema de un dedo en el fregadero y la pasó por la tira encolada para sellar la carta dentro.

No es que Mitzi pudiera entender todo aquello, pero las palabras de la carta la reconfortaban con su calidez. Parecían absolverla de los pecados que Mitzi se había asegurado de no poder recordar. Sabía que no debía preguntar los detalles. No quería saber más.

El médico sacó un pañuelo de papel de una caja y envolvió delicadamente la carta con él antes de tenderle el sobre envuelto.

Con cuidado de no dejar huellas dactilares, Mitzi lo aceptó.

Ya se acababa la hora punta del tráfico vespertino cuando Foster paró el coche junto a la acera. Ella lo estaba esperando frente al edificio del Centro de Estudiantes, abrazando un grueso libro de texto. Lo saludó con la mano y le gritó:

—¡Papá! ¡Aquí!

El libro era un bonito detalle, daba igual que fuera de verdad o puro atrezo.

Se inclinó para asomarse por la ventanilla del conductor y le dio un beso en la mejilla. Dio la vuelta con paso ligero por delante del coche y se subió al asiento del copiloto. Se puso el cinturón de seguridad. Colocó el libro sobre el asiento entre ambos. Llevaba el collar de perlas de su cumpleaños.

A Foster le aterraba la idea de que, sin ella para recitar sus historias, él pudiera olvidarlas. Pero tal vez ese fuera el objetivo desde el principio.

Mirando por el espejo lateral y haciendo una señal para incorporarse al tráfico, le preguntó:

—¿Te acuerdas del poni que alquilamos?

Quería empezar por las preguntas fáciles. Como si la estuviera examinando sobre un catecismo poco conocido. Primero, el episodio del poni. Después, la lección de la bandeja del horno. El Evangelio de Lucinda. Se lo había machacado hasta tal punto que la chica ya debía de conocer la infancia de Lucinda mejor que la suya propia. Foster echó mano del libro que tenía al lado y lo abrió. Un texto sobre arte dramático. Dejó la tarifa habitual entre las páginas y lo cerró.

Fingiendo no darse cuenta, ella apartó la vista y observó los edificios junto a los que pasaban. La gente que circulaba por las aceras.

Quizá estuviera ganando tiempo para pensar. Pero de pronto la determinación le iluminó los ojos y Lucinda se lanzó a interpretar su papel:

—¿El poni? Pues claro que me acuerdo. Galletita. —El nombre correcto del poni—. Mi último día de segundo curso. —El momento correcto—. Llevaba unas Keds nuevas que no me quería ensuciar…

—Eran rojas —la interrumpió Foster.

—Eran azules. De color azul claro. —Tenía razón ella.

Foster no estaba intentando hacer que se equivocara. Acababa de errar en un detalle de una historia muy preciada, y le aterró la idea de que aquella joven conociera la vida de su hija mejor que él. Cambió el tema de conversación a un episodio más recóndito.

—¿Te acuerdas de Halloween?

—¿De cuál? —preguntó ella. Precavida. Una estudiante haciendo un examen sorpresa.

—Del primero que celebraste. —Foster la orientó mientras se reincorporaba al tráfico—. Cuando tenías cuatro años.

Al oír aquello Lucinda se llevó la mano a la boca y se mordió la uña del pulgar. Cerró los ojos con expresión concentrada.

—No me lo digas —insistió.

Foster la apremió:

—Ibas de bruja.

—¡No! —Ella alargó la palabra para ganar tiempo. Por fin exclamó, triunfal—: ¡Iba de duende!

Enervado, Foster cambió repentinamente de carril. Detrás de ellos sonó un claxon.

—¿Ah, sí? —Estaba perdiendo el control de sus posesiones más preciadas, sus recuerdos.

—Llevaba el pijama de cuerpo entero rosa y el tutú rosa de la clase de ballet, acuérdate —lo reprendió aquella Lucinda.

Ahora era ella quien le estaba dictando sus recuerdos. Aquella impostora se había hecho con la autoría de su pasado.

Foster no se lo podía discutir. No se acordaba. Probó por primera vez a cambiar las tornas.

—Ahora elige tú una historia.

Ella se tocó la suave frente con la yema del dedo.

—¿Te acuerdas… de la Navidad en que tu hermano hizo de Papá Noel?

Foster no se acordaba, y eso le provocó una ráfaga de furia. Le había entregado la vida de su hija a aquella desconocida. Y ahora aquella desconocida se sabía la vida de Lucinda de cabo a rabo.

No era que la chica estuviera siendo cruel. Se limitó a ruborizarse como si se avergonzara por él. Y preguntó con timidez:

—¿Te acuerdas de mi cobaya?

Foster hurgó en sus recuerdos como quien busca a tientas un interruptor al cruzar la puerta de una habitación a oscuras. De pronto se le iluminó la cara.

—Ringo —dijo.

La cara de ella se nubló de preocupación.

—Rufus —lo corrigió. Volvía a tener razón.

Recorrieron unas cuantas manzanas en silencio. Cuando ya casi habían llegado a su destino, ella preguntó:

—¿Adónde vamos, papá?

Mientras buscaba un espacio para aparcar, Foster dijo:

—No me llames así.

De repente acababa de salirse del personaje. La joven se había aprendido el juego demasiado bien y él estaba perdiendo aquella

competición. Parecía una clásica inversión de roles: el padre se convierte en el hijo y la niña alecciona al adulto.

Apareció un sitio para aparcar y Foster detuvo el coche. La chica echó un vistazo a su teléfono, aunque solo fuera para comprobar la hora. Iba a ser una hora muy larga.

—Gracias —dijo ella en voz baja—. Por las perlas, quiero decir. —Las tocó como si tuviera miedo de que él quisiera que se las devolviera.

Foster cogió el libro del asiento.

—¿Reconoces eso? —Señaló con la cabeza por encima del volante para indicar una torre de oficinas que había manzana abajo. Un edificio tan anodino como una lápida.

Ella se inclinó hacia delante para mirar a través del parabrisas.

—Es el edificio Parker-Morris —dijo—. Donde papá… Donde trabajabas antes.

Foster salió del coche, llevando el libro de texto como cebo para que ella lo siguiera. Alejándose por la acera, le gritó por encima del hombro:

—¿Te acuerdas de la vez en que te perdiste?

La chica salió por su lado del coche y se apresuró tras él.

—Sí —siguió diciendo Foster, aumentando la distancia entre ambos—, tu madre y yo pensamos que no volveríamos a encontrarte nunca.

Apretando el paso para no quedarse atrás, aquella Lucinda dijo con voz aguda:

—Era el día en que podías llevar a tu hija a la oficina…

Sin aminorar, Foster preguntó en tono imperioso:

—¿Y?

Dando tumbos entre otros peatones, vacilando, ella respondió:

—Yo quería jugar a un juego… Quería jugar a pillapilla en los ascensores.

Acababan de llegar a las puertas de la torre. La chica seguía intentando recuperar el libro que él llevaba en la mano. O bien porque era realmente una estudiante de arte dramático, o bien porque su dinero estaba dentro. Foster no sabía cuál de las dos cosas.

—¿Lucinda? —le preguntó—. ¿Quieres jugar a un juego con papá?

Mitzi salía con Jimmy por sus piernas. Este tenía unas piernas largas que le permitían plantar el pie sobre la nuca de ella. Ahora la puso boca abajo y tiró de sus caderas desnudas hacia arriba. A Jimmy solo le había hecho falta ver el vídeo una vez. Jimmy, con sus rastas pegajosas y sus marcas de viruela en las mejillas. Con aquella nariz que parecía un encurtido que alguien se hubiera encontrado en un frasco al cabo de cien años. Con aquel cuerpo desnudo, flaco y correoso, como algo desenterrado de una turbera. Jimmy nunca le preguntó por los moretones que le había dejado el último. Ni por las cicatrices que le habían dejado en los brazos y la espalda los anteriores. Jimmy se había limitado a ver el vídeo en el monitor de ella en el edificio Fontaine. Para los hombres, el porno era como un tutorial.

El hombre diminuto de la pantalla ponía a la mujer diminuta boca abajo. Luego le levantaba el culo hasta ponerla de rodillas, pero le dejaba la cara pegada al suelo plantándole un pie diminuto en la nuca diminuta. Dejaba el otro pie en el suelo y doblaba la rodilla, bajando el cuerpo para sodomizarla. No todo el mundo podía imitar aquella postura, pero Jimmy sí.

Como alguien que está aprendiendo a bailar, Jimmy le había dado cuidadosamente la vuelta y le había plantado el pie descalzo en la nunca. Estaban en el suelo. La cama era demasiado endeble. Remedando el vídeo, Jimmy le había escupido un salivazo en el ojete vuelto hacia arriba. Su objetivo, cálido y situado en el centro de todo. Lo cual ya suponía una mejora respecto al Joker Gitano que mascaba tabaco.

Aguantándose en equilibrio precario, Jimmy introdujo la punta de su pene erecto. Por un momento, la estuvo penetrando con la mitad de su peso corporal mientras doblaba la otra pierna para bajar el cuerpo. La presión de su pie le aplastó la nuca, clavando la boca de Mitzi contra la moqueta. Sofocando las palabras insistentes de ella:

—¡Más fuerte! ¡Pisa más fuerte!

El vino que tenía en el estómago le subió a la garganta, pero ella se lo volvió a tragar. Vino mezclado con bilis ardiente y somníferos.

Mitzi intentó girar la cabeza para recibir más presión aplastante del pie contra sus cervicales.

Una decapitación interna era lo que buscaba. Para ello había ido hasta Riverside y había soportado las miradas asesinas de las chicas de la zona, hasta conocer a Jimmy. Jimmy, con sus piernas largas y aquellas uñas de los pies con hongos que se le clavaban en el mentón. El de antes, el Joker Gitano, incluso con sus andares chulescos y su necesidad de follar alimentada por el cristal, no tenía la fuerza suficiente en la parte inferior del cuerpo. ¿No se suponía que ir en moto fortalecía la musculatura de los muslos? Pues solo era capaz de darle un par de pisotones desganados en el pescuezo. Eran más fuertes las patadas que ella le pegaba al saco del gimnasio. Aparte de eso, la abofeteaba y la estrangulaba hasta hacerle perder el conocimiento, pero luego siempre se despertaba y lo encontraba roncando en su cama.

¿Qué más se podía decir? El Joker Gitano tenía la piel tan blanca y tan poco vello corporal que sus abundantes tatuajes le daban pinta de porcelana de regalo de bodas. Mitzi no paraba de encontrarse mechones de su propio pelo arrancados. Le dolía el cuero cabelludo. No importaba cuántas veces lo hiciera sentarse y lo obligara a ver el vídeo, el tipo solo había conseguido saltarle un diente y provocarle una pequeña fisura anal que sangraba cosa mala y que había tardado un mes en curarse.

Jimmy gruñó. El hombre del vídeo decía: «Dame ese agujero», y le daba una palmada en el culo a la mujer.

—Dame ese agujero, zorra —dijo Jimmy, y le dio una palmada en el muslo a Mitzi.

Estaban los dos cubiertos de sudor. Y habían estado bebiendo vino, de forma que la cosa tenía buena pinta. Cada vez que retiraba su pene erecto, Jimmy levantaba demasiado su centro de gravedad y amenazaba con perder el equilibrio. La suya era básicamente una posición de tres puntos de fútbol americano, como de taburete de ordeñar, y cualquier resbalón podía arrojar todo su peso contra la frágil parte superior de la columna vertebral de ella.

Algo crujió dentro de la cabeza de Mitzi, algo soltó un crujido y le

llenó la boca de sangre. Pero en vez de su espinazo, era su nariz lo que se había roto contra el suelo. Aplastado de lado contra la moqueta, el cartílago se había partido con un chasquido parecido al de una pinza de cangrejo seca.

Un efecto de sonido perfecto, desperdiciado. Su mente volvió a divagar y se preguntó: Si se rompía una nariz en el bosque y no había nadie para grabarla e insertar el ruido en una película, ¿se había roto realmente la nariz?

Foster dejó que ella se imaginara lo peor. Le hizo una señal para que se metiera en uno de los ascensores y le dijo:

—Sube. Baja. Cambia de ascensor. Pero como te coja, estás muerta.

Metió la mano por debajo de la chaqueta y sacó la pistola de su sobaquera. La pistola de Robb. No estaba cargada.

La seguridad de aquel sitio seguía siendo de chiste. Al igual que entonces, no había ningún guardia en recepción. El banco de monitores de seguridad mostraba imágenes granulosas en blanco y negro de pasillos vacíos. En una de las pantallas se vio a sí mismo con la pistola, su calvicie incipiente, los ojos protuberantes tras los gruesos cristales de sus gafas, una mano venosa sosteniendo el arma. No había nadie mirándolo. El único que miraba era él.

La daba igual que viniera la policía a detenerlo. De todas maneras no iba a venir. El mundo no era así, ya no. Quizá nunca lo había sido.

La pistola era necesaria para aterrorizarla. Si aquella Lucinda le cogía miedo, ya no lo volvería a llamar más. No reaparecería nunca para saludarlo y charlar de los viejos tiempos. Foster era incapaz de superar su adicción a ella. Así pues, necesitaba estar muerta para él.

Ella lo miró con su bonita cabeza ladeada. Ya fuera porque era una actriz excelente o porque había visto algo implacable en su cara, parpadeó para contener las lágrimas. Miró por encima de su hombro, como si quisiera pedir auxilio, y después estiró el brazo y pulsó el botón de una planta. Se apoyó lentamente de espaldas contra el fondo de la cabina.

—Puedes usar el teléfono —la advirtió—, o hacer sonar la alarma de

incendio. Pero si te quedas mucho rato en el mismo sitio, te encontraré antes que la policía.

Foster hizo lo que debería haber hecho la otra vez. En vez de perseguirla, esperó.

Las puertas se cerraron y, según el indicador de planta, el ascensor empezó a subir. En el vestíbulo, un panel de acero inoxidable mostraba unas hileras verticales de luces rojas, cada una de las cuales señalaba la ubicación de un ascensor distinto. El ascensor donde iba ella se detuvo en el piso diecisiete. Otra luz se detuvo en la misma planta y procedió a bajar unos cuantos pisos. Estaba claro que la chica había cambiado de ascensor para esquivarlo.

Las lucecitas rojas trazaban su camino de huida, moviéndose de aquí para allá, saliendo de un ascensor por un lado del edificio para meterse en otro y bajar, o para subir todavía más. Y después volver a cambiar.

Lo que Foster estaba haciendo hoy la llevaría a seguir escapando de él durante el resto de su vida.

Foster calculaba que pronto la invadiría el pánico. Quizá llamara a la policía, o a su proxeneta, pero no se demoraría en el mismo sitio para evitar que él la encontrara. Su intuición resultó ser cierta. Un ascensor bajaba a toda velocidad, un expreso directo a la huida por el vestíbulo.

Al verlo descender, Foster se acordó de cuando había perseguido a su hija durante aquel mismo juego, muchos años atrás. Solo la había atisbado un momento, cuando Lucinda se metió chillando en un ascensor distinto. Había intentado agarrarla, pero ella fue demasiado rápida. A Foster le había parecido divertido. Un juego.

No se le había ocurrido en ningún momento llamar a seguridad y pedirles que cerraran las salidas. ¿Cuánto tiempo había pasado desaparecida mientras él todavía corría, jadeando y riendo, para pillarla? Como un idiota, se había dedicado a llamarla por su nombre y a perseguir a un fantasma.

Con el libro de texto todavía en la mano, Foster se posicionó frente a las puertas del ascensor que llegaba.

Se abrieron las puertas, la chica se abalanzó hacia delante y a punto

estuvo de chocar con él. Intentó frenar de golpe y cayó hacia atrás. Rodó por el suelo enmoquetado. Encogida en posición fetal defensiva, dijo entre sollozos:

—¡Por favor, papá! —sollozó—. No lo hagas.

Foster sacó la pistola que llevaba bajo la chaqueta y le puso la boca del cañón delicadamente contra la coronilla. Contra aquel precioso pelo oscuro.

—No eres mi hija —le dijo—. Ni tampoco eres actriz. —Para sellar el trato, para hacer que ella lo despreciara de verdad, añadió—: Eres una puta. Una puta sucia y barata comepollas.

Ella dejó de llorar y levantó la cara hasta tener la pistola encañonándola entre los ojos. Cualquier miedo que hubiera habido había sido reemplazado por la furia. Daba igual que la matara o no, aquella Lucinda lo quería matar a él. Y eso era bueno. Era perfecto.

Extracto de *Oscarpocalypse Now,* de Blush Gentry (p. 45)

La gente amaba a Mitzi Ives. La amaba. Incluso después de que el FBI descubriera aquella habitación atiborrada de dinero, la gente le seguía concediendo el beneficio de la duda. Había perdido a su madre cuando era bebé. Su padre se había largado cuando ella era adolescente, pero Mitzi nunca se había rendido. Y quizá porque había tenido una vida tan dura, había aprendido a sobrevivir, ¿me entendéis?

Por supuesto, la gente difundió rumores. Siempre que una mujer, una mujer joven y soltera, triunfa en Hollywood, los haters se ceban con ella. Dicen que ha llegado a lo más alto de la profesión de los efectos de sonido a base de follar. O eso, o dicen que es una sádica asesina en serie. Y lo siguen diciendo. Pero yo nunca presto ninguna atención a los rumores.

No, mi pasión es el diópsido de cromo. ¿Para qué hacer caso de los haters y de sus envidias cuando puedes ostentar todo el glamour del viejo Hollywood por unos precios que hacen que nuestras joyas sean la mejor inversión que puede realizar una mujer garbosa, espabilada y al tanto de la moda? Nuestro lema es: «Más esmeralda que las esmeraldas». Pero siempre que una mujer fuerte y lista alcanza el liderato en cualquier industria, los medios tradicionales dirán que ha llegado hasta ahí torturando a gente hasta la muerte. Solo hay que mirar a Sheryl Sandberg.

A esos haters que dicen que Mitzi Ives era una asesina solo tengo una

> pregunta que hacerles: «¿Qué pasó entonces con los cuerpos?». Enseñadme dónde están todos esos cadáveres.

Jimmy odiaba sentarse en el medio. Se quejaba de que la gente que se sentaba detrás le daba patadas accidentales a su asiento. Los que estaban sentados a los lados le daban codazos sin querer, o bien hablaban en voz baja. La gente sentada en la fila de delante siempre era demasiado alta. No; el centro de cualquier cine quizá fuera la mejor ubicación para ver la película, pero las distracciones pesaban más que los beneficios. Por eso estaba triunfando tanto el home cinema.

—Esta noche no será así —le dijo Mitzi—. Créeme.

Jimmy no entendía lo del montaje provisional. No entendía que se iba a proyectar un montaje provisional. Estaba simplemente emocionado de que lo hubieran invitado a visitar los estudios. Mitzi había intentado explicárselo para rebajar sus expectativas. No era un evento de esmóquines y focos. Lo que iban a ver era el montaje previo al estreno de una película sobre la guerra de Secesión. Que ni siquiera era especialmente buena. Y nadie iba a ir más emperifollado que cualquier viernes informal.

Tampoco es que Jimmy supiera qué era un viernes informal. A lo máximo que podía aspirar era a ponerse una pañoleta limpia en torno a las rastas mugrientas.

Mitzi no tenía ni idea de por qué los habían invitado a aquella fiesta. Cada noche tenía que decidir entre leer un clásico o ir a un evento de la industria. En otras palabras: pasar su tiempo con gente inteligente muerta o con idiotas vivos.

En el vestíbulo de la sala de proyección de los estudios nadie se aventuró a acercárseles. Como si estuvieran detrás de un escudo invisible, nadie se les aproximó ni se dirigió a ellos. Quizá fuera por los moretones en el cuello o por la forma desganada en que se había aplicado corrector cosmético para disimular la nariz rota y los ojos hinchados, pero Mitzi sabía que era una paria por razones de más peso.

Allí cada saludo era una petición, o de trabajo o de mamada. Mitzi podía aceptar el hecho de ser el secreto sórdido de todo el mundo. Como una estrella infantil a la que todos se habían follado justo antes de cumplir la mayoría de edad.

Jimmy era demasiado tonto para ver lo que era ella. Mitzi lo odiaba por su ceguera, pero aun así quería que la percibiera como alguien sin corromper. Por mucho que ahora mismo Jimmy estuviera mirando lascivamente a una actriz allí cerca. La rubia en cuestión llevaba un vestido sin tirantes tan lleno de varillas y alambres que parecía que estuviera sirviendo sus pechos en bandeja. Tenía las pestañas tan recargadas de rímel que sus ojos parecían dos plantas carnívoras.

Jimmy, lo bastante sucio y desaliñado como para pasar por famoso millonario, se comía con la vista a las mujeres.

—¿Esa es Blush Gentry?

Agitó su copa en dirección a una rubia de mediana edad tirando a joven, a medio camino entre mujer florero y mamá de escuela. Sus rizos recordaban a películas de autocine. A toda una generación de películas en las que un monstruo o un paciente psiquiátrico la había perseguido y había terminado asesinándola. Sus rizos rubios todavía eran bonitos. Su cintura casi no había cambiado. Como si notara la mirada lasciva de Jimmy, sus ojos azules lo encontraron.

Mitzi conocía el baile. Al cabo de un momento Blush Gentry abandonaría su conversación con algún asistente don nadie e iría como una flecha a ver si Jimmy podía ofrecerle mejores perspectivas de conseguir un nuevo papel. El contacto para conseguir drogas de ayer era el productor ejecutivo de hoy. La industria de la marihuana estaba sufragando muchos proyectos independientes, proyectos grandes, simplemente como medio para blanquear los beneficios que no aceptaba ningún banco. Jimmy, con su cuello tatuado y sus marcas de viruela, tenía toda la pinta de productor de un proyecto en fase de casting.

Sin esperar un momento, la actriz lo miró fijamente y se les acercó.

—Hola —dijo, tendiendo una mano preciosa, una mano que en el pasado había sido cercenada con un cuchillo de carnicero—. Soy Blush.

A Jimmy se le ruborizó la cara picada de viruelas, intimidado por tener delante a una estrella. Su mano tatuada estrechó la mano no cercenada de ella.

—Soy Jimmy —dijo.

Aunque Blush fingía no verla, Mitzi le ofreció también su mano.

—Mitzi Ives —dijo, y añadió—: De Efectos de Sonido Ives.

La actriz le tocó apenas la mano, evitando mirarla a los ojos, y dijo:

—Gracias, pero mis gritos los suelto yo.

Era cuestión de un minuto que apareciera la tarjeta de visita de la actriz, junto con el enlace a su bobina online de trabajos. Y a cambio Jimmy le pasaría una captura de pantalla de su graduado escolar. No era ningún pez gordo de la industria. Y en cuanto lo viera, su nueva mejor amiga se perdería entre la concurrencia en busca de mejores oportunidades profesionales.

La gente se dedicó a fingir que no veía a Mitzi hasta que cierto peso pesado del sector, todo panza y pelajos, cruzó una mirada fugaz con ella. Le dijo a Jimmy:

—Tengo que hablar de trabajo con alguien. —Y se fue rumbo al vestíbulo y los lavabos.

En el lavabo de señoras se plantó frente al lavamanos y miró por el espejo la puerta que tenía detrás. La Mitzi del espejo le devolvió la mirada con ojos maltrechos inyectados de sangre. El peso pesado del sector entró sin dudarlo. Miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie más y dijo:

—Se rumorea que estás subastando algo especial.

La tendencia era que la gente consumiera las películas a solas. Sin el amparo de la risa de los demás ni los gritos de un público, la magia simplemente desaparecía. Los estudios lo sabían. Y también los distribuidores y las cadenas de cines. Por eso celebraban supuestos concursos en los que regalaban entradas para los pases de prensa. Los jóvenes convencidos de haber ganado algo se ponían eufóricos. ¿Y quién mejor para llenar el cine cuando iba a haber un puñado de críticos locales entre el público?

El subidón límbico colectivo de tanta gente prácticamente garantizaba una avalancha de críticas positivas. El sistema límbico

humano necesitaba a la comunidad para alcanzar tanto sus puntos álgidos como los más bajos.

Pero ahora los home cinemas y las descargas significaban que había más gente que lo veía todo en la intimidad, en especial árbitros culturales y espectadores con ingresos holgados, que solían ser los consumidores pioneros. Lo veían todo en soledad y se preguntaban por qué las películas ya no eran tan graciosas ni tan tristes ni daban tanto miedo como antes.

A solas con Mitzi en el lavabo de señoras, el peso pesado del sector le preguntó:

—¿Lo puedo escuchar?

Mientras preparaba el archivo, Mitzi dijo:

—Lo llamo «Joker Gitano, melena rubia, veintisiete años, torturado hasta morir, pistola de calor».

Vio cómo el peso pesado se metía los auriculares en las orejas peludas.

A todo el mundo le daba vergüenza expresar emociones en soledad. Necesitaban que un grito les diera permiso para gritar. Necesitaban sentirse parte de un sistema límbico mayor que ellos. La forma en que aullaban los perros, eso era la resonancia límbica.

Los productores estaban enzarzados en una batalla para conseguir el mejor grito.

Mitzi pulsó el Play.

El peso pesado del sector enderezó la espalda de golpe, como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y abrió tanto los ojos que alrededor de cada iris amarillo apareció un abultado margen blanco inyectado de sangre.

Cuando Mitzi lo dejó, estaba encorvado hacia delante, con las manos apoyadas en el borde del lavamanos, derramando lágrimas de angustia.

—El precio de salida es un millón doscientos —le dijo.

En el bar había pasado lo inevitable. Jimmy estaba solo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Huelo mal o algo?

Era obvio que estaba dolido. Blush Gentry había escapado, y nadie más se le quería acercar. Jimmy simplemente no sabía vivir fuera de

la cárcel. Las reuniones sociales sofisticadas lo excluían: una sensación a la que Mitzi se había acostumbrado hacía años.

Era difícil no amar a un hombre que desconocía de forma tan absoluta la espantosa verdad sobre ella. Pero todavía más difícil era respetarlo.

Mitzi lo condujo hasta un pequeño auditorio donde saltaba a la vista que los asientos centrales ya estaban ocupados. Como eran los mejores asientos, ya estaban todos llenos de grupitos de gente, o de parejas, y solo quedaban unos pocos libres entre ellos. Mitzi dejó a Jimmy en el pasillo y se adentró poco a poco por una fila central. Pasó excusándose entre la gente hasta llegar a un asiento solitario que había quedado libre en el centro mismo de la sala.

Jimmy le había sugerido que se quedaran en casa y follaran. Gracias al Ambien, cada vez que Mitzi follaba con él era como la primera. No tenía ni idea de si se ponía condón. Seguramente no. No había hecho nada con su vida, así que su mayor fantasía era concebir otra versión de sí mismo. Un segundo intento: Jimmy 2.0. Como para darse a sí mismo otra oportunidad, y como si al hacerlo fuera a trasladar la carga a aquel nuevo Jimmy y darle permiso al Jimmy actual para malgastar lo que le quedaba de vida.

Ni hablar, le había dicho Mitzi. Ni de coña se iba a quedar preñada.

Cuando ocupó aquel asiento en mitad de la sala, el grupo de cuatro personas que había sentadas a un lado se levantó y se trasladó en silencio a otros asientos más alejados. Al momento, una pareja que había al otro lado se levantó también y se movió a unos asientos menos deseables. Al cabo de unos minutos de llegar ella, toda la zona a su alrededor estaba vacía. Se habían vaciado las filas de delante y las de detrás, así como amplios márgenes de asientos a cada lado. Miró en dirección a Jimmy y le hizo una señal con la mano para que fuera con ella.

—Mira qué suerte —dijo en voz muy alta—. ¡He encontrado dos asientos juntos!

No se le iba de la cabeza la cuestión del condón. Ahora, encima, su vestido parecía estar empeorando las cosas: le venía prieta la cintura. Y el corpiño. Mitzi se arrellanó en su asiento, llena de miedo a no

estar ya sola en su cuerpo.

Internet no le había servido de nada. Amber se había vuelto a casar. Se había cambiado de apellido. Foster la había llamado a su antiguo trabajo y allí se lo habían contado. Ninguno de los que trabajaban ahora en su oficina la había conocido. La plantilla se había renovado. Y Foster no tenía ningunas ganas de llamar al padre de Amber.

En internet había encontrado una necrológica de su madre. Que incluía una lista de quienes la sobrevivían, entre ellos Amber. Amber Jarvis, se llamaba ahora. La madre de Lucinda. En el directorio telefónico constaba un Jarvis, pero no figuraba su número.

Por fin, Foster se rindió y llamó al padre de Amber. El abuelo de Lucinda.

—¿Hola?

La voz del padre de Amber sonaba tan alegre que Foster estuvo a punto de colgar. ¿Para qué estropearle aquel buen humor?

—¿Paul? —persistió Foster.

Todavía en tono animado, la voz preguntó:

—¿Eres tú, Gates?

No le preguntó por Amber, al menos no de entrada. Primero intentó explicarle la ceremonia que el grupo había montado.

Lo que se llevaba ahora era comprar un féretro completamente blanco, de acero o de madera noble lacada. Blanco brillante. Se les daba a todos los asistentes al funeral un rotulador permanente para que autografiaran los costados y la tapa del ataúd y escribieran un mensaje cariñoso. Foster trató de explicarle lo del falso funeral. Según el grupo de padres y madres, era algo que te ayudaba a pasar página.

Intentó que no sonara a chifladura. Que sonara más bien a algo real que hacía la gente de ideas avanzadas.

El padre de Amber, Paul, no dijo nada. No se lo tragaba.

—Siento lo de Linda —dijo Foster. Se refería a la madre de Amber, que había muerto de cáncer hacía tres años, según la necrológica—. De haberme enterado habría ido —añadió.

El tono de Paul no era hostil, pero le dijo:

—Amber nos pidió que no te lo dijéramos. Que no te quería ver aquí.

Foster dijo que lo entendía. Aunque no lo entendía. Le preguntó a Paul si quería asistir a la ceremonia del ataúd.

El anciano esperó un momento y por fin dijo:

—Creo que no, Gates.

Foster quería explicarle lo de la catarsis. Todo aquello que el grupo le había repetido tantas veces. Lo de que la música y las flores crearían un escenario público para el dolor. Y eso le permitiría exteriorizar su pérdida, en vez de soportar la carga a solas. Quería explicarle lo de pasar página.

Pero se limitó a esperar y morderse la lengua. Seguir hablando solo sería una forma de impedirle a Paul que pudiera decir que no.

Quizá por lástima, el hombre al otro lado de la línea le dijo:

—Se lo diré a ella.

—Gracias —dijo Foster.

—Pero has de entender que ella tampoco irá —añadió su exsuegro.

Mitzi podía saber por adelantado cómo iba a gritar un desconocido. Llevaba el tiempo suficiente haciendo aquel trabajo y lo bastante a menudo como para saberlo. En los aeropuertos, siempre estaba observando a alguien. Y en el supermercado. Sabía quién llamaría a gritos a su madre, o quién simplemente gritaría. La experiencia, al menos la suya, le demostraba que nadie gritaba llamando a Dios. Daba igual que fuera gordo o flaco. Negro, blanco o asiático. Daba igual que fueran hombres o mujeres, jóvenes o mayores: Mitzi sabía cómo iban a sonar sus últimos momentos en la tierra.

A primera vista ya sabía si un desconocido de la biblioteca iba a palmar con un berrido a pleno pulmón o si iba a tener una muerte testaruda de las de gruñir y rechinar dientes. O lo peor de todo, si se iba a marchar con un gimoteo de globo perdiendo aire, de manera casi risible, como esos juguetes para perros que emiten chirriditos. Había gente de verdad que se moría así, unos cuantos.

Y aunque Mitzi no hubiera trabajado directamente con ninguna de

esas personas, podía rellenar las lagunas con la colección de su estudio. Aquella colección que había heredado. Hileras y más hileras de archivadores, salas y más salas de ellos, llenos de muestras que se remontaban a las formas más primitivas de registros sonoros. Entre ellas, cilindros metálicos envueltos en hojalata con surcos grabados para la aguja del fonógrafo. Una etiqueta de papel amarillento atada a uno de los cilindros decía: «Inmigrante irlandés reciente, pecho aplastado, rueda de molino de basalto». Y también estaban guardadas allí las máquinas que todavía podían reproducir aquellas reliquias. Mitzi había inspeccionado todos aquellos cajones llenos de cilindros huecos de cera endurecida. «India iroquesa estrangulada, despacio y a media distancia, cuerda de cuero». Se había pasado semanas enteras explorando salas llenas de discos de caucho duro y celuloide. Discos de goma laca y, finalmente, de vinilo.

Aquella verdadera cueva del tesoro de gritos le hacía preguntarse si el cine no se habría inventado como simple vehículo para exhibirlos. Allí había una especie de inmortalidad, la agonía preservada, archivada y cuidada. Se preguntó si tendrían razón los nativos americanos. Si una fotografía podía robarle el alma a una persona, quizá aquellas grabaciones fueran las almas de los muertos. Estaban muertos, sí, pero ni en el cielo ni en el infierno. Se habían convertido en simple stock comercial. Produciendo ganancias. Algunos, la mayoría, estaban en almacén. Propiedades almacenadas, en aquellos cajones metálicos de aquellas gélidas salas de cemento.

La comercialización del dolor.

Se sirvió una copa de riesling. Dio un sorbo largo para tragarse un Ambien. Y dejó la botella a su lado para rellenarse la copa.

Cada grabación era una droga. Todas le aceleraban el ritmo cardiaco. Le ralentizaban la respiración hasta que se veía obligada a boquear para coger aire. Cada grito le llenaba la sangre de adrenalina y de endorfinas. Allí sentada, encorvada sobre la mesa de mezclas, con los auriculares atenazándole la cabeza. Navegando por los gritos.

Solo cuando ya estaba al final de su aguante, puso su favorito. La copia maestra de su grito favorito: «Hermana pequeña, muere de terror, llamando a su padre». Se sirvió otra copa de vino. Pulsó el

Play.

Le dolía la mano. Se le había infectado la mordedura, la que había recibido en el pulgar en el aeropuerto. Si no mantenía el codo doblado, si dejaba que le colgara la mano, se le inflaba como una manopla y le goteaba algo.

El médico de su grupo de apoyo, el doctor Adamah, pidió a los presentes que agacharan las cabezas. Se suponía que Adamah tenía que leer el salmo 23 del Libro de Salmos. Pero cometió un fallo garrafal y leyó del Libro de Josué, la crónica de la destrucción de Jericó. Tampoco pareció que nadie se diera cuenta: los espectadores sonrieron embelesados y asintieron con la cabeza para mostrar su aprobación.

El doctor Adamah concluyó su lectura:

—«… Y los hombres profirieron un fuerte grito, y la muralla se desplomó… y aniquiló… a toda criatura que vivía en su interior… hombres y mujeres, jóvenes y viejos…». —Cerró su Biblia y le hizo una seña a Foster para que ocupara su lugar.

De pie en el estrado, Gates Foster dio comienzo a su panegírico. Con la mano hinchada en alto, como si estuviera testificando. Con la excepción de las pocas caras a las que reconocía del grupo, la multitud congregada para el funeral le resultaba completamente desconocida. Todos lo miraban fijamente, hasta que se estremeció y apartó la vista. Mirara a donde mirara, no encontraba más que a desconocidos que lo observaban sin parpadear y cuchicheaban entre ellos tapándose la boca con la mano. Alguien soltó una risilla.

Fue entonces cuando Foster la vio. A Amber. Que ahora se llamaba Amber Jarvis. Sentada en una silla plegable, al final de la última fila de la capilla, estaba la madre de Lucinda. No había tenido muchas esperanzas de conseguirlo, pero Amber había acudido al funeral. Y parecía haber venido sola. Con un abrigo de color marrón claro muy fácil de avistar en aquel mar de ropa negra fúnebre.

—Cuando Lucinda tenía seis años —empezó a decir—, le preguntó a su madre cómo se cocinaba. —Se arriesgó a mirar a la mujer de la

última fila. Ella le hizo un gesto con la cabeza para que siguiera—. Decidieron hacer asado para cenar…

Una fugaz sonrisa cruzó por la cara de Amber cuando vio adónde se encaminaba la historia.

Foster hizo una pausa y le devolvió la sonrisa por un instante.

—Sacaron el asado de su envoltorio y su madre le pidió a Lucinda que cogiera la bandeja para el horno del armario de abajo. —Cada acción y cada detalle lo conducían al siguiente recuerdo—. Su madre colocó el asado en la tabla de cortar, sacó un cuchillo del portacuchillos y le explicó a Lucinda que el primer paso era cortar una loncha de unos cinco centímetros de la parte más estrecha del asado.

Al decir aquello, Foster sorprendió a sus manos colocando un pedazo invisible de carne cruda sobre el atril que tenía delante. Puso recta la mano hinchada como si fuera a dar un golpe de kárate, convertida en el cuchillo.

Mientras cortaba el asado invisible, contó que Lucinda había preguntado por qué tenían que hacer que fuera más corto. Su madre le contestó sin vacilar que el lado estrecho se cocinaba demasiado deprisa, de manera que habría quedado seco y no se habría podido comer. Así pues, había que apartarlo y cocinarlo por separado.

Foster se rio.

—Lucinda no se creyó ni una palabra. —Se había puesto a preguntar una y otra vez por qué el asado entero no se iba a cocinar con la misma rapidez—. Así de lista era —dijo, por mucho que le doliera hablar de su hija en pasado.

Detrás de él estaba el féretro abierto, lleno de juguetes gastados. Robb y el grupo habían mandado una enorme corona de claveles blancos. Como los que se usaban para engalanar el lomo de un caballo de carreras ganador. Detrás del ataúd había un caballete con una foto de Lucinda en segundo de primaria, sonriente, ampliada a tamaño póster.

Foster levantó la vista para buscar la mirada de su exmujer. Que tenía la misma melena oscura y tupida que su hija, cayéndole por la espalda, pero con mechones de canas a los lados de la cara. Ella asintió con la cabeza y Foster continuó.

—Lucy nunca se tragó las razones para cortar el asado —contó.

Su madre le había ofrecido otras explicaciones igual de razonables. Por ejemplo, que la punta estrecha solía tener demasiada grasa. La parte que se recortaba siempre quedaba demasiado amarga o demasiado dura. Fuera como fuese, había razonado la madre, aquello era lo que le había enseñado su madre, la abuela de Lucinda, y por tanto era lo que le tocaba enseñar también a su hija.

—Aun así —Foster se encogió de hombros y levantó las manos con gesto de impotencia—, Lucinda insistió en que llamaran a su abuela para preguntarle.

De manera que llamaron a la abuela de Lucinda. La misma que ahora llevaba tres años muerta de cáncer. Y le preguntaron por qué era tan importante cortar la punta estrecha del asado.

Foster se preparó para contar el giro final de la historia.

—No era porque la carne se cocinara de forma desigual, ni tampoco porque quedara seca —dijo—. Era porque la única bandeja de horno que tenían en aquellos tiempos no era lo bastante grande.

Una lección de cómo perpetuar una equivocación a lo largo de las generaciones. Una docena de razones válidas, y todas equivocadas.

Lucinda, aquella hija lista y preciosa, había sido la escéptica que había traído la verdad final a su familia.

Levantó la vista para ver que la madre de Lucinda escuchaba con atención.

Foster siguió hablando y entre los asistentes al funeral se levantaron más teléfonos para grabar sus palabras. Una vocecilla entre el público dijo: «Cómo te pasas, colega», pero en tono débil. Otra vocecilla, el grito de un hombre diminuto, dijo: «No es tu papá».

Se oyeron risotadas por la capilla. Los asistentes al funeral estaban inclinados hacia delante, pulsando botones, enviando mensajes de texto.

Una voz más fuerte, una voz de hombre, gritó: «¡Ese hombre es un pornógrafo infantil!». Era el propio Foster. Era su voz, gritando desde un teléfono distinto: «Ya no tienes que ser su esclava sexual. Se acabó».

Estaban viendo el vídeo del aeropuerto. Había gente viéndolo. Se

había vuelto viral, convirtiendo a Foster en celebridad friki, y ahora lo habían encontrado.

Montones de teléfonos grabando, esperando a captar su reacción. Foster estiró el cuello y trató de ver más allá del bosque de brazos levantados. Intentaba divisar a la madre de Lucinda, pero allí donde había estado sentada ahora solo vio una silla vacía. Amber se había marchado.

«¡Asado! —gritaban fragmentos truncados de su voz—. ¡Asado!». Alguien se rio y los demás le chistaron porque todavía estaban grabando. El público quería un bis.

Lucinda estaba muerta, pero a nadie le importaba. Lucinda había vivido, pero a nadie le importaba. Se le empezó a formar por dentro aquella rabia que sentía cuando fantaseaba con dar palizas a pederastas. Cuando se convertía en ametralladora.

Palpitándole debajo de la chaqueta, como si tuviera un peso enorme brincando al compás de los latidos de su corazón, estaba la pistola.

Mitzi se acercó en camisón a la ventana. El dolor de cabeza que le acababa de venir le demostraba que no estaba muerta. Igual que los ronquidos de Jimmy detrás de ella. En el edificio de oficinas del otro lado de la calle solo había una ventana con luz. Aquella ave nocturna solitaria como ella, el individuo anónimo con cuerpo de papá, estaba examinando algo en la pantalla de su ordenador. Debía de estar de celebración. Se estaba pimplando algo con pinta de whisky procedente de una botella marrón. Y se lo estaba pimplando directamente de la botella.

Sin que nadie la viera, Mitzi le ofreció un brindis con su copa pegajosa de vino.

La relación con Jimmy no estaba funcionando. Y no era porque él no lo intentara. Literalmente se le había puesto de pie encima del cuello sin rompérselo. Hasta se había aguantado sobre un solo pie. Y lo único que Mitzi había conseguido era que le doliera el cuello, ni siquiera un mal desplazamiento cervical. Para encontrar a un sustituto iba a tener que explorar simas más profundas, quizá tendría que

conducir hasta Bakersfield o Stockton. Buscar en las salas de pesas a algún adicto a los esteroides. Por mucho que le hubiera partido la nariz, a Jimmy le faltaba el instinto asesino.

Detrás de ella sonó un ronquido. Después cesaron los ronquidos procedentes de la cama.

Jimmy, el correoso Jimmy, con sus piernas largas y sus malos modales y sus andares chulescos de chico malo de Riverside, dijo:

—¿Te encuentras bien, cariño?

Sin girarse para mirarlo, Mitzi preguntó:

—¿Te gustaría salir en una película?

No se lo estaba imaginando: le habían crecido los pechos. Y le habían empezado a doler los pezones.

—No me tomes el pelo —dijo él.

Pero en su voz asomaba una sonrisa. Había tanto silencio alrededor de él que Mitzi supo que debía de estar paralizado por la incredulidad.

Examinó al hombre del despacho. Lo vio teclear y entornar los ojos hacia el resplandor del monitor.

—¿Sabes qué es el aullido de Goofy?

—Sí —mintió Jimmy.

—Es un canto tirolés que grabó un esquiador austriaco llamado Hannes Schroll —le explicó—. Se usó por primera vez en unos dibujos animados de 1941 titulados *El arte de esquiar*.

Desde entonces, aquel canto tirolés se había usado en cientos de películas y en miles de producciones televisivas y videojuegos. Era muy posiblemente la grabación más famosa que se había hecho nunca de una voz humana. Y Schroll nunca había ganado un centavo con ella.

Jimmy cambió de postura en la cama. Chirriaron los muelles.

—Nunca he oído hablar de ese tipo —dijo.

Mitzi suspiró.

—A eso iba, justamente.

—Bueno —dijo él con un bufido—, si yo trabajo, al menos me pagarán por ello.

Toqueteó algo que se cayó de la mesilla de noche. Se oyó un ruido de cristal roto. Un cenicero o una copa. Mitzi oyó el chasquido de un

encendedor y olió una nubecilla de humo que flotaba hacia ella. El Fontaine era un edificio de copropiedad donde no se permitía fumar, pero Jimmy ya lo sabía.

Mitzi examinó cuánto vino le quedaba en la copa.

Y entonces allí, suspendido en la única oficina bien iluminada que había al otro lado de la calle, el hombre se echó hacia delante en su silla. Se le resbalaron las gafas de la nariz y vomitó sobre su mesa.

Esa noche Foster se había escondido en su oficina. Al día siguiente lo detendrían por lo sucedido en el funeral. Se entregaría a la policía. Ya era noticia de portada de todas las páginas webs informativas. En todos los vídeos, filmados desde todas las distancias y ángulos imaginables, grabados con los teléfonos de los asistentes al funeral, se lo veía sacarse la pistola de la chaqueta. En la pantalla de su ordenador, la minúscula versión en vídeo de sí mismo se giraba hacia la multitud, con los brazos extendidos hacia delante y la pistola agarrada con ambas manos. Las sillas plegables caían hacia atrás con un ruido metálico, derribando a cada hilera de asistentes sobre los regazos de la hilera de detrás. Los asistentes al funeral trepaban los unos sobre los otros, arañando una montaña convulsa de brazos y piernas. Por los altavoces del ordenador salía el ruido enlatado de sus gritos y los desgarrones de la ropa al hacerse jirones. Los dedos se agarraban a los cuellos de la ropa y a los cinturones como si fueran travesaños de escaleras de mano. Los zapatos pisoteaban la alfombra de cuerpos caídos y aplastados. En un vídeo distinto el ataúd se tambaleaba sobre su soporte, se tambaleaba hasta volcar, se volcaba y se estrellaba contra el suelo, desparramando ositos de peluche y tarjetas de condolencia.

En un tercer vídeo el Foster diminuto se alejaba de los gritos de la multitud caminando hacia atrás y se escabullía por una salida de incendios.

Esa noche se había dedicado a beber Jack Daniel’s y a navegar por última vez por la dark web en busca de su hija.

En ocasiones la había odiado por escaparse, aunque fuera como

parte de un juego de pillapilla. Si no se hubiera metido disparada en un ascensor, fueran cuales fuesen sus intenciones, todavía estaría con él. Así pues, quizá el funeral sí que había cumplido con su propósito. Lo había obligado a expresar su tristeza y su rabia, y ahora habían desaparecido ambas. Foster había superado su adicción a ella.

Aquella indiferencia no era entumecimiento, porque el entumecimiento habría implicado lo contrario: que regresarían a él las sensaciones. Y aquello de ahora no tenía contrario.

Sonó un correo electrónico en la bandeja de entrada. Un enlace a una dirección que no reconoció. Viniera o no de un pervertido secreto, era un enlace ordinario a una película pirateada en YouTube.

Foster era lo bastante mayor como para saber que no había problema que fuera solo de él. Aquello que lo mantenía despierto por la noche también mantenía despiertas a un millón de personas más. El vídeo era un ejemplo excelente. Una falsa animadora de instituto corría dando tumbos por un falso bosque en la oscuridad simulada, descalza y vestida únicamente con un salto de cama de encaje. La sangre falsa que le manchaba las manos y la cara era ridícula. Era la misma muerte falsa que habían visto en el cine generaciones enteras de espectadores. La luz era bonita, las interpretaciones malas y las imágenes estaban subrayadas con música. Había llegado un punto en que ya nadie podía creer que la muerte fuera real.

A la gente le habían hecho tragar tantas mentiras que ya nunca podrían asimilar nada parecido a la verdad.

Millones de personas habían visto a aquella actriz correr casi en cueros y a trompicones por entre las zarzas y las ramas mientras una silueta oscura la perseguía empuñando un cuchillo de carnicero. Foster no era el único que no se lo tragaba. Cogió la botella de Jack Daniel’s y se la llevó a los labios. Bebiendo, sí, pero sin emborracharse.

No, aquella indiferencia de ahora no la producía el whisky. Era una incapacidad total para creer en nada.

La animadora forcejeó cuando el salto de cama se le enganchó con algo. Con un espino.

Su perseguidor levantó el cuchillo de manera que la luz de la luna

se reflejó en la larga hoja. Iluminándola de lleno.

La animadora levantó las manos para protegerse del ataque. Ahogó una exclamación.

El cuchillo descendió limpio, pero volvió a alzarse manchado de sangre. Asestaba puñaladas sangrientas, pero al subir goteaba.

La animadora estaba de perfil, con la cara echada hacia atrás, recortándose contra la luna llena. Su boca de labios brillantes se movía. Unos labios desincronizados con el grito. El doblaje era pésimo, pero el grito en sí lo compensaba. La voz aguda de una niña aterrada chilló:

—¡Socorro! ¡Por favor, papá, no! ¡Socorro!

Las palabras parecieron quedarse flotando en el aire como si fueran humo. Foster no llegó a ver si la animadora se escapaba. No sabría decir si moría o no.

No era la voz de Lucinda hasta que lo fue.

Hundió la barbilla contra el pecho y vomitó sobre el teclado.

SEGUNDA PARTE

EFECTO ECO

> Entonces los sacerdotes tocaron las trompetas, y los soldados gritaron; y aconteció que cuando el pueblo oyó el sonido de las trompetas, gritó con gran vocerío, y la muralla se vino abajo.
>
> Libro de Josué, 6:20

A Jimmy le olía la piel a pintura. Hasta el punto de que, cuando ella le agarraba la polla con la mano y se la empezaba a sacudir, como si estuviera sacudiendo una lata de pintura en espray, casi esperaba oír traquetear algo dentro. El problema del olor seguramente debía de ser ketoacidosis, de tan flaco que era su cuerpo. Pero Mitzi sospechaba que los años de vandalismo se le habían metido en los poros, dándole aquel olor corporal como de pintar grafitis de madrugada.

¿Quién podía imaginar con qué sopa de sustancias químicas estaba interactuando el Rohypnol en su torrente sanguíneo? Mitzi abrió un cajón del archivador y sacó un aerosol de NARCAN que le había dado el doctor Adamah para aquella clase de emergencias. Una sola rociada y Jimmy se despertó de golpe, con los ojos como platos y boqueando.

—¿He tenido una sobredosis? —tartamudeó. Sus ojos amarillentos la miraron maravillados—. ¡Me has salvado la vida!

Mitzi se acercó para ajustar el micrófono de cinta RCA Type 77-DX, diciendo:

—No me des las gracias todavía.

La tumba bostezaba, abierta y vacía, a los pies de Foster. Apenas visibles en la oscuridad, las lápidas se erguían como una multitud de

testigos desplegados desde aquel punto hacia fuera. Cada piedra, fuera de granito o de mármol, era un pedazo arrancado a aquel planeta imposiblemente grande, cincelado hasta darle una forma y un tamaño uniformes para que transmitiera un mensaje convencional.

Todavía había un armazón encima del hoyo. Foster no sabía si estaba allí para tapar la tumba o para bajar el féretro de Lucinda.

El olor nocturno de la hierba cortada lo devolvió a su infancia, mientras que los ramos dejados atrás, tanto los de flores frescas como los de plástico, carecían de fragancia. Los aspersores incrustados en el suelo lanzaban chorros fantasmales de agua gris al aire quieto.

Le llegó un crujido. Pasos por un camino de grava. Seguidos de una figura, un contorno negro que avanzaba contra el fondo de la noche azul.

—¿Foster? —siseó una voz.

Una voz masculina. Y apareció Robb, agarrándose al borde de las lápidas junto a las que pasaba como un ciego caminando por una habitación desconocida.

En vez de llamar a un abogado, Foster había vuelto a llamar al líder de su grupo. ¿Acaso Robb no lo había sacado de aquel marrón en el aeropuerto? Aunque ni siquiera Robb podía hacer desaparecer tan fácilmente una acusación por posesión de armas. En internet, después de terminarse la película de la animadora, había aparecido un titular que anunciaba: «Padre desconsolado amenaza con disparar a la multitud en el funeral de su hija».

Según la red, Foster estaba huyendo de una orden de detención. A cada paso que daba le sonaba el móvil, de forma que le había sacado la batería. Ahora que había oído a Lucinda, lo último que necesitaba era ir a la cárcel. No eran imaginaciones: había oído la voz de su hija. No había sido un sueño. El grito había hecho que se le pasara el efecto del alcohol y que entendiera que necesitaba ayuda. Necesitaba que alguien lo ayudara.

—Gracias por venir —dijo Foster.

—Debería haber llamado a la policía —dijo Robb.

Foster bajó la voz.

—Aquí está operando una magia asombrosa, amigo mío.

Robb se miró el reloj de pulsera.

—Es tarde.

Plantado allí, junto a la lápida que debería haber sido para su hija, Foster repitió sus argumentos. Insistió en que nada de todo aquello había pasado por accidente. El otro día, por ejemplo, había vuelto al aeropuerto para recoger la maleta que había volado a Denver sin él. La niña del aeropuerto había sido una señal. Un presagio. Mandar su maleta de viaje para poder recuperarla ahora, cuando de verdad la necesitaba. Todo parecía predestinado. Inevitable.

Había algo divino que lo estaba guiando para reunirlo con Lucinda. O bien era el alma de su hija que exigía resolución y venganza. Pero algo había estado dirigiendo sus pasos, algo.

Vio que Robb no se creía ni una palabra.

Foster tenía planeado extender un cheque. Un cheque por todo el dinero que tenía en el banco. Y ponerlo a nombre de Robb. Lo único que tenía que hacer Robb era cobrar el cheque y darle el dinero en metálico. Con dinero en metálico, Foster podría comprar un coche viejo en internet. Vivir en él. Dormir en él. No lo pondría a su nombre, y lo conduciría hasta destrozarlo mientras investigaba el grito de Lucinda que había oído en la película.

Pero antes de que pudiera pedírselo, Robb dijo:

—No pienso hacer nada.

No necesitaba añadir a su historial un cargo de complicidad delictiva. Como si no tuviera ya un pasado.

Foster se sacó la pistola del bolsillo.

—¿Damos un paseo?

Jimmy todavía no se había dado cuenta de que estaba desnudo. Aquel cuerpo suyo con textura de cecina y recorrido por correas de músculos estaba atado con los brazos y piernas en cruz sobre una plataforma de madera suspendida a la altura de la cintura. Con la audiencia habitual de micrófonos agolpados a su alrededor. Otros micros le colgaban de cables cerca de la cara.

Mitzi había atado una larga cuerda de piano a un gancho del techo

del estudio. La cuerda terminaba en un pequeño nudo corredizo apoyado en el vientre hundido de Jimmy. Mitzi le pasó el nudo corredizo alrededor de la parte superior del escroto y se lo cerró hasta dejarlo bien ajustado. *Eso sí que lo sintió*. El contacto de ella le causó una erección inmediata.

Frente a la mesa de mezclas, Mitzi se sirvió una copa de pinot gris y se tragó un Ambien.

—¿Sabías que también los perros tienen pistas de risas enlatadas? —le preguntó.

Mientras se enfundaba las manos en unos guantes de látex, Mitzi le explicó que se habían hecho estudios de zoología sobre la forma en que jadeaban los perros cuando estaban jugando. El análisis con el sonógrafo demostraba que los jadeos incluían subidas de diversas frecuencias determinadas. Que a su vez se parecían a los «chillidos» de frecuencia elevada que producían las ratas durante los juegos físicos violentos y los actos sexuales.

Mitzi se metió el pelo por dentro de un gorro quirúrgico, diciendo:

—Tanto los chillidos como los jadeos parecen funcionar como risas.

Cuando los investigadores grabaron aquellos jadeos especiales y se los reprodujeron a perros ansiosos confinados en perreras, la pista de risas caninas les hizo menear el rabo. Las risas enlatadas provocaron lametones de cara. Los perros abandonaron las conductas asociadas con el estrés, como el caminar nerviosamente, y se pusieron a jugar.

Dio un golpecito con el dedo a un micro de lata y observó la aguja del sonómetro correspondiente.

—Los bostezos y las risas —siguió explicando— son contagiosos porque eran el método que tenían los protohumanos para regular el humor de su grupo o tribu.

A Jimmy se le cerraron lentamente los ojos. Parecía estar descendiendo otra vez a sus sueños.

—Uno de los rasgos principales de los psicópatas —explicó Mitzi— es que no bostezan cuando la gente bosteza a su alrededor. Los psicópatas no sienten empatía. Carecen de neuronas espejo.

Puso una mano enguantada sobre una fría manecilla metálica y la hizo girar ciento ochenta grados. La manecilla puso en marcha unos

engranajes chirriantes. Era un mecanismo arcaico y herrumbroso que no se había usado nunca. Por lo menos en tiempos de Mitzi. La accionó con fuerza y la plataforma bajó hasta tensar del todo la cuerda de piano que colgaba del techo.

Mientras se ponía tapones en los oídos, Mitzi se acordó vagamente de cómo Odiseo había tapado los oídos con cera a su tripulación y luego se había amarrado a sí mismo a un mástil para ser el único que oyera a las sirenas. Era algo muy típico, que un simple sonido pudiera conducir a la gente a su perdición.

Jimmy se despertó con un parpadeo y la miró con expresión confusa.

Ella giró la manecilla otros ciento ochenta grados. La mesa bajó todavía más. Jimmy no tardaría en entenderlo.

Tal como Mitzi le intentó explicar, la plataforma seguiría bajando mientras las muñecas y tobillos de Jimmy permanecían atados a la altura original. Si era capaz de mantener el cuerpo entero rígido, el nudo corredizo no se apretaría más y no le haría daño. Mientras pudiera mantener todos los músculos tensados y el cuerpo suspendido inmóvil en el vacío, conservaría sus testículos.

Mitzi se sirvió otra copa de vino y masticó un par de Ambien en vez de uno para que le hicieran efecto más deprisa. Los sonómetros saltaban y las agujas subían de golpe respondiendo al ruido más insignificante. Por último, se puso unas gafas protectoras. Por si había rociadas de sangre. Se encajó unos auriculares con cancelación de ruido por encima de los tapones, para terminar de cerrar su esfera de silencio.

Tenía ganas de hablarle a Jimmy de los Grateful Dead. De contarle cómo habían inventado el fenómeno conocido como «efecto eco». Alguien había rebobinado una de sus primeras cintas maestras hasta dejarla demasiado prieta, de tal manera que la codificación magnética de una sección de la cinta pareció imprimirse en las secciones adyacentes. Aquello produjo un eco fantasmal recurrente. Una superposición inintencionada, una capa de sonidos agregados en los lugares incorrectos. Como la mayoría de los hallazgos accidentales, al principio había parecido un desastre. Pero pronto la industria musical

entera estaba intentando producir de forma intencionada el mismo efecto de reverberación en sus grabaciones.

Destapó un rotulador y escribió sobre un cartucho DAT: «Delincuente de Riverside, orquiectomía repentina y traumática».

Básicamente, Mitzi estaba aturdida. Gracias al vino y a todo lo demás. ¿Jimmy? ¿Timmy? Buscó entre sus recuerdos, de repente insegura sobre quién era aquel tipo con olor a pintura que tenía atado a su mesa. ¿Cómo se habían conocido?

A ese ritmo ya ni siquiera se acordaría de haber girado la manecilla que bajaba la mesa, dejando a aquel desconocido suspendido en el aire por la pura fuerza de sus músculos flexionados. Con la mirada clavada en la mesa de mezclas, siguió dando vueltas y más vueltas a la manecilla, sorda a todo, olvidándose de cuántas vueltas le había dado ya.

Se le estaba empezando a pasar el dolor de cabeza. Con cada subida de los sonómetros, se alejaban un poco más las punzadas de su cráneo.

Mientras todos los sonómetros se ponían en rojo, Mitzi sintió un pinchazo en el brazo. Como si la hubiera picado un avispón justo por debajo del codo. Ya estaba brotando una mancha de sangre en la manga de su bata de laboratorio. Se subió el puño y se encontró algo incrustado en la piel. Una esquirla de algo verde, con los bordes afilados como una diminuta punta de flecha de sílex verde. Se la arrancó y se dio la vuelta para servirse otra copa de vino.

La botella y la copa habían desaparecido. De la copa de vino solo quedaban la base y el fuste, plantados sobre la mesa de mezclas donde la había dejado. De la botella solo quedaba la base de grueso cristal verde y unos fragmentos dentados del cuerpo. La punta de flecha verde que se le había clavado en el brazo había sido un trozo de botella. Había reventado. Tanto la botella como la copa habían explotado.

—Déjame que te cuente una historia, amigo —dijo Foster.

Le hizo una señal a Robb para que echara a andar junto a una hilera de tumbas. Foster le iba indicando con la pistola cada vez que había

que doblar un recodo. Sin hablar, llegaron a una lápida tan blanca que casi resplandecía en la penumbra. Allí, en una sección destinada a sepulturas de bebés y niños, había algunas parcelas cubiertas de juguetes. Sobre una de las lápidas había tantas flores y tarjetas que el nombre quedaba tapado. Allí se detuvieron los dos hombres.

La oscuridad reverberaba con el canto de los grillos y las ranas trepadoras y el susurro de los ratones. Con el sonido de unas criaturas demasiado frágiles para la luz del sol. Y con el silencio de los búhos y las serpientes que depredaban a aquellos seres más frágiles.

—Estabas tan preocupado por las auditorías trimestrales —dijo Foster, contemplando la lápida blanquecina— que decidiste quedarte en la oficina durante la hora del almuerzo. Y después decidiste quedarte trabajando hasta tarde, así que llamaste a tu mujer, Mai, para que fuera a recoger a tu hijo a la guardería.

Foster se sabía la historia de memoria. Se la había oído contar cientos de veces a Robb en el grupo.

—Aquel día la temperatura llegó a los cuarenta grados —siguió diciendo—. Y entonces Mai te llamó desde la guardería para decir que Trevor no estaba allí.

El personal decía que Robb no les había llevado al niño. Robb insistió en que sí. Acusó a los trabajadores de la guardería de estar encubriendo algo. Le gritó a Mai por el teléfono que llamara a la policía. Pudo oírla repetir su acusación y a los empleados insistir en que Robb no había pasado por allí aquella mañana.

Mai le preguntó a Robb por el teléfono si había sacado a su hijo del asiento trasero. Habían tintado las ventanillas del coche. Aunque hubiera pasado alguien al lado, no habría podido ver el interior. Con voz muy baja, Mai le pidió que mirara en el coche.

Robb se inclinó sobre la diminuta lápida y enderezó una corona de flores de plástico con purpurina que se había caído.

—Te quedaste plantado mirando las hojas de cálculo que cubrían tu escritorio —dijo Foster—, y supiste lo que habías hecho. —Y si aquel día se habían alcanzado los cuarenta grados, debía de haber sido mucho peor dentro de un coche cerrado, aparcado entre varias hectáreas de coches en un aparcamiento de cemento al aire libre.

El bebé Trevor se debía de haber despertado solo y todavía atrapado en su sillita de coche. Y Robb nunca sabría cuánto había sufrido su hijo.

Mai lo había dejado aquel mismo día. Primero histérica y después sedada hasta la catatonia. Por supuesto, la policía había venido a detenerlo por imprudencia temeraria y homicidio negligente. Muy pronto las auditorías trimestrales se convirtieron en la menor de sus preocupaciones. En parte porque lo habían despedido por absentismo. Y también por el hecho de que todos en la empresa lo habían visto salir corriendo hacia su coche. Lo habían visto primero a él, y después a los paramédicos intentar lo imposible con aquel cuerpecillo inerte.

—¿Te acuerdas? —le preguntó Foster.

Los juguetes de la tumba los habían dejado los parientes de Mai. A Foster no le hacía falta apartar el oso de peluche ni la pelota de baloncesto para revelar quién estaba enterrado allí. Foster no le había contado la historia a Robb para atormentarlo, sino para recordarle que también él era humano. Los dos eran humanos. Y los dos la cagaban de vez en cuando.

—Por muy brutal que fuera aquella pesadilla —dijo Foster—, al menos tú sabes lo que pasó.

Robb conocía toda la historia y se la podía contar una y otra vez al grupo hasta que dejara de doler. O hasta que doliera menos. Y eso era más de lo que podía decir Foster.

La historia. La tumba. Era algo que Robb podía asimilar.

—Amigo mío —añadió Foster

Se guardó la pistola en el bolsillo y sacó el cheque. Todo el dinero que tenía en el mundo. El cheque que ya había rellenado y se había guardado en el bolsillo, y que ahora le entregó a Robb.

Y Robb lo cogió.

Mitzi caminó entre las hileras de archivadores. Pasando los dedos sobre aquellos cajones atiborrados de cintas grabadas por lo menos una generación antes. Sobre aquellos archivadores cubiertos de polvo. El polvo también amortiguaba el ruido de sus pasos sobre el suelo de

cemento.

Debajo del brazo llevaba una caja de zapatos abierta. Y con la misma mano iba haciendo equilibrios con una copa de vino. Con la mente un poco nublada por el vino, pero concentrada en su cacería. La otra mano la iba metiendo en archivadores oxidados y en cajas de cartón medio podridas. Examinó «Chica a caballo, aplastada, estampida de bisontes». Se preguntó cómo alguien habría podido planificar aquella escena. «Surfista, desollado vivo, murciélagos vampiro». Era para flipar. Aquellos dos eran de antes de su época.

Cuando la caja de zapatos estaba llena o su copa de vino vacía, regresaba a la cabina de sonido y reproducía su selección.

Los almacenes de los estudios eran una cueva del tesoro de cajas amontonadas y reforzadas con cinta de embalar. Las cajas más pesadas habían aplastado a las de debajo, desparramando por el suelo los rollos de cinta magnética. Una trampa mortal en caso de incendio. Goma laca inflamable. Cera endurecida. Por todas partes había tiradas escenas abandonadas de películas de nitrato de plata, dobladas mucho tiempo atrás por el predecesor del predecesor del predecesor de Mitzi y rápidamente olvidadas. Flotaba esa peste a pez muerto en la bajamar que suelta el celuloide en descomposición.

Una sola cerilla, o incluso una chispa, y toda aquella cueva ardería como si fuera el *Hindenburg*.

Mitzi se acordó de los mensajes de voz telefónicos que dejaban los pasajeros de vuelos comerciales secuestrados y a punto de ser estrellados. Y de los que había dejado la gente atrapada por encima de los incendios del World Trade Center. Se podían encontrar aquellos mensajes por todo internet. La gente parecía completamente racional mientras les decía adiós y te quiero a los contestadores. Sobre todo si pensabas que mucha de aquella gente debía de contarse entre las más de doscientas víctimas que poco después morirían tirándose al vacío.

Lo que conmovía a Mitzi era que la gente que había recibido aquellos mensajes se dedicaría a guardar aquellas cintas como oro en paño y a duplicarlas y a duplicar los duplicados para asegurarse de que nunca se perdieran aquellas últimas palabras.

Ese era siempre el impulso: preservar, archivar. Engañar a la

muerte.

El Ambien iba de maravilla para crear lagunas en la memoria a corto plazo. Su problema ahora era la memoria a largo plazo.

¿Cómo había sido su vida a los once años? ¿A los doce? Cuando no podía dormir, su padre le hacía un nido con mantas viejas en mitad de la cabina de sonido. Ella se acurrucaba en el nido y él apagaba las luces. En aquel lugar sin sonidos y sin luz, su padre era capaz de borrar el mundo entero. Para luego construir lentamente otro nuevo alrededor de su hija. Sentado ante la mesa de mezclas, creaba un sonido de viento. Le añadía el crepitar de la leña de una chimenea. El tictac resonante de un reloj de anticuario. El traqueteo de un vidrio suelto en una ventana de cristal emplomado. Su padre le construía un castillo a su alrededor y la instalaba en la torre más alta. Y todo lo hacía simplemente a base de sonidos: la ponía en una cama con dosel y cortinas de terciopelo bordado y ella se quedaba dormida. Aquello era lo que recordaba Mitzi de su vida a los doce años.

Foster se despertó de golpe. Lo había desvelado un perro ladrando, o algo parecido a un perro ladrando. Repantigado en el asiento del conductor de un coche, se encontró a sí mismo aparcado al borde de un campo de hierba. Un hombre orondo le estaba tirando una pelota de béisbol a un chaval con gorra, que luego se la devolvía. No había sido ningún ladrido lo que había oído, sino el porrazo contra el cuero del guante de receptor que llevaba el niño.

El morro del coche estaba pegado a la acera. Había aparcado en ángulo oblicuo al césped de un complejo de apartamentos, en medio de una larga fila de plazas de aparcamiento en diagonal. Las plazas a ambos lados de la suya estaban vacías.

Encorvado como estaba, Foster podía ver al hombre y al niño, pero era poco probable que ellos pudieran verlo a él. Había comprado el coche en Craigslist. Mil quinientos dólares por un Dodge Dart destartalado con parches de cinta adhesiva en los asientos y unos trescientos mil kilómetros en el cuentakilómetros. Radio de onda media. El depósito perdía aceite. Le había firmado los papeles del

coche un pinche de cocina con uniforme de restaurante de comida rápida. Habían hecho la venta en el aparcamiento durante la pausa para almorzar del pinche. A la matrícula le quedaban aún diez meses. Los asientos de banqueta eran lo bastante anchos para que Foster pudiera dormir en ellos, con cuidado de que no lo trincaran por vagancia.

El pinche de cocina le había dicho a Foster que se fiaba de que haría el cambio oficial de nombre. Iba listo.

Quien hubiera tintado las ventanillas del coche lo había hecho fatal. La película adhesiva azul estaba tan llena de arrugas y burbujas que a Foster le daba la sensación de estar bajo el agua. Aun así, bastaba para evitar la atención no deseada.

Según la Internet Movie Database, la película en cuyo doblaje habían insertado el grito de Lucinda se titulaba *Baño de sangre de niñeras*. Le sorprendió ver que la actriz era una pequeña leyenda. Blush Gentry, la misma que había interpretado a la guapa amiga de la protagonista en toda una generación de películas de terror. Siempre era la rubia sexy y divertida que hacía todas las bromas y negaba que hubiera un asesino en serie, hasta que le tocaba a ella ser su víctima. En la mayoría de sus papeles, moría con la sangre borboteando de su encantadora boca.

La mayor parte del trabajo de la señorita Gentry había caído en el olvido, pero aquella película en concreto seguía teniendo su público.

La había rodado hacía diecisiete años, cuando tenía veinticuatro. Eso significaba que ahora tendría cuarenta y uno. Unos cuantos menos que Foster, aunque no muchos.

Hoy en día Blush Gentry pagaba las facturas trabajándose el circuito de convenciones. Iba a las Comic Con y a las Wizard World y a las Dragon Con y cobraba por firmar autógrafos y por dejarse fotografiar con los fans. Todavía tenía montones de seguidores en las redes sociales.

El hombre mayor y el niño seguían lanzándose el cuero entre ellos.

La intuición le dijo a Foster que encendiera el teléfono. Sabía que no podía tenerlo mucho rato encendido, ya que cualquier señal de una torre de repetidores le podía mandar a un escuadrón de SWAT.

Rebuscó en su base de datos de fotos solo para asegurarse.

Era el hombre mayor. Sin duda. El hombre que jugaba a la pelota era Otto Von Geisler, el famoso proxeneta infantil belga. La prueba que tenía Foster era una foto en baja resolución de la oreja del monstruo que había hecho pública Interpol.

Foster sopesó el riesgo mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad. Se sacó la pistola de la sobaquera. Grandes bloques de apartamentos de ladrillo rojo y pequeños jardines de césped se extendían en todas direcciones.

Su plan: agarrar al crío. Salvar al niño y arrearle al depredador un culatazo con la pistola.

Sonó un claxon. Un crepitar de estática de radio y un arrastrar amortiguado de neumáticos trajeron a otro coche a la plaza de parking contigua por el lado del copiloto. Un coche patrulla pegó el morro al bordillo.

Desde donde Foster estaba agachado, solo pudo ver la hilera de luces del techo, pero oyó la portezuela del lado del conductor. Con la cabeza gacha, mirando de lado a lado del asiento delantero, vio que un policía de uniforme salía y caminaba hacia los dos que jugaban a pelota.

Se oyó una voz: «Hola, agente». El hombre, no el niño. La voz de Von Geisler.

Mientras Foster miraba, el policía le tendió un teléfono a Von Geisler y le dijo:

—Perdonad que os moleste, amigos. —Les hizo una señal para atraer sus miradas hacia el teléfono—. ¿No habréis visto por casualidad al hombre de esta foto?

Von Geisler cogió el teléfono y lo examinó. El niño se metió entre ambos y estiró el cuello para mirar. El monstruo le dio un pequeño codazo y le dijo:

—Vaya pinta de maleante tiene, ¿no? —Y le preguntó al agente—: ¿Por qué se lo busca?

—Por asalto con arma letal —dijo el agente. Tras echar un rápido y cauteloso vistazo al crío, añadió—: Y por recibir deliberadamente por internet imágenes de naturaleza ilegal.

Quien fuera que se hubiera metido en el ordenador de su oficina había sabido buscar mejor de lo que Foster sabía borrar.

—Felicidades —dijo el médico. Sin dejar de mirar el fondo de su fregadero metálico. Examinando el nuevo montoncito de cenizas que había allí.

El espectro del embarazo asustaba a Mitzi. Por lo demás, se sentía como una persona normal. Se le había pasado la resaca y confiaba en que fuera por eso por lo que el médico la felicitaba.

No era el hecho en sí de tener una criatura lo que Mitzi quería evitar, tanto como el día en que finalmente tendría que revelarle la verdadera naturaleza del negocio familiar.

En la escuela, Mitzi, la pequeña Mitzi, aquella insegura hija única cuya madre se había marchado de casa y que solo tenía a su padre, había sido un disco rayado. «Mi papá hace películas. Mi papá le puso la voz a esa película de dibujos animados, en la parte en que la sirena cambia su cola por unas piernas y suelta un grito». Y como los niños eran niños, sus compañeras de clase lo habían querido conocer. Y él les había concedido su deseo, permitiéndoles que se pasaran por su estudio, por el laberinto de salas de hormigón. En la cabina de sonido les había hecho cerrar los ojos mientras creaba un efecto especial. «¡Lluvia!», gritaban ellas. Y les había enseñado que en realidad la lluvia era un ruido de cojinetes dentro de una caja de madera ladeada hacia un lado. «¡Truenos!», y los truenos se hacían con una lámina flexible de aluminio que agitabas en el aire.

Si las niñas le preguntaban por los gritos, él les mentía. Les contaba que contrataba a actores especializados en gritos. Luego hacía que cada niña se acercara a un micrófono y grabara sus gritos. Cuando se los ponía otra vez, todas se reían. Sonaban completamente falsos. Y también Mitzi se había reído. Antes de saber la verdad.

Ahora se estremeció al pensar en la facilidad con que sus amigas habían ido allí de visita. Los gritos y las risas de después. La tensión y el alivio. Una chica entre un centenar le preguntaba por qué olía el estudio a lejía, y Mitzi se encogía de hombros. Para ella era

simplemente el olor de su padre. Siempre había olido a lejía, sobre todo sus manos. Se había vuelto un olor que su nariz ya no detectaba.

Sonó un chasquido. El médico había chasqueado los dedos. El ruido devolvió de golpe a Mitzi al aquí y ahora. Sentada en la sala de reconocimientos llena de humo, con aquella porquería chamuscada en el fondo del fregadero.

El doctor Adamah examinó las cenizas. Con una ceja arqueada casi hasta el nacimiento del pelo, le preguntó:

—¿Te suena de algo el nombre de James Fenton Washington?

Lo que el médico había arrojado en llamas al fregadero era un pañuelo de cabeza manchado. La tela roja olía a acetato, como la pintura de espray, todavía más que la cama de Mitzi. No entendía por qué, pero le había dado la sensación de que era el objeto que tenía que entregarle.

La tela se había consumido en un destello. En el fregadero, las llamas la habían devorado en un instante, llamas azules. La tela se había retorcido como si agonizara. Las partes chamuscadas se habían desprendido como la piel negra de una serpiente. Como escamas. Los pedazos más grandes se habían partido en otros más pequeños. Los pedazos pequeños se habían deshecho en forma de copos y se habían desintegrado con una última espiral de humo acre.

El médico acercó una mano a los grifos. Abrió uno y dejó correr el agua hasta que salió vapor del fregadero. Movió la mano debajo del chorro, desplegando los dedos para dirigir el agua. Para que las cenizas desaparecieran por el desagüe. Bombeó jabón líquido de un frasco y se lavó las manos. Sacó unas toallitas de papel de un expendedor de la pared. Con las manos ya limpias y secas se giró hacia la tableta que había sobre la encimera y se puso a teclear algo. Sin levantar la vista, dijo:

—Dice James que todavía no estás fuera de peligro.

Mitzi no contestó, porque no tenía ningunas, pero ningunas ganas de oír la respuesta.

Aun así, el médico le preguntó:

—¿Cuándo te vino la última regla?

Que Dios bendijera a los revendedores. Incluso allí, alineados en la acera de delante del centro de convenciones, había jóvenes agitando acreditaciones. Todas las acreditaciones plastificadas colgaban de cintas con mosquetón. Por trescientos dólares en metálico, Foster consiguió algo que colgarse del cuello, y fue ese algo lo que le permitió entrar.

El interior le presentó un nuevo dilema.

No se había adentrado ni dos pasos en la melé cuando vio a una guardia de seguridad uniformada parando a los que entraban. Iba ordenando a todos los elfos o piratas que extendieran los brazos a los lados del cuerpo y les pasaba una vara de arriba abajo. Y no era ninguna vara mágica, sino una normal y corriente para detectar metales. La misma que usaban los guardias en los aeropuertos de todo el mundo. Foster se había metido la pistola en la parte superior holgada de la bota. Y antes de que pudiera escabullirse por las mismas puertas por las que había entrado, la guardia ya le estaba haciendo una señal para que avanzara.

—Levante los brazos, por favor.

Hablaba en tono aburrido. Estaba claro que ya hacía rato que cachear a sirenas y robots había perdido la gracia.

La tarea de la guardia era imposible: discernir entre el arsenal de pistolas de rayos y cimitarras, ballestas, horcas, trabucos, mosquetes, floretes de esgrima, dagas, mazas pinchudas blandidas por caballeros, hachas empuñadas por vikingos, cazadores de vampiros armados con estacas y mazos, romanos con sables, gente con granadas de mano, espadas escocesas históricas, varas de combate, machetes, lanzas y picas, tridentes, látigos, arpones y tomahawks que estaban entrando en tromba en el edificio.

Foster se resignó a que lo trincaran. A que lo trincaran y lo detuvieran. La guardia le pasó la vara detectora de metales por la parte interior de la pierna. La vara empezó a quejarse.

—Señor —dijo la mujer—, tengo que pedirle que se quite la bota. —Y retrocedió un paso.

Foster se aguantó con un solo pie y se sacó la bota. Algo cayó al

suelo de cemento con un ruido metálico. La pistola.

La guardia se enganchó la vara en el cinturón y apoyó la mano en la funda de su revólver.

—Póngase las manos encima de la cabeza —le dijo. Se agachó para recoger el arma. Era imposible confundirla con un juguete. Lo que no hizo fue comprobar si el cargador tenía balas. Se incorporó, dio un paso atrás y le ordenó—: Ahora quítese la máscara con una mano. —Se abrió la funda de la pistolera.

Si la multitud que pasaba al lado de Foster se dio cuenta de algo, nadie reaccionó. Despacio, sin movimientos bruscos, Foster agarró la parte superior de su capucha de verdugo y se la quitó.

La guardia le dedicó un vistazo largo. Se sacó un teléfono del bolsillo trasero de sus pantalones y sostuvo la pantalla cerca de su cara. Su mirada basculó entre él y la imagen que mostraba el teléfono.

—Aquí tiene —le dijo, y le devolvió la pistola—. Que disfrute de la convención.

Sorprendido, Foster aceptó la pistola y se dispuso a darle las gracias, pero la guardia ya estaba gritando por encima de su hombro:

—¡Siguiente!

Lo descerebrado no era malo. Hoy, de hecho, lo descerebrado era lo que más le apetecía. Aquel mundo de gruñidos y repiqueteos metálicos, las mismas tareas repetidas de forma ciega hasta el desfallecimiento; a Mitzi le encantó desde el momento mismo en que entró por la puerta de la sala de pesas. La repetición digna de Sísifo del gesto de levantar y bajar. Nada representaba mejor la vida que aquella interminable batalla perdida contra la gravedad. Aquellos gruñidos y gritos capaces de transmitir mucho más que las palabras.

Aquello era una cadena de montaje donde la gente se fabricaba a sí misma. En aquellas banquetas de pesas y máquinas para muscular pantorrillas. Con sus poleas y sus barras de flexiones, aquella sala llena de ruidos metálicos era algo que podría haber inventado Henry Ford. O Louis B. Mayer. Una cinta transportadora para la producción en masa de dioses y diosas, donde las personas eran al mismo tiempo

los operarios y el producto. Allí pagaban para sudar, para hacer flexiones de bíceps y extensiones de piernas, con la esperanza de convertirse en nuevas versiones soñadas de sí mismos. Daba igual que hicieras una película, plano a plano, o que hicieras culturismo; lo único que veía la mayoría de la gente eran los resultados. O que quería ver. El trabajo en sí era un espectáculo demasiado tedioso.

Mitzi aceptó la tablilla sujetapapeles que le ofrecía la chica del mostrador de entrada. Un impreso estándar de descargo de responsabilidades legales. Allí donde preguntaba «¿Está usted embarazada?», marcó la casilla de NO.

Un grito, un desgarrado y asfixiado grito de mujer, le provocó un respingo de sorpresa.

Un gigantón de gruesas piernas descansaba entre series en el banco de las sentadillas. El grito había salido de un teléfono que sostenía de lado, con la mirada pegada a la pantalla.

Volvió a resonar el mismo grito. Una mujer. Aquel grito ronco y sollozante de mujer salía de una película que estaba viendo en el teléfono. El grito ahogó los gruñidos y los golpes metálicos. Era una mujer rogando, suplicando: «¡No, por favor! ¡No puedes! ¡Soy tu mujer!».

El grito le puso a Mitzi los pelos de punta e hizo que un dedo helado le recorriera la espalda. Lo conocía. Se había usado hacía unos años para un estreno barato de Halloween, la típica basurilla gore que los cines alquilaban para proyectarla en la medianoche de los viernes 13. La película se titulaba *El banquete de sangre del brujo*. El título formal del grito, escrito con la caligrafía de su padre en una cinta que Mitzi había encontrado por accidente, era «Mujer traidora, despachada sin miramientos, picahielos oxidado». Mitzi lo había escuchado más veces de las que podía contar.

Era un grito muy preciado para ella. Porque era de su madre.

Gates Foster siguió a la marea de gente disfrazada de brujas y astronautas. Dejó que la muchedumbre lo condujera a través del recinto de convenciones. Había casetas dedicadas a series de televisión

y editoriales de cómics. De las vigas colgaban pancartas enormes que anunciaban estrenos veraniegos de superproducciones cinematográficas y videojuegos. Allá donde mirara, Foster no veía más que grupos de gente apiñada.

En alguna parte de aquel laberinto de pasillos separados por casetas donde se vendían juguetes y por mesas donde artistas hacían y autografiaban dibujos, estaba Blush Gentry. De acuerdo con el programa de la convención, iba a mantener un encuentro con sus fans… previo pago. El programa la situaba en el Recinto K. Foster no tenía ni idea de dónde estaba aquello.

Se había sentido idiota al comprar las distintas partes de su disfraz: la capucha, los leotardos de licra, las botas, la coraza y aquella ridícula capa. Los guantes. Los asistentes a la convención habían vaciado prácticamente todos los estantes de la tienda de disfraces, obligando a Foster a mezclar elementos. La licra le venía demasiado holgada, o bien se le arrugaba donde no debía, dejando ver los contornos y ribetes de su ropa interior. Los agujeros de su capucha de verdugo casi nunca se le alineaban con los ojos, de manera que no paraba de chocarse con soldados de asalto galácticos o con hobbits. Aun así, allí no se lo veía ridículo: con el disfraz puesto, solo era invisible.

La pistola se le deslizó más abajo por la bota. Con cada paso que daba, más se le clavaba en el tobillo. La capucha le atrapaba el aliento y hacía que le picara el cuero cabelludo sudoroso. Un mapa impreso en la contracubierta del programa mostraba que el Recinto K tenía que estar a su derecha, así que Foster viró en diagonal para atajar en aquella dirección por entre los robots de movimientos entrecortados y los zombis que andaban a trompicones.

Se mantuvo alerta en todo momento por si aparecían Blush Gentry y sus característicos rizos rubios. Foster la había visto devorada viva por ejércitos de ratas en vídeos pirateados en internet. Desde los inicios del cine, cuando se ataba a una mujer joven a las vías del tren o a un tronco transportado hacia unas enormes hojas de sierra giratoria, Hollywood siempre había encontrado nuevas formas de despedazar a una chica guapa.

Encontró la cola de asistentes para verla mucho antes de encontrarla a ella. Mucho, mucho antes. La cola serpenteaba a través del Recinto H, a tres recintos de distancia de donde Blush estaría sentada a una mesa plegable, autografiando fotos satinadas y charlando con sus fans. El tique solo para sumarse a la cola costaba cincuenta dólares. No había dado ni tres pasos antes de que otro grupo de fans pagara el precio y se pusiera en la cola detrás de él.

En aquel entorno abundaban las víctimas potenciales para cualquier pedófilo. Había miles de niños alejándose de sus padres y pululando fascinados cuando divisaban a sus héroes de los dibujos animados. Por todas partes había salidas que unían el centro de convenciones con el mundo de fuera. Cualquier pervertido disfrazado de oso de peluche podía coger de la manita a su víctima y llevársela sin que se diera cuenta nadie.

Foster se recolocó los agujeros de la máscara sobre los ojos y examinó su teléfono, comparando su galería de capturas de pantalla con el público de la convención. No muy lejos de él, un astronauta se quitó el casco y se lo puso debajo del brazo. Tenía el pelo ralo pegado a la frente por el sudor y el calor le estaba enrojeciendo la cara demacrada. Aquel bicho raro de mediana edad no solo se veía fuera de lugar, también le resultaba familiar.

Foster levantó con disimulo su teléfono hasta ponerlo a la altura de aquel hombre plantado en la media distancia y ojeó rápidamente unas cuantas imágenes de archivo. Su nariz, su mentón y su cuello encajaban a la perfección con los de una cara por lo demás pixelada. Allí tenía la respuesta.

Algo le tiró de la capa.

—Eh —dijo una voz.

Foster se giró para ver a un gladiador con sandalias y un reguero de granos inflándole las mejillas.

—¿Qué eres? —le preguntó el gladiador.

Una princesa con trenzas falsas enrolladas debajo de su corona le preguntó:

—¿De quién vas disfrazado?

El astronauta-barra-pederasta había entablado conversación con una

niña disfrazada de mariquita. Parecían compartir una alarmante relación amigable.

—No voy de nadie —le dijo Foster al gladiador.

Por lo menos la nariz del astronauta parecía idéntica a la imagen. Si abandonaba la cola para salvar a la niña, puede que nunca llegara a conocer a Blush Gentry. Pero al cabo de un segundo, el pervertido se llevaría a la diminuta mariquita por alguna salida y ya nunca más se sabría de ella.

Por delante de ellos, en la cola, una legión de samuráis y ninjas se giraron para echar un buen vistazo a Foster. Alguien dio un paso adelante y todos los demás lo secundaron. Todos estaban aburridos, mirando sus teléfonos y necesitados de más distracciones.

Foster dirigió su atención hacia el astronauta.

—¿Veis a ese hombre? —les preguntó—. Todos los años se denuncia la desaparición de ochocientos mil niños. Son los datos del Centro Nacional para Menores Desaparecidos y Explotados… —Se sentía como un Fagin contemporáneo.

Los ninjas congregados dieron unos codazos a unos bandoleros enmascarados, mientras un clan de las Tierras Altas escocesas se giró hacia el lugar donde el astronauta se estaba camelando a la mariquita.

—Eso son más de dos mil niños al día —siguió diciendo Foster—. En Estados Unidos un niño es secuestrado cada cuarenta segundos. —Dejó que su público asimilara las cifras—. Y ese hombre de ahí es Emory Emerson. —Sostuvo su teléfono en alto para que la princesa y quienes estaban cerca vieran la imagen de su archivo.

El contingente de centuriones y zombis que escuchaban ya no parecía aburrido.

—¿Entonces qué? —preguntó la princesa, sin quitarle la vista de encima al astronauta—. ¡Haz algo!

Foster se encogió de hombros debajo de su capucha.

—No puedo hacer ningún movimiento hasta que intente algo.

—¿Eres poli? —le preguntó un zombi.

Foster se puso en cuclillas, se metió la mano en la bota y sacó la pistola solo un momento antes de volvérsela a guardar. Tenía el tobillo irritado allí donde se le había estado clavando el arma. El

público prestó tanta atención a la cicatriz de la mordedura que tenía en la mano como a la pistola.

El gladiador de los granos desenvainó un sable de plástico y dijo:

—Quizá tú no puedas hacer nada, pero yo sí. —Se giró hacia la princesa y le dijo—: Guárdame el sitio en la cola, ¿vale?

De puntillas, la princesa le dio un beso en la frente.

Antes de que el gladiador hubiera llegado a la mitad de su carga contra el astronauta, el samurái rompió filas para seguirlo. Los bandidos élficos fueron a sumarse a la refriega. Un grito se elevó del astronauta, un alarido de pánico y confusión, cuando el enjambre de mosqueteros y gules lo rodeó y se le echó encima. Los golpes de las cachiporras y los nunchakus falsos atrajeron todavía más atención. Más gente de la cola, aturdida por el aburrimiento, se alejó para grabar en vídeo aquel alboroto.

Viendo su oportunidad, Foster se alejó discretamente de las distraídas masas. Mientras la mariquita soltaba un grito de alarma y el pervertido quedaba cubierto de estrellas ninja de gomaespuma, Foster atravesó los recintos I y J hasta llegar al K, donde el objeto de su búsqueda esperaba sentada, sola e ignorada por el momento. Por lo visto, su acompañante se había ido a llamar al personal de seguridad. Blush se veía mayor de lo que Foster había esperado, casi de su misma edad. Alrededor de la boca tenía esas arrugas que delatan a los fumadores compulsivos. El pelo se le veía demasiado reluciente para ser natural. Estaba sentada a la mesa con un rotulador en la mano. Tenía al lado un montón de fotos satinadas.

Blush Gentry levantó la vista con una sonrisa encantadora y le preguntó:

—¿Tienes tique?

Foster se rebuscó dentro del puño de la manga de licra y sacó un tique de papel oscurecido por el sudor.

—¿Podemos ir a alguna parte? —le preguntó—. ¿A algún sitio donde podamos hablar?

Blush garabateó su nombre en una foto y se la pasó a Foster diciendo:

—Gracias por venir.

Se estaba volviendo a formar la cola. El acompañante o agente de turno volvería en cualquier momento. Presa del pánico, Foster se agachó un poco, se metió la mano en la bota y, por tercera vez en lo que iba de día, sacó la pistola.

Mitzi se vio a sí misma. Nadie podía escapar de los espejos que cubrían la sala de pesas del suelo al techo. Incluso la sudadera holgada que llevaba sugería ya un bombo incipiente. En su mente persistían muchos recuerdos a medias y fragmentos de sueños empapados en sangre. Destacaba en particular una imagen fragmentaria: sangre saliendo de su vagina. O de la vagina de alguien. No le había dolido, y se había puesto tapones de espuma en los oídos, lo cual no tenía sentido. Se había puesto tapones en los oídos y había rezado una plegaria justo antes de su última regla, y las palabras de la plegaria habían sido: «Huevos revueltos… beicon… zumo de naranja…». El parloteo absurdo de un sueño.

Sonó un timbre dentro de la bolsa de deporte. Su teléfono. La estaba llamando un productor, Schlo. Rezó interiormente para que fuera un trabajo de efectos de sonido, pero lo que le salió en vez de la plegaria fue: «Huevos escalfados… salchichas…».

—Mitzi, cariño —dijo Schlo—, necesito que me pases el original de ese último grito que has hecho. —«Orquiectomía traumática».

Mitzi ahuecó una mano en torno al teléfono para disimular los golpes metálicos de las pesas que la rodeaban.

—Ya sabes que esa no es mi política —le dijo.

Su política era no entregar nunca la grabación original de un grito. Además, el original estaba igual de perdido que todos los gritos de los archivos de su estudio. Cerca de ella, un hombre soltó un bramido bajo el peso de una barra cargada de discos de hierro del tamaño de neumáticos. Sus jadeos y gruñidos competían con el estruendo metálico del hierro forjado.

—¿Qué pasa? —gritó el productor por el teléfono—. ¿Estás en una fábrica? ¿Te has afiliado al Sindicato de la Automoción?

A Mitzi la asaltó un recuerdo que decía: «Tortitas… avena…

tostadas…». Una plegaria que hacía pensar en una camarera recitando el menú de una cafetería.

El teléfono dijo:

—A ese último grito le pasa algo malo. —El grito de Jimmy.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mitzi.

—Te voy a mandar el enlace de cómo lo sé —dijo Schlo—. Llevábamos un día de pruebas de audiencia y… bum.

Sonó un mensaje nuevo. Mitzi lo abrió para encontrar el enlace. Cuando hizo clic en el enlace apareció un teletipo de la Associated Press. El titular decía: «Mueren más de cien personas viendo una película».

Foster tenía que admitirlo. Blush Gentry era más lista que el hambre. En cuanto él sacó la pistola, anunció a todos los presentes:

—La estrella necesita hacer pipí. ¿Me podéis dar un segundo? —La acompañante ya estaba llegando a su lado cuando Blush le dijo—: Vuelvo dentro de cinco minutos. —Y se llevó dos dedos a la boca para simular que fumaba un cigarrillo.

Viendo la cola que se extendía serpenteando, la multitud cada vez mayor de fans que esperaban su turno, Foster no tenía ni idea de cómo salir de allí.

—Dame tu teléfono —le dijo Blush, y señaló con la cabeza una puerta que carecía de indicación alguna. Cogió el teléfono que él le ofrecía y se alejó como si estuviera segura de que Foster la iba a seguir. Con cada paso que daba, iba tecleando algo en la pantallita. Al otro lado de la puerta, se encontraron en un pasillo para el personal de servicios, con paredes de bloques de hormigón y luces fluorescentes. Una vez allí, Blush extendió el brazo para tirar del borde de la capucha de verdugo y le dijo—: Dámela.

Foster se la quitó, avergonzado de lo que pesaba por culpa de su sudor.

Blush la cogió con dos dedos. Una mueca de asco le torció los labios.

—Apesta —dijo; luego respiró hondo y se cubrió la cabeza con

aquella tela mojada.

—Solo necesito hacerte un par de… —empezó Foster.

Ella lo interrumpió:

—¿Cómo crees que me quedaría un burka?

Levantó el mentón hasta que sus ojos se encontraron con los de él a través de los agujeros abiertos en la tela negra. Echó un vistazo rápido a un lado con sus ojos azules, que contrastaban espectacularmente con la tela negra.

Foster buscó lo que ella le podía estar indicando. Desde el techo del pasillo los vigilaba una cámara de seguridad.

—¿Un qué? —preguntó él.

—A Elizabeth Smart le funcionó —dijo ella, tecleando una vez más en el teléfono.

Con sus andares rápidos y llenos de confianza, Blush lo condujo por el pasillo hasta una puerta que decía «Salida». Al otro lado de la puerta, salieron a un callejón. Sin aminorar el paso, y sin llamar la atención de nadie, ella con la capucha negra puesta y él agarrándose la capa para esconder la pistola que llevaba en la mano, siguieron el callejón hasta que llegaron a una calle.

—¿Tienes coche? —le preguntó Blush.

—Por aquí —señaló Foster—. Pero es que solo necesito preguntarte una cosa.

Blush se alejó dando zancadas en la dirección que le había indicado él.

—Espera —protestó Foster—. ¿Adónde me estás llevando?

La capacidad de Blush para escribir mensajes y andar al mismo tiempo era extraordinaria.

—¿Has oído hablar de Aimee Semple McPherson? —le preguntó—. ¿Y de Agatha Christie?

Se estaban acercando a la estructura de un aparcamiento.

—Por aquí —dijo Foster, y señaló el ascensor con la cabeza.

Pulsó el botón de subida y le vino a la cabeza el recuerdo de la chica del servicio de acompañantes, la Lucinda de alquiler. Se abrieron las puertas y entraron. Pulsó el botón de la planta correspondiente.

Mientras subían, Blush, todavía concentrada en teclear y con la voz amortiguada por la capucha, dijo:

—Tanto Aimee como Agatha sufrieron baches en mitad de sus carreras, ¿lo sabías? —dijo—. Yo lo sé todo de los baches en mitad de la carrera.

El ascensor se detuvo y salieron. Las rampas de cemento se alejaban en pendiente, atestadas de coches aparcados. Foster se metió la mano por dentro de los leotardos de licra, buscando a tientas las llaves que llevaba en los pantalones cortos.

Blush no apartó la vista del teléfono mientras seguía hablando y escribiendo mensajes.

—Era el año 1926, ¿vale? McPherson era la líder religiosa más famosa de Estados Unidos, pero estaba perdiendo su carisma, ¿sabes? —Blush se dejó guiar por entre las hileras de coches—. Agatha Christie era una escritora con unas ventas mediocres… —Su voz se fue apagando.

Foster llegó al coche, al Dodge Dart de Craigslist. Abrió la portezuela del copiloto y Blush subió sin quitarse la capucha.

Según contó, las dos mujeres habían desaparecido sin dejar ni rastro. McPherson durante un mes. Christie durante diez días. Las dos habían sido objeto de búsquedas globales y de una intensa cobertura mediática. Miles de voluntarios habían peinado el mundo entero para encontrarlas.

—Sin voluntad de ofender a Jesús —dijo Blush—, pero desaparecer y reaparecer es la versión femenina de la muerte y la resurrección. Un milagro, ¿sabes?

Sentado al volante, Foster le soltó:

—¿Te acuerdas de una película titulada *Baño de sangre de niñeras*?

Ella se puso el cinturón de seguridad y dijo:

—Arranca.

—¿No tienes que volver? —le preguntó él.

Ella se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un paquete de cigarrillos. Levantándose la capucha para dejarse al descubierto la boca, se puso uno entre los labios y pulsó el encendedor del coche. Con el cigarrillo en la boca, dijo:

—Tú arranca.

Foster quería decirle que no fumara, pero tenían asuntos más graves entre manos.

Blush pulsó una última tecla en el teléfono y dijo la palabra:

—Enviar.

Según le contó, se creyó que Aimee Semple McPherson se había ahogado en una playa cercana a Los Ángeles. En el caso Agatha Christie todo el mundo pensó que había sido víctima de un asesinato, muy probablemente a manos de su marido, que se quería divorciar de ella para casarse con su secretaria. Cuando por fin la encontraron, McPherson aseguró que la habían secuestrado y la habían llevado a México. Christie alegó amnesia. Pero a su regreso ambas mujeres fueron recibidas con gran bombo y platillo. Sus carreras estancadas remontaron espectacularmente y las convirtieron en éxitos mundiales duraderos.

Mientras Foster hacía girar la llave en el contacto, oyó sirenas a lo lejos.

—Arranca —le ordenó Blush—. No conviene que te pillen ya, no tan pronto.

Las sirenas subieron de volumen. Acercándose.

Foster estiró el cuello para mirar hacia atrás mientras salía de la plaza de aparcamiento.

—Contestaré a todas tus preguntas —dijo Blush. Dio una calada a su cigarrillo—. Pero solo mientras me tengas secuestrada.

El coche ya estaba bajando en espiral hacia las salidas.

—Pero es que no te estoy secuestrando —protestó Foster.

—Necesito un empujón a mi carrera. Y tú necesitas algo también.

El coche se detuvo en seco en la barrera de salida. Foster había pagado al entrar, pero ahora vaciló antes de pulsar el botón e introducir su recibo. Negando con la cabeza, dijo:

—No me puedes obligar a secuestrarte.

Blush se acercó el teléfono a la cara. Leyó de la pantalla:

—Querido servicio de emergencias. Acabo de secuestrar a la bella y tremendamente talentosa actriz Blush Gentry. —Hizo una pausa, sonriendo con la mirada.

Foster introdujo el tique y pulsó el botón. Se abrió la barrera.

Extracto de *Oscarpocalypse Now,* de Blush Gentry (p. 50)

Dicen que simulé mi propio secuestro porque sabía lo de los Premios Óscar, sabía lo que iba a pasar ese año en la ceremonia de entrega. La gente también afirma que hubo joyeros y diseñadores de moda que se negaron a prestar sus joyas y su ropa para la ocasión. Eso me sitúa en muy buena compañía. La gente que hace esas acusaciones se olvida de que me golpearon con la culata de una pistola.

Es la misma gente que insiste en que se usó un arma nueva llamada el Pulverificador para convertir en polvo las torres del World Trade Center. Buscad «pulverificador» en el diccionario. Ahí tenéis la respuesta. Lo siento si mi secuestro no encaja con el relato de una panda de chiflados conspiracionistas.

Mitzi se sirvió otra copa de vino y brindó en recuerdo de Jimmy. El sentido mismo que le veía a salir con hombres engreídos como Jimmy era poder contagiarse un poco de su exceso de autoestima. Las mujeres siempre confiaban en eso: en que salir con un narcisista les diera algo de seguridad en sí mismas por ósmosis. Nunca funcionaba.

Se levantó un borde del vendaje del antebrazo. Ya casi se le había curado la herida del fragmento de botella de vino. Ni siquiera le iba a dejar cicatriz.

Echó un vistazo al nudo corredizo que colgaba de la puerta de su dormitorio. La muerte era una jugada demasiado insegura. Mañana podía atropellarla un autobús y acabaría en el infierno. Iría directamente al fuego eterno, sin pasar por la casilla de salida ni cobrar doscientos dólares. En cambio, si hacía uso del método Fontaine, ya no se desharía nunca de aquel bebé. Dos Ambien, una botella de pinot gris, unos Halcion que le quedaban y sería una madre soltera para toda la eternidad, deambulando sin darse cuenta siquiera de que estaba muerta.

Se sentía rondada por un fantasma, pero esta vez tenía al fantasma dentro.

Le sonó el teléfono. Un número privado.

—Mitz —dijo un hombre. Schlo. Su mejor trabajo, y el último—. Quiero que esta noche veas una película —dijo.

En las ventanas a oscuras del otro lado de la calle, Mitzi vio su propia sombra vaciar su copa de vino y servirse otra con la botella que tenía en el alféizar.

—Ya pasa de la medianoche.

—Es un pase privado de medianoche —dijo Schlo.

—Llegaremos tarde —repuso Mitzi.

Vio flotar sombras en todas las ventanas cuadradas en penumbra mientras otros inquilinos levantaban sus copas y se las llevaban a los labios. Eran los demás bebedores del Fontaine.

—No llegarás tarde a la parte del grito —dijo él.

Estaba abajo, esperándola.

Mitzi miró y, en vez de la ambulancia de costumbre frente a las puertas del edificio, vio una limusina parada junto a la acera.

Habían estado dando vueltas sin rumbo con el coche, Foster y la actriz, escondidos tras la penumbra de las ventanillas intensamente tintadas, preguntándose cómo iban a comprar comida sin que los reconocieran. Se estaba poniendo el sol. Quizá sería más fácil cuando oscureciera del todo.

Un poco más adelante vieron un coche patrulla aparcado en doble fila y a un agente al volante. Para evitar quedarse detrás de él, o correr el riesgo de adelantarlo y llamar su atención, Foster paró junto a la acera. Apagó el motor y puso el freno de mano.

Blush le pidió que le enseñara la pistola. Foster se la sacó del bolsillo de la chaqueta y dijo:

—No está cargada.

Ella estiró el brazo por encima del asiento delantero para cogerla y él se lo permitió. La sopesó en su mano.

—¿Cómo has entrado con esto en la Comic Con?

Foster se encogió de hombros.

Ella se inclinó hacia delante y cogió el teléfono de Foster del

salpicadero.

—Si has entrado con una pistola, es porque alguien *ha querido* que entraras con una pistola. Alguien ha querido que me secuestraras. —Con cara inexpresiva, bromeó—: Seguramente mi agente.

Foster consideró su propia teoría de que era Lucinda quien lo estaba guiando. Como si su hija estuviera guiándolo en su misión de alguna forma.

Blush desenchufó el teléfono del encendedor de cigarrillos. Estiró el brazo para coger del asiento uno de los guantes de Foster.

—¿Te importa? —le preguntó.

Foster no contestó. Se había quitado los gruesos guantes en el momento de ponerse al volante. Estaban igual de esponjados por el sudor que el resto de su traje de licra.

Ya hacía rato que Blush se había quitado la capucha mojada de verdugo y la había tirado al asiento de atrás. Al parecer interpretó el silencio de él como consentimiento y se enfundó el guante en una mano. Con la otra sostuvo el teléfono como si se fuera a hacer un selfi. Con la mano enguantada levantó el arma y se pegó el cañón enérgicamente contra la mejilla. Giró la cara en la dirección opuesta y cerró los ojos con tanta fuerza que le brotaron las lágrimas y le dejaron rastros negros de rímel por las mejillas. Entreabrió los labios torcidos hacia abajo como si estuviera sollozando. El teléfono hizo una foto.

Para eso había necesitado el guante. Con la imagen recortada por los límites del selfi, parecería que había un hombre hincando un arma contra aquella cara suya de estrella de cine mientras ella retrocedía aterrada. Las cámaras de seguridad de la convención habían grabado a Foster llevando aquellos guantes. Y las imágenes se mandarían desde el teléfono de Foster. Aquel fugitivo sobre quien ya pesaban cargos relacionados con armas.

El teléfono emitió un sonido de aviso cuando ella envió la foto.

—Esta es para el *New York Times*.

Blush pasó a una pantalla nueva que mostraba la cifra a tiempo real de dinero recaudado mediante crowdfunding para pagar su rescate de un millón de dólares.

—Mierda —dijo, y no era un «mierda» contento. Estaba claro que había sido un «mierda» furioso y decepcionado.

Foster insistió:

—Interpretabas a una niñera a la que apuñalaban. —Y en el tono más indiferente que pudo, añadió—: ¿Quién te dobló en aquel grito?

Ella entrecerró los ojos, como si la pregunta le planteara una amenaza. Luego su bonita cara recuperó su petulante seguridad en sí misma.

—Nunca uso doble para los gritos —dijo.

Foster siguió la mirada de ella hasta el coche de policía que había aparcado un poco más adelante. Recuperó su teléfono y buscó un archivo. Se oyó el chillido estridente de una chica aterrorizada.

El sonido los dejó un momento paralizados. Pareció arrancar ecos y quedar suspendido en el aire del coche aparcado.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Blush tragó saliva.

—Soy yo quien grita —dijo con voz inexpresiva. Sin perder de vista el coche patrulla, se agachó en el asiento.

—Pues no se parece a tu voz —se aventuró a decir Foster.

—Ese es mi trabajo —dijo ella—. Puedo sonar como quien quiera.

—Sal del coche —dijo Foster.

—Soy *yo* quien grita —repitió Blush. Y le quitó el teléfono antes de que Foster pudiera poner el grito por segunda vez.

Foster tocó el claxon del coche. Sonó un bocinazo largo antes de que dejara de apretar.

Un viejo que estaba en la acera pegó la mano ahuecada a la ventanilla de Blush y entornó los ojos para mirar al interior. Los transeúntes atraerían a la policía.

Y Blush dijo:

—Mierda, vale. ¡De acuerdo! —Se escondió la cara detrás de las manos mientras más gente se asomaba al interior del coche—. Puede que no sea yo quien grita, ¿vale?

Eso era cuanto Foster necesitaba oír.

El vino no era Ambien. Ni siquiera era Halcion, pero ayudaba a Mitzi

a aguantar bastante bien. El chófer se quitó la gorra cuando le abrió la puerta de la limusina. Dentro, Schlo la estaba esperando con pinot gris helado y cotilleos candentes. Con una copa llena del primero y esperando. Incluso mientras se metía en el interior tapizado en cuero y se acomodaba en los mullidos asientos, Mitzi ya tenía la mano extendida para cogerla.

El coche se alejó de la acera y se deslizó por las calles nocturnas vacías con tal suavidad, con un fluir tan líquido, que a Mitzi le pareció que eran los edificios y paradas de autobús los que se movían mientras la limusina permanecía quieta. El productor pulsó un botón para cerrar la partición que los separaba del conductor y le preguntó:

—¿Te alegras de no ser Blush Gentry?

Mitzi aceptó la copa y se la llevó directamente a la boca. Se sentía aturdida. Un poco aturdida después de pasar los últimos días sola en su apartamento, como un perro que lleva demasiado tiempo encerrado en casa.

Sin esperar, Schlo le soltó:

—Van y la secuestran, a la pobre.

Sostuvo en alto el teléfono para enseñarle una foto de la actriz con la pistola encañonándole cruelmente la frente y las lágrimas corriéndole el rímel por las mejillas. Giró el teléfono para mirar la imagen. Sacudió la cabeza con asombro maravillado.

—Después de todas aquellas películas donde la devoraban viva unos monos rabiosos. Eso sí que es karma.

El coche descendió por una rampa de acceso y se encontraron deslizándose por la autopista.

Mitzi dejó de beber para recobrar el aliento. Brindó con la copa medio vacía:

—Perdónanos nuestras deudas.

El productor sacó la botella de la cubitera que había sobre la barra. Se inclinó hacia delante para llenarle la copa.

El coche subió la pendiente de una rampa de salida. Se detuvo en un semáforo rodeado de altos bloques de oficinas del centro financiero, en una calle por lo demás desierta. Las persianas cubrían los escaparates de las tiendas. Apenas se veía a otros conductores.

El coche redujo la velocidad. Por fin se detuvo. Mejor dicho, fue el mundo el que dejó de pasar por su lado, y solo quedaron colores y destellos de luz inundando las ventanillas del coche. Una marquesina llena de luces de neón.

Acababan de aparcar frente a un cine. El Imperial. Por encima del dosel del cine se elevaba un bosque de torres y minaretes oscuros, recortándose contra el cielo nocturno. Dominándolos a todos, una imponente cúpula de cemento sugería el tamaño colosal del auditorio.

El Imperial se alzaba solitario entre manzanas de torres de acero y cristal. El último superviviente de los palacios del cine del centro de la ciudad que se habían construido en la década de 1920. Las luces de la marquesina decían: «Preestreno de medianoche», y al otro lado de las puertas de cristal el vestíbulo parecía vacío. No se veía más que una moqueta roja y el centelleo de los metales bruñidos y de los antiguos resaltes dorados. La taquilla estaba a oscuras. De la ventanilla colgaba un letrero que decía: «Disculpen las molestias». La ausencia de plazas de aparcamiento vacías allá donde miraras daba fe de cuántos cientos de personas debía de haber dentro. Un millar. Dos millares.

Entrecerrando los ojos para vislumbrar el techo abovedado del vestíbulo y el papel de pared de damasco, Mitzi susurró en vez de hablar en voz alta:

—¿Esto tiene algo que ver con Detroit?

El productor dio unas palmaditas al aire para hacerla callar.

—En Detroit no pasó nada. Lo único que pasó es que se acumuló demasiada nieve.

Mitzi se llevó la copa a los labios y oyó un tintineo suave. Como una campanilla, como si alguien acabara de ganar un premio. El tintineo llamó su atención hacia un punto a oscuras de la marquesina resplandeciente. Mientras lo miraba, sonó otro tintineo. Se acababa de apagar una bombilla. Un tercer tintineo apagó una tercera lucecita. Las bombillas estaban reventando. Luego los tintineos sonaron todos juntos, como una tragaperras que entrega su premio, como un villancico navideño, mientras por todos los rincones del dosel reventaban las bombillas con rapidez de ametralladora. Tantas y tan deprisa que el nombre Imperial quedó primero ilegible, y al instante

siguiente desapareció.

Algo cayó atravesando el campo visual de Mitzi y se estrelló en la acera junto a su ventanilla. Los fragmentos de lo que fuera aquello rociaron el coche. Mitzi levantó la vista y pudo ver cómo traqueteaban las tejas rojas de la cubierta del cine. A continuación se soltó otra teja y cayó hasta hacerse trizas sobre la acera.

Un pequeño panel de cristal de una vidriera de colores estalló hacia fuera. Al añadírsele aquello, el explotar de las bombillas y el reventar de las tejas de arcilla creció hasta convertirse en una verdadera tempestad de ruidos estridentes. En un agudo bramido de fuselaje de cosas rompiéndose. Todo el recargado y complejo contorno del edificio pareció estremecerse.

Con aquella atronadora cacofonía de fondo, el productor marcó un número en su teléfono.

—Tenemos otro incidente —le dijo a alguien. Con voz inexpresiva y lúgubre de resignación—. Traed a los expertos en terremotos preparados para el escenario número dos. —Levantó la voz para hacerse oír por encima del estrépito de ventanas rompiéndose, bombillas explotando y tejas cayendo—. Vamos a venderles nuestra versión a los medios ya.

Las puertas del vestíbulo se combaron hacia fuera y se convirtieron en una brumosa telaraña de vidrio de seguridad fracturado. Una onda de choque hizo que el coche se bamboleara. El contorno biselado de los minaretes de hormigón vibró hasta volverse borroso mientras un zumbido sordo y retumbante llenaba la noche. Saltó la alarma de un coche cercano. Un aullido palpitante que arrancó ecos y reverberó en aquel cañón de altos edificios.

El coche de Foster se meció de lado a lado. Parecía que acabara de levantarse un viento de la nada, pero era más que viento. El coche se *escoró* como un barco, empujado por una ráfaga tan fuerte que hizo chirriar los gastados amortiguadores. Adiestrado para los terremotos, Foster se incorporó de un salto y se golpeó la cabeza contra algo. Contra el volante. Se había quedado dormido echado en el asiento

delantero. La adrenalina le envenenó la sangre.

Desde el asiento de atrás, una voz preguntó: «¿Estás bien?». Una sirena interrumpió aquellas palabras, un crescendo de sirenas de alarma digno de un ataque aéreo. Centenares de alarmas de coche. Blush se incorporó apoyándose en los codos para mirar por la ventanilla de atrás. Los coches mugían y aullaban, con los faros delanteros y traseros parpadeando. Los coches aparcados que flanqueaban las calles vacías y oscuras.

Foster se palpó donde se había golpeado en la frente en busca de sangre y no encontró nada. Vio a Blush por el retrovisor. Estaba mirando boquiabierta algo a lo lejos. Foster miró en la misma dirección. El skyline de la ciudad estaba cambiando de forma. Recordaba a la implosión de los hoteles de Las Vegas. A la demolición controlada de los altos bloques de pisos de protección oficial. Una fina torre se desplomó en medio de una nube de polvo. Otras siluetas cercanas a la torre también se tambalearon y desaparecieron de la vista. Centelleaban unas luces estroboscópicas como de cables rotos.

A Mitzi le vino fugazmente a la memoria aquella botella de vino. La manera en que la botella y su copa habían explotado al alcanzar el grito su clímax. Su codo experimentó un eco del dolor, como si su brazo tuviera memoria propia. Ante sus ojos, no es que la marquesina se desplomara exactamente, sino que más bien pareció derretirse a cámara lenta. Se vino abajo despacio, hasta quedar reducida a un amasijo de acero y tubos de neón aplastados sobre la acera. Con el mismo marchitarse lento, un chapitel de cemento se desplomó del skyline. Primero empezó a deshacerse uno de los minaretes, y después todos los demás. Todos se fueron hundiendo en la mole del edificio mientras este quedaba a oscuras. Las baldosas moriscas y los azulejos de inspiración mexicana y azteca se agrietaron y se desprendieron para revelar el armazón de cemento vertido del cine. Con las puertas del vestíbulo bloqueadas por los escombros y la escena convertida en un estruendo de alarmas y de sirenas que se acercaban, lo único que quedó en pie, recortándose contra el cielo a oscuras, fue la enorme

carcasa abombada del techo del auditorio.

Por la razón que fuera, el chófer los mantuvo allí aparcados junto a la acera, por mucho que las columnas y los frisos labrados del edificio, sus recargadas chimeneas y cúpulas, parecieran ablandarse y combarse hasta que por fin desaparecieron de la vista. Moviéndose por sí sola, la mano de Mitzi llevó la copa de vino a sus labios. Su otra mano buscó en el bolsillo de la chaqueta hasta encontrar el bulto duro de un bote de pastillas.

El productor se inclinó junto a ella para acercar el teléfono a la ventanilla del coche. Schlo se dedicó a filmar cómo la trémula masa de la estructura, la enorme cúpula resquebrajada y deshecha, se hundía sobre sí misma con un bramido sordo y polvoriento.

La fachada se desplomó hacia atrás. Las vidrieras y las estatuas en sus nichos cubiertos de mosaicos. Un tanque o cisterna se desprendió de algún tejado y vertió una avalancha de agua sobre los restos desmoronados. El agua arrastró una oleada tintineante de cristales rotos y esquirlas de tejas contra el costado de la limusina.

La mole enorme que había ocupado aquel lado de la calle siguió desplazándose, asentándose, hundiéndose más. Por fin sus despojos desaparecieron por debajo del nivel de la calle. El peso de los escombros los sepultó en el sótano o los subsótanos que hubiera debajo de la estructura. Hasta tal profundidad que Mitzi pudo ver tuberías rotas que soltaban chorros de agua al vacío desde varias ubicaciones.

El cemento pulverizado y los restos de terciopelo rojo continuaron hundiéndose mientras las aguas oscuras subían de nivel y los sumergían por completo. Muy pronto aquellas tuberías que manaban agua también quedaron sumergidas, y el lugar entero quedó transformado en un lago bastante grande y muy cuadrado.

Un lago tranquilo de aguas negras. Igual de oscuro y ominoso que los pozos de alquitrán de La Brea. Y sobre aquella superficie quieta y silenciosa no quedó flotando nada salvo palomitas de maíz desparramadas.

Estaban demoliendo un edificio. Foster se aferró a aquella idea. Eso explicaría la multitud de coches aparcados en el centro tan tarde: espectadores. La demolición se estaba llevando a cabo en plena madrugada por razones de seguridad. Tenía toda la lógica del mundo, se dijo a sí mismo.

—Enciende la radio —dijo Blush. Las sirenas se estaban acercando —. Enciende la radio y sácanos de aquí. —Su voz inexpresiva y apremiante.

En un mundo donde ya todo se emitía por internet, una radio parecía igual de arcaica que un telegrama. Foster tuvo que girar un poco la llave del contacto para poder operar los diales de la radio. Se acercaban luces parpadeantes de vehículos de emergencia, azotando la escena con centelleos azules y rojos.

Blush se encogió en el asiento de atrás.

—¡Arranca! —dijo. Estaba volviendo a meter la batería en su teléfono.

—Ha sido un temblor de tierra.

Foster estiró el cuello para comprobar si venía tráfico por la calle vacía y se alejó de la acera. El único otro coche en circulación era una limusina que se cruzó con ellos a toda pastilla, en la dirección contraria, acelerando.

Blush miró por la luna trasera.

—Métete en la autopista. Deprisa. —Apoyó los dos brazos por encima del respaldo del asiento delantero. Sostuvo el teléfono en alto para enseñarle la pantalla a Foster. De los altavoces del teléfono salió un chillido enlatado. La radio del coche anunció: «… presunto microterremoto…»—. ¿Microterremoto? —repitió Blush en tono sarcástico.

Foster se arriesgó a echarle un vistazo a la pantalla.

En la pantalla del teléfono se estaba reproduciendo una película barata de catástrofes. Un cine abarrotado de adolescentes chillando, fila tras fila de caras contorsionadas. Chicos y chicas, sentados o de pie sobre los asientos de terciopelo rojo. Con las manos en alto y los dedos extendidos mientras les llovían encima grandes trozos de cemento dorado. La perspectiva de la cámara giró hacia arriba para

mostrar un techo decorado con pinturas al fresco y enmarcado por cornisas de yeso y estuco, toda aquella arquitectura rompiéndose en pedazos y cayendo en tromba. Las nubes pintadas y los ángeles desplomándose desde el cielo de cemento. Y en el centro de todo, una espléndida lámpara de araña hecha en apariencia de bronce, en la que resplandecía un bosque de velas eléctricas y de la que pendían festones y colgantes de cristal tallado poliédrico. Aquel coloso parpadeó, se quedó a oscuras, se bamboleó un momento y por fin cayó. La cámara registró su desplome, breve y rápido. Impactó con un ruido como el de un meteorito estrellándose contra la tierra, aplastando a las masas de adolescentes y preadolescentes y silenciándolas al instante. El impacto levantó géiseres de chispas.

Foster soltó un bufido, molesto. Nervioso. No estaba seguro de por qué Blush le estaba enseñando aquella película de catástrofes tan mala. Todavía le dolía la frente del golpe que se había dado contra el volante. El dolor era su única garantía de que todo aquello no era una pesadilla.

Al parecer aquella película de desastres tenía lugar dentro de un cine. A lo lejos, la pantalla mostraba a un actor, con la cara atormentada y retorcida de dolor, su enorme boca gritando. Y el público parecía estar imitando aquel grito. Como si la multitud congregada estuviera teniendo una reacción de empatía total, replicando el mismo tono de aquel grito mientras el edificio que los rodeaba estallaba en pedazos y se venía abajo a su alrededor.

La perspectiva de la cámara estaba cambiando, moviéndose de lado mientras se desplomaba una pared adyacente, sepultando a sus víctimas bajo un alud de papel de pared de terciopelo rojo y cemento. Barras de refuerzo de acero retorcidas como si fueran regaliz. Al fondo se veía a más gente y más brazos sosteniendo teléfonos en alto, como si estuvieran documentando sus últimos momentos. La cascada de estatuas y columnas siguió aplastando a las hordas de gente que blandían sus móviles, matándolos al instante, hasta que por fin la escena que mostraba el teléfono de Blush se tornó negra y silenciosa. Silenciosa y muerta, la pantalla solo reflejando las sombras tenues de la cara de Foster.

Mitzi tardó un momento en reconocerse. Había estado en el estudio, rebuscando gritos entre su inventario. Peinando las décadas de cintas con la esperanza de encontrar el original del grito de la orquiectomía. No tenía ni idea de qué había hecho con él.

Había elegido una cinta al azar. Había pulsado el Play. Y allí estaba, una versión olvidada de sí misma. Apenas reconocible, incluso para ella misma. En tono grogui y drogado, la voz de la cinta preguntó:

—¿Sabes qué es el grito Wilhelm, cariño?

Un estómago gruñó de forma audible en la grabación.

—Perdón —balbuceó una chica, una chica misteriosa—. Tanto hablar de comida me ha dado hambre.

En la cinta se oyeron las palabras arrastradas de Mitzi:

—No te preocupes. Pronto dejarás de tener hambre.

La chica y ella siguieron hablando. La calidad de sus voces mejoró a medida que alguien parecía ajustar los micrófonos y comprobar una y otra vez los niveles de la mesa de mezclas.

—Panecillos… galletas y salsa…

Mitzi solo estaba escuchando a medias la cinta cuando irrumpió el grito, un estallido de agonía que retumbó por todos los altavoces del estudio.

Al alcanzar su clímax, el chillido se descompuso en varios grititos breves e irregulares, cada uno de ellos más débil, menguante y rematado por una respiración más entrecortada que la anterior, cada jadeo más breve que el anterior, hasta apagarse con una larga exhalación final.

En la cinta se oyeron un chasquido y un clic. Un sonido que Mitzi conocía bien de todos los dolores de cabeza de su vida. Era el ruido que hacía un encendedor. El chisporroteo del cigarrillo al prenderse. Una inhalación larga y el crepitar del tabaco al arder, un ruido tan realista que la hizo olisquear el aire en busca del humo. Una grabación tan clara y pura que parecía imponerse al hecho de que estaba sola. Sentada a solas ante la mesa de mezclas de un estudio cerrado a cal y canto, escuchando unos sonidos tan reales que podrían perfectamente ser fantasmas que rondaban por la sala, invisibles. O

quizá la misma Mitzi fuera el fantasma, escuchando un mundo donde ella ya no estaba.

En la cinta se oyeron unos pasos que se acercaban y una voz que decía: «¡Caballeros!». La nueva voz pertenecía a un hombre. La voz sensata y práctica del doctor Adamah, devoto fumador. No había forma de saber cuánto tiempo llevaba en la sala.

Mitzi cerró los ojos para oír mejor. En la oscuridad, el pasado se adueñó de la sala.

—Caballeros —dijo el médico—. Ya pueden limpiar la escena.

Blush le pidió una llave de cruceta.

—¿Tienes una? De esas que se usan para cambiar neumáticos.

Habían aparcado en un recodo amplio de la carretera y ahora estaban los dos sentados en los asientos de delante.

Foster no estaba seguro de tenerla, de manera que bajó del coche para abrir el maletero.

Habían enfilado por una calle estrecha que subía hasta las colinas a oscuras, dominando la ciudad. Siguiendo las instrucciones de Blush, Foster se había metido por un callejón oscuro. La luz de sus faros había bañado un letrero que decía «Camino privado» mientras dejaban atrás las casas circundantes. El camino había seguido el estrecho espinazo de una cresta elevada, uno de cuyos lados bajaba formando una pendiente abrupta y llena de desniveles. Desde aquella altura se podía ver el centro de la ciudad, donde ahora los helicópteros sobrevolaban en círculos, recorriendo con sus focos un espacio vacío entre los edificios. Las sirenas aullaban.

Junto con las sirenas aullaban los perros, los perros y los coyotes por igual, hasta el último cánido de la gran cuenca de Los Ángeles. Un inquietante recordatorio de que todos los animales seguían siendo salvajes.

El aire nocturno olía a enebro y a salvia. Foster hurgó en la oscuridad del maletero hasta sacar una barra de acero doblada en ángulo. Uno de los extremos tenía forma de llave hexagonal para colocar tuercas de llanta. El extremo opuesto terminaba en una cuña

afilada para sacar tapacubos y cubiertas de rueda.

Blush se plantó a su lado y le quitó la herramienta de las manos. Se alejó dando zancadas, aferrando la llave de cruceta en un puño y blandiéndola como un arma para darse golpecitos en la palma de la otra mano. Foster se apresuró para alcanzarla mientras ella reseguía una tapia estucada que flanqueaba el arcén de la calle opuesto a las vistas. Una tapia de estuco rosa, descascarillado y agrietado, demasiado alta para ver por encima. Cada pocos pasos había carteles de un servicio de seguridad pegados al muro. Y también letreros de «Prohibida la entrada» atornillados y dejando regueros de manchas de óxido. Por encima del borde desigual de la tapia se elevaban las chimeneas y tejados de una casa a oscuras.

Ya cerca de la casa, llegaron a una verja. Una verja que parecía salida de un estudio de cine, estilo Renacimiento colonial español, con barrotes de hierro forjado retorcidos, ramificados y entrecruzados. Entre los barrotes anidaban pájaros de hierro. Tras atravesarla, llegaron a una entrada para coches circular que terminaba en unas puertas de gran tamaño entabladas con madera contrachapada. Aquellos tablones de madera sin pintar, combados y deformados, se adherían a la casa como una costra. Grapado en ellos había un letrero descolorido por el sol que advertía: «Prohibido el paso, por mandato judicial de ejecución hipotecaria». Con una violencia sorprendente, Blush cogió impulso y se lanzó hacia delante, clavando la punta afilada de la llave de cruceta por debajo de un borde de la madera. El contrachapado se astilló alrededor de sus remaches.

Foster se acercó y puso las manos alrededor de la barra. Tiraron juntos y la madera contrachapada crujió como los huesos cuando se rompen en las películas. No es que fuera un ruido muy estridente, pero sí fue mucho ruido para una noche tan silenciosa y una calle tan desierta. El tablero se rompió por tres de sus bordes y cayó a un lado. Debajo quedó al descubierto una puerta cubierta de telarañas.

Blush se hurgó en el bolsillo de la chaqueta hasta sacar unas llaves. La primera la encajó en la cerradura de seguridad y la hizo girar. La segunda la introdujo en el pomo.

La puerta se encalló por la parte inferior y por fin se abrió, rozando

contra el umbral con un chirrido ronco. Blush metió una mano al otro lado del marco.

Foster oyó el clic-clic de un interruptor, pero no se encendió ninguna luz.

—Dame la mano —le dijo ella.

La luz de la calle se filtraba a apenas unos pasos de distancia. El aire que salía de dentro tenía un olor caliente, un calor mohoso acumulado durante meses de sol diario que no habían mitigado ni las ventanas abiertas de noche ni el aire acondicionado. Y en aquella atmósfera rancia se adentró Blush. Arrastrando a Foster tras de sí, dando zancadas decididas en la oscuridad.

Mitzi había estado fregando los platos. Que eran en su mayoría copas de vino. Había cogido mal una copa, agarrando con demasiada fuerza la copa enjabonada y resbaladiza, con los resultados previsibles. Ese pequeño chillidito que suelta el cristal, seguido de su fractura y de su partición en dos pedazos. Los dos afilados como cuchillas.

Había estado muy tensa. La grabación de la cinta se repetía una y otra vez en su mente. Las palabras del doctor Adamah se le reproducían en bucle, igual que las de la chica agonizante. ¿Una camarera? A eso se sumaban las palabras inquietantes de unos hombres a los que Mitzi no conocía de nada pero que sí parecían conocerla a ella. Y lo peor de todo era aquella misteriosa versión alternativa de ella, la Mitzi de la voz arrastrada, una beoda babeante, pero que era innegablemente ella. Aquella Mitzi Ives con voz de retrasada. La tensión le hizo rechinar los dientes. Era incapaz de relajar un solo músculo mientras el misterio permaneciera sin resolver. Fue entonces cuando se rompió la copa.

Antes de que pudiera sentir nada, el agua con jabón del fregadero se tiñó de rojo oscuro. La prueba de que un corte profundo bañado en agua tibia puede no doler, al menos al principio. Sacó la mano a la superficie y la piel de debajo de su pulgar, de debajo de la parte más ancha de su pulgar, empezó a manar sangre como si fuera una ballena roja. Era un corte curvado como la mordedura de un niño. Mitzi no

soportaba ver los chorros de sangre, de manera que volvió a hundir la mano en el fondo del fregadero.

Entre el agua cálida y lo profundo que era el corte, su cuerpo estaba llenando el fregadero como si Mitzi fuera una simple tubería.

Se preguntó durante cuánto tiempo dependería de ella la decisión de sobrevivir. Si debía llamar a alguien para que viniera a rescatarla. O simplemente esperar a que su cuerpo tomara la decisión contraria.

Foster se dejó llevar. Su mano libre rozó una superficie de metal liso y unas jaulas rugosas que interpretó que debían de ser los fogones de una cocina de gas. Su pierna se deslizó a lo largo de la puerta metálica de una nevera, clavándose el tirador en el hueso de la cadera. Palpando en la oscuridad, su mano libre fue encontrando pomos y aristas de puertas de armarios y partes frontales de cajoneras. Caminaba sin levantar los pies por miedo a tropezar con algo, y el suelo sobre el que los arrastraba le pareció de baldosas lisas.

Ahora lo único que percibía de Blush Gentry era su olor y el tacto de su mano suave y fuerte. Se podía hacer una idea del tamaño de las habitaciones. A juzgar por los ecos, los espacios debían de ser enormes.

Blush se detuvo.

—Agárrate a la barandilla que tienes a la derecha —le dijo—. Vamos a subir unas escaleras.

Foster tanteó hasta encontrar la barandilla. Sobre ellos se elevaba un arco en penumbra. Ya en el piso de arriba, entraron en una sala lo bastante grande como para celebrar un partido de baloncesto allí dentro. Las primeras sombras azules del amanecer se filtraban por las ventanas mugrientas. El polvo amortiguaba sus pasos.

—¿Es tu casa? —preguntó Foster. Hablando en susurros.

Una casa sin comida ni agua. Una casa sin calefacción ni electricidad. No parecía un gran escondrijo. La siguió hasta una estantería de obra, donde Blush apartó unos tomos con encuadernación de cuero.

Manipuló con los dedos algo que había al fondo de un estante

sumido en las sombras. Se oyó un susurro neumático y la estantería entera giró hasta abrirse, revelando un espacio oscuro al otro lado.

Blush tanteó la pared de dentro y se encendieron las luces. A continuación tocó un panel con teclas que había en la misma pared y empezó a salir aire frío de unas rejillas de ventilación cercanas al techo. Le hizo un gesto a Foster para que entrara y le dijo:

—Habitación del pánico. A prueba de terremotos. Agua embotellada. Generador. —Se sacó el teléfono del bolso—. Los móviles no tienen cobertura porque las paredes están revestidas de plomo, o de zinc, o de algo parecido, en caso de bomba nuclear… —Señaló un teléfono antiguo que había instalado en una pared y del que salía un cable largo y enrollado—. Pero tenemos teléfono fijo. No figura en la guía, claro.

Y como respondiendo a sus palabras, sonó el teléfono.

Blush se lo quedó mirando con la cara ensombrecida por la preocupación. El teléfono sonó siete veces antes de parar.

—Se habrán equivocado de número —dijo con un suspiro.

Volvieron a empezar los timbrazos. Siete timbrazos y paró de sonar. Cuando comenzaron de nuevo, ella levantó el auricular y se lo acercó a la oreja.

—¡Schlo! —Cubrió el micrófono con una mano ahuecada y le susurró a Foster—: Es un amigo. Es productor, pero buen tipo. —Y luego dijo al teléfono—: Espera, te pongo en altavoz.

La voz retumbó en la sala como un eructo prolongado.

—Ya sabía yo dónde encontrarte —dijo—. ¿Estás ahí con tu secuestrador?

—Foster. —Blush hizo un gesto con la cabeza en dirección al teléfono y al pequeño altavoz cubierto de tela metálica—. Te presento a Schlo. Schlo es quien produjo *Baño de sangre de niñeras*.

—Blush, hija mía —dijo el eructo—. No estarás pensando asistir a los Óscar, ¿verdad?

Blush echó otro vistazo preocupado a Foster.

—Pues era mi plan —dijo.

—No vayas —insistió el eructo—. Confía en mí. —Y se cortó la conexión.

Blush dejó caer el bolso y se quitó la chaqueta antes de alejarse. Para recoger la llave de cruceta. A fin de camuflar los desperfectos que habían hecho en la madera contrachapada que cubría la puerta de la calle. Y al salir cerró la estantería de libros tras de sí.

Sin tener idea alguna de cómo se abría, Foster se convirtió en cautivo.

Se sacó el teléfono del bolsillo e insertó la batería. ¿Por qué no ponérsela, si no había cobertura? La policía tampoco podría dar con su ubicación. Pasó varias pantallas con el dedo. Quería enseñarle algo a aquella estrella de cine. Un vídeo. Daba igual que la imagen fuera borrosa y no tuviera sonido. No duraba más que una vela de cumpleaños, pero era la filmación más importante de su vida.

Schlo demostró ser más que un simple amigo. Primero tuvo el gesto principesco de sobornar al portero del Fontaine. Así era Schlo. El portero usó una llave magnética y encontraron a Mitzi inconsciente, desmayada cuan larga era junto al fregadero y redecorando las baldosas de corcho en tono rojo sangre. A saber cómo supo Schlo lo que hacer a continuación. Pero envió al portero a buscar cola de impacto y agua oxigenada, le levantó a Mitzi el brazo por encima del corazón y le aplicó presión. Podría haber sido médico.

Con una tranquilidad increíble en aquellas circunstancias, dijo:

—Mitz, se podría llenar el Yankee Stadium con todo lo que no sé, pero lo que sí sé es que a ti te pasa algo.

El Imperial, su desplome. Un palacio monumental considerado de interés público que había aguantado todos los seísmos hasta la fecha, y ahora el gobierno calificaba lo sucedido de terremoto. Lo de Detroit lo habían atribuido al peso de la nieve acumulada. Cuando cayera el siguiente cine, Dios no lo quisiera, lo llamarían terrorismo.

Lo que Schlo estaba diciendo era que Mitzi debería hacer las maletas. Coger el dinero que tenía guardado y hacer un Roman Polanski.

—Destruye la copia maestra —le ordenó—. No soy yo solo quien lo dice. Es toda la industria. Nos han estafado.

Schlo era como un mago. Quizá no fuera la primera chica a la que le cerraba los cortes de las muñecas con pegamento, pero Schlo le limpió la zona con hielo y se la espolvoreó con cremor tártaro. Y en cuanto la hemorragia se detuvo un momento, le cerró el corte con los dedos y le echó la cola de impacto encima.

Aquello era Hollywood; ¿quién no querría ser el héroe?

Mareada en el suelo de la cocina, Mitzi preguntó:

—Pero ¿qué está pasando?

De pie junto a ella, Schlo dijo:

—¡Jericó! Hija mía, lo que está pasando es Jericó.

Foster le enseñó el vídeo al final. Antes se emborracharon, no mucho pero sí durante bastante rato, con la botella de ron que Blush había traído tras reparar la puerta de la calle para evitar que llamara la atención. Ron porque a ella le gustaban las cosas dulces, como las fiestas del instituto a las que nunca había asistido porque estaba demasiado ocupada interpretando el papel de guarrilla adolescente como para ir a hacer de guarrilla en la vida real. El rol de bomba sexual la había conservado virgen hasta su primer matrimonio.

Habían acampado en su habitación del pánico. Blush levantó su vaso e hizo un amplio gesto a su alrededor.

—¿Cómo te crees que me pude *casi permitir* esta casa tan magnífica?

A juzgar por lo poco que Foster había visto, era una casa gigantesca.

—Vale —dijo ella con pesar—, para ser una casa es grande, pero para ser un mundo es pequeño.

Cuando Blush la había comprado, en el punto álgido de su carrera, se había visto tan atrapada en ella como estaba ahora. Los fotógrafos la esperaban fuera para seguirla. Los fans lunáticos la esperaban también.

Se sirvieron más ron. Más Coca-Cola. Brindaron por su crowdfunding cuando llegó a los veinte mil dólares.

Luego se quedaron callados. Siguieron dando sorbos a sus bebidas mientras el televisor mostraba imágenes en directo desde las ruinas del cine Imperial, donde se empezaban a recuperar los primeros restos

humanos. Bolsas y más bolsas de cadáveres, cuyo contenido era demasiado pequeño para ser personas enteras. Ni siquiera adolescentes.

Blush se quedó dormida, y mientras dormía Gates Foster le contó el desastre que había sido el funeral falso de Lucinda, y que un compañero suyo del grupo de apoyo, que encima era médico, se había equivocado en su lectura de la Biblia. En vez de leer la sección que había elegido Foster, había leído otra del Libro de Josué. La historia de cómo el ejército de Josué había gritado hasta que sus voces unidas habían derribado las murallas de la ciudad.

Le contó al cuerpo dormido de Blush que el funeral en sí había degenerado rápidamente en humillación pública. Casi como si hubiera sido una conspiración organizada para desatar su furia.

Las noticias del televisor se interrumpieron para mostrar a Amber haciendo una emotiva súplica a Foster para que liberara a su rehén y se entregara a la policía. Pobre Amber.

Despertándose de golpe de su siesta, Blush dijo:

—Ni se te ocurra, colega. —Miró a la mujer de la pantalla, la exmujer de Foster, y preguntó—: ¿Es guapa? ¿Tu hija se le parece?

Solo entonces le enseñó Foster la galería de imágenes de su teléfono. Primero sus fotos favoritas de Lucinda, y después varios retratos retocados para representar el paso del tiempo que habían aparecido en cartones de leche durante los últimos diecisiete años. Y sí, en cada uno de ellos se parecía más a su madre.

Le enseñó su galería de pedófilos y le describió su interminable cacería. Como si estuviera persiguiendo a criminales de guerra nazis. La ironía era que ahora era a él a quien perseguían.

Solo después de todo aquello le enseñó Foster el vídeo. Los pocos segundos sin sonido. La imagen granulada de la cámara de seguridad que duraba menos que una vela de cumpleaños y que mostraba a Lucinda siendo llevada por un pasillo y luego por una puerta de salida del edificio Parker-Morris. Iba de la mano de una niña algo mayor, seguramente de unos doce años, que le sacaba una cabeza de altura y que se la había llevado por aquella puerta hasta la calle y fuera de su vista para siempre.

—Lucy siempre quiso tener una hermana —dijo Foster mientras Blush ponía una y otra vez aquel breve vídeo captado por una cámara de seguridad hacía tanto tiempo—. Siempre nos pedía que tuviéramos otro bebé para que ella pudiera tener una hermana mayor —recordó —. Por mucho que le intentáramos explicar que la mayor tenía que venir *antes*.

Blush puso el vídeo en pausa en el momento en que se veía mejor la cara de la niña mayor.

—Me pregunto qué cara tendrá ahora. —Entrecerró los ojos para examinar la imagen borrosa.

Foster recuperó su teléfono y fue pasando fotos de una galería de imágenes.

—Se lo pedí a la misma gente que había hecho la simulación del paso del tiempo con mi hija… —Le devolvió el teléfono y le dijo—: Por supuesto, lo tuve que pagar de mi bolsillo.

En la pantalla había una mujer de veintimuchos años, quizá treinta. Era obviamente la misma niña desconocida del vídeo, pero el pelo rubio se le había oscurecido un poco. Se le había adelgazado la cara redonda, marcándole los pómulos y resaltándole los ojos. La secuestradora era encantadora. Aunque no parecía correcto llamar secuestradora a una niña de doce años. Como mucho, había sido un secuestro mutuo.

Blush miró la foto de la mujer ya adulta. La miró mucho rato, el suficiente para que Foster se terminara su copa y cogiera la botella.

Mientras se ofrecía para llenarle el vaso, Blush dijo:

—La conozco.

A Mitzi no le cabía el cuchillo en el bolso. El mango era demasiado largo: un cuchillo Lauffer Carvingware alemán. No tenía ni idea de dónde había salido, pero lo había encontrado en el almacén de atrezo del estudio, dentro de un paquete de FedEx.

Se había envuelto con toallitas de papel la muñeca herida, todavía cubierta de pegamento. Seguía necesitando puntos o grapas, o lo que fuera que ponían los médicos hoy en día.

Pero ¿con qué se encontró Mitzi al llegar a la consulta del médico? Pues con una furgoneta de mudanzas. Había una cuadrilla de operarios con uniformes azules y carretillas, sacando cajas precintadas por la puerta de la consulta.

Pegado al ventanal del edificio había un letrero que decía: «Se alquila».

Vio el Daimler del doctor al final de la manzana, con sus asientos de cuero del bueno y un helecho dentro. Aquel helecho, que tan pequeño había parecido en su macetero de la única ventana de la sala de espera, ahora llenaba todo el asiento trasero del coche del médico.

A Mitzi no le entró el pánico. Estableció un contacto visual cortés con los empleados de mudanzas y los saludó con la cabeza. Pasó a su lado por la puerta de la calle y entró en la sala de espera vacía.

Se fijaran o no los operarios, sostuvo en alto el paquete de FedEx como si viniera a entregarlo. El doctor salió de la sala de reconocimientos, poniéndose el abrigo. Ya estaba a punto de escabullirse cuando vio a Mitzi y sonrió con suficiencia. Chasqueó los dedos hasta llamar la atención de uno de los empleados de mudanzas.

—Eso —dijo, señalando la báscula marca Toledo— también va al almacén.

El hombre forcejeó para levantar la báscula. La llevó con la carretilla hasta la puerta, y en ese momento Mitzi vio su oportunidad. Sacó con torpeza el cuchillo de su envoltorio y lo agitó en dirección a la sala de reconocimientos.

El doctor puso los ojos en blanco. Negó con la cabeza ante la imagen de Mitzi blandiendo el cuchillo, pero aun así volvió a entrar.

El lugar estaba irreconocible. Desnudo. Se habían llevado hasta el fregadero. Solo quedaban la tubería de entrada y el desagüe asomando de la pared. Ya había pasado por allí un trabajador con la espátula para masilla y había aplicado la capa de imprimación. El doctor hizo un gesto a Mitzi para que entrara y cerró la puerta. Con llave. Se acababa de encerrar allí con una persona que blandía un cuchillo.

—No me vas a apuñalar, Mitzi —le dijo. Miró las toallitas de papel que le envolvían con fuerza la muñeca. Como si le importara, preguntó—: ¿Qué te ha pasado en la mano?

Mitzi levantó un poco el cuchillo y dijo:

—¿Quién eres tú para decirme que no te voy a apuñalar?

—Alguien que sabe que eres una cobarde —le dijo Adamah. Se acercó a ella y estiró el brazo para cogerle la muñeca herida—. Eres la peor clase de víctima que hay: la víctima que se cree villana.

Mitzi le permitió que le cogiera la muñeca y que empezara a desprenderle las toallitas.

Sin dejar de hacerlo, el doctor dijo:

—Es repugnante cómo acudes a mí en busca de absolución. —Destapó el corte, aquella raja que seguía inflamada y cerrada bajo una capa reluciente de pegamento—. Pero mira qué has hecho —dijo, tocando delicadamente la herida—. Eres una estúpida de mierda —le dijo con suavidad—. Ni siquiera eres capaz de cortarte como es debido.

Con el doctor tan cerca, inclinado para examinar la herida, Mitzi levantó el cuchillo. Se lo puso a Adamah en la garganta. Pegando el borde afilado a su garganta.

—Tú no sabes nada —dijo Mitzi—. He asesinado a docenas de personas de maneras que ni te imaginas.

Sin apartarse de ella, incluso apoyando el peso de su cuello sobre la hoja del cuchillo, el doctor dijo:

—Demuéstrame que me equivoco. —Señaló con la cabeza hacia la sala de espera y los empleados de mudanzas—. No se van a enterar. Se habrán ido en un momento. Mátame.

Mitzi apartó un poco el cuchillo, temerosa, pero el doctor se volvió a inclinar hacia ella hasta conseguir que el filo le dejara una marca en la garganta. Mitzi apartó el cuchillo y lo sostuvo con el brazo extendido.

—No hasta que consiga respuestas —dijo, nerviosa.

El doctor se metió una mano en el bolsillo del abrigo. Sacó una caja de plástico en la que ponía «Primeros auxilios». De esta sacó una aguja ya enhebrada de la que colgaba un hilo de nailon. Partió por la mitad un paquetito de plástico precintado como los del kétchup y sacó una gasa que olía a alcohol de friegas.

—Dame la mano —le ordenó. Tal como llevaba haciendo desde que

Mitzi era adolescente, le cogió la muñeca, se la zarandeó y le dijo—: ¡Haz el favor de quedarte quieta! —Y le empezó a limpiar el emplasto de pegamento con aquel hisopo empapado en alcohol, cuyo olor hizo que le brotaran las lágrimas y que le escocía tanto que a punto estuvo de soltar el cuchillo.

Ella era una carnicera. Mitzi lo sabía. Una Feminista de Última Ola. Una carnicera en serie y una asesina, y nadie se lo podía negar.

El doctor le sostuvo con firmeza la mano herida, sin dejar de provocarla.

—Pero mírate. Tienes tan poco estómago que no puedes ni ver a alguien comerse un huevo crudo.

Aquel consultorio había sido siempre falso. Un simple decorado, desde el principio mismo.

Hundiéndole la aguja en la piel, el doctor le preguntó:

—¿Te acuerdas de que te expliqué que las sirenas hacen aullar a los perros? —La aguja salió, tirando durante unos segundos del hilo a través de la mano—. Las sirenas activan el instinto de manada de los perros —siguió diciendo el doctor—. Son un grito primigenio al que los perros necesitan sumarse.

Mientras Mitzi mantenía la vista clavada en la pared, la aguja volvió a entrar. Y salió, tirando del hilo a través de la piel.

—Imagina que existiera un equivalente humano —dijo el doctor—. Un grito como el «bárbaro alarido» de Walt Whitman que invocara el grito primigenio de todo el mundo que lo oyera.

La aguja entró. Y salió. El hilo se movió por debajo de la piel.

Mitzi hizo un gesto de dolor. Cada vez que la aguja tiraba del hilo, sentía que algo tiraba de ella. Se sentía como una marioneta unida por hilos a las palabras del doctor. Como si fuera una cometa o un globo, algo con lo que el médico jugaba. Por debajo del olor a cigarrillos, la piel de Adamah olía a lejía. El mismo olor de su padre, que tantas pastillas se había tomado ella para olvidar.

—Tu padre era un gran hombre —dijo el doctor. La aguja entró. Y salió. Volviendo a estirar de algo que Mitzi tenía dentro—. Tu padre fue el último de una larga cadena de hombres que trabajaron en este grandioso proyecto.

La aguja pinchó la piel, la atravesó y emergió sacando el hilo tras de sí.

—El consejo que te doy es este —dijo Adamah—. Coge a tu bebé y tu dinero. Van a ir a buscarte. Dales la copia maestra del último grito. Llévate a tu bebé y tu dinero y empieza una vida nueva en algún sitio bonito.

Con miedo a moverse, atada por aquel hilo de nailon, Mitzi no se atrevía a apartarse. El dolor y el escozor no eran gran cosa, pero sí tenía miedo a todo aquel hilo que le atravesaba la piel, a que pudiera desgarrarla y abrirse como una cremallera si intentaba escapar.

—Tú no has hecho nada. —El doctor pronunció las palabras con desprecio—. Nada malo. Oh, sí que supiste controlar los niveles de la grabación y realzar el brillo. Con eso hiciste magia. Tampoco es que pudiéramos traer a nadie de fuera. —El hilo se tensó, tirando de la piel—. Pero nunca has matado a nadie.

—Pero sí que lo hice… —consiguió decir Mitzi.

El sudor estaba pegándole la blusa a la espalda y cayéndole por la parte interior de los brazos.

El doctor se inclinó tanto sobre ella que Mitzi sintió su aliento cálido en la mano herida. Ató un nudo y usó los dientes para cortar el hilo sobrante.

—No. Los maté yo. Tú eras demasiado aprensiva. No te pareces en nada a tu padre.

Mitzi se giró para examinarse la mano. La pulcra hilera de puntos que ahora cerraban la herida.

Según le refirió Blush, primero habían desaparecido las chocolatinas PayDay. Nadie sabía adónde habían ido a parar. No era que se hubieran agotado de las máquinas expendedoras y alguien se hubiera olvidado de reponerlas. Al día siguiente desaparecieron los Snickers; la espiral metálica donde deberían estar los Snickers ahora era un muelle vacío. Luego desaparecieron en rápida sucesión las tarrinas de mantequilla de cacahuete y esos paquetitos de celofán que tienen dos galletas de color naranja con mantequilla de cacahuete en medio.

Las máquinas expendedoras quedaron desiertas salvo por unos Red Vines rancios y unos paquetes de Chimos sabor cereza que nadie quería. Y unos cuantos Skittles fosilizados.

Blush Gentry estaba contando su historia desde un puf. Foster y ella seguían encerrados dentro de la habitación del pánico. Sin ventanas, y con el sistema de recirculación de aire funcionando a todo trapo, ninguno de ellos sabía si era de día o de noche. La bebida había cedido el paso a contar historias.

Y a aquel inclemente mundo sin cacahuetes iba ella a estudiar todos los días. Y a cambio de todos aquellos dulces que habían amado y perdido, los alumnos de sexto curso todavía traumatizados por la pérdida de los cacahuetes recibieron a un nuevo compañero de clase llamado Lawton Taylor Koestler.

Blush hizo una mueca de total indiferencia.

—Era un chaval normal. No tenía nada del otro mundo.

Lo único desagradable que tenía era su madre, la señora Koestler, que acompañó a su hijo a clase en su primer día y pidió hablar con los alumnos de su curso. El profesor pidió a Lawton que saliera al pasillo.

Su hijo era un niño muy enfermo, les explicó la señora Koestler a Blush y sus compañeros de clase. Le tenía una alergia mortal a casi todo. Pero sobre todo a los cacahuetes. Y todos los niños y niñas de su clase tenían la responsabilidad de asegurarse de que Lawton nunca se viera expuesto a los cacahuetes bajo ninguna forma, ni tampoco a ningún alimento que hubiera sido procesado y empaquetado en fábricas donde se trabajara con cacahuetes. Y les explicó, la señora Koestler, que la partícula más minúscula de enzima de cacahuete desencadenaría una reacción inmunitaria en todo su organismo. A Lawton le dejarían de funcionar los pulmones. Se le hincharía la lengua hasta asfixiarlo.

—La señora Koestler no tenía marido —dijo Blush—. Y no me extraña. Era una arpía.

Se acercó un puñado de pelo a la cara y se puso a hurgar entre los mechones, frunciendo el ceño cuando se encontró una cana.

—Una vez encestó desde el centro de la pista, tres puntos, y solo eso ya debería haberlo hecho popular, pero su madre era un hándicap que

ningún niño habría podido superar.

A veces Blush se detenía en mitad de alguna historia. Se levantaba, iba hasta el panel de la pared y apagaba el aire. Cuando cesaba el zumbido de los ventiladores y de las salidas de aire, se quedaba escuchando como si hubiera oído a alguien entrar en la casa. Estaban emparedados, a salvo de ataques nucleares, y a ella la ponía nerviosa que pudieran entrar a robar. Durante aquellos silencios tensos, las respiraciones de ambos recalentaban y humedecían el aire.

Después de escuchar un rato, de escuchar y pensar, encendía otra vez el aire acondicionado y se volvía a acomodar en su puf. Durante aquellas pausas parecía dedicarse a debatir consigo misma hasta dónde podía contar de su historia.

—¿Has oído hablar del síndrome de Munchausen? —preguntó ahora.

Foster asintió con la cabeza.

—Es cuando alguien cuenta mentiras fantasiosas. Normalmente sobre su salud, ¿verdad?

Blush sonrió al recordar algo.

—Una vez Lawton vino a cenar a nuestra casa. No probó ni un bocado. Me di cuenta de que le aterraba la comida. A mi madre le dio lástima.

El problema, le contó su padre, no eran solo los cacahuetes. Podían ser las avispas. Las picaduras de abeja. Un amigo suyo iba en la moto y una abeja chocó contra su cara. Nunca había sido alérgico, pero se le empezaron a inflar las mejillas. Comenzó a ver borroso y se le cerró la garganta. Y todo eso mientras iba en moto a velocidades de autopista. Aquel amigo de su padre se desvió hacia el arcén y frenó en seco, y en aquel momento vio su propia muerte, vio desaparecer el mundo real y sintió que la motocicleta derrapaba hasta caer sobre la grava. Cegado y asfixiándose, se desplomó. Le subió un dolor terrible por la pierna, pero no murió.

Según explicaron los médicos, le contó su padre, el tubo de escape candente de la moto le había quemado la pierna. Se la había quemado hasta el hueso. Y el subidón consiguiente de adrenalina natural le había atajado la reacción alérgica. El hombre se pasó cojo el resto de

su vida, pero por lo menos estaba vivo.

Había sido el padre de Blush quien había sugerido el síndrome de Munchausen por poderes. Después de la cena ella y su padre habían estado fregando los platos. Después de que Lawton Koestler se hubiera ido a su casa muerto de hambre. El Munchausen por poderes era una enfermedad mental y también una forma de maltrato infantil. Que hacía que un progenitor convenciera a su hijo de que era frágil. De que tenía alergia a todo, o bien sufría una enfermedad que lo debilitaba. Aquella explicación había sido demasiado para su cerebro de once años.

—Pensé que podía curarlo —dijo Blush.

Rodó hasta ponerse de costado, aplastando el puf, para poder mirar directamente a Foster.

—No siempre he sido devorada viva por criaturas del espacio exterior, ¿sabes? Me crie en Idaho. —Asintió con la cabeza como para asegurarle que no estaba mintiendo—. Montañas. Geodas.

De niña había practicado senderismo y acampada siempre que podía.

—Cuando era pequeña mi deseo no era que me despedazara un asesino con un hacha.

Quería ser gemóloga.

Foster se echó a reír.

—¿En serio? ¿Gemóloga?

—No te rías —dijo ella también riendo—. Idaho es conocido como el Estado de las Gemas.

Sin dejar de reír, Foster dijo:

—Perdona, estoy seguro de que habrías sido una excelente gemóloga… —Pero no consiguió decirlo con cara seria.

—Sabía reconocer los yacimientos de esquisto, de basalto y de astrágalo. —Tenía alma de científica. De forma que convenció a Lawton para que un sábado fueran de excursión, los dos solos. Ella se preparó su propio almuerzo. La madre de Lawton le preparó a su hijo uno sin frutos secos ni gluten, sin soja ni lactosa—. Y emprendimos el camino que lleva a la cima de Beech Mountain.

Miró a Foster sin decir nada. El momento se dilató como si Blush

estuviera poniendo a su interlocutor a prueba. Era una prueba para ver si él la iba a interrumpir y cambiar de tema, o si realmente la estaba escuchando y se implicaba en su historia. Foster dejó pasar unos minutos de silencio.

—No te rías —dijo ella—, pero yo antes sabía reconocer a todos los pájaros a simple vista. Y también por su canto.

Foster no se rio.

—Y también estaba hecha una auténtica princesa Disney. —El recuerdo hizo que pusiera los ojos en blanco—. Y planeé rescatar a Lawton Koestler de la misma forma en que el Príncipe Azul despertaba a la Bella Durmiente con un beso.

Blush había desayunado cacahuetes, un puñado de cacahuetes españoles. Cuando llegaron a la cima de Beech Mountain, cogió a Lawton por la cintura y lo besó en la boca. Al principio notó que su cuerpo se ponía rígido, pero cuanto más lo besaba, más se relajó él, hasta que empezó a devolverle el beso. Se estuvieron besando hasta que no les quedó más remedio que separarse para tomar aire. Los bosques y los prados se extendían en todas direcciones. Las águilas volaban en círculos por debajo de ellos, de tan alto que estaban en las montañas.

—Resulta que todo fue como en el otro cuento, el de Blancanieves, sobre todo la parte en que la bruja hace que Blancanieves muerda la manzana envenenada.

El beso de Blush había sido agradable. Un buen beso. Se besaron una segunda vez, y la boca de él sabía a leche, que es como les sabe a los chicos que son buenos en deporte. Blush no dijo nada, al menos de momento, pero estaba emocionada. No lo había curado, pero por lo menos había demostrado que no estaba enfermo.

Tenía planeado decirle que no estaba enfermo en cuanto llegaran a casa. Que no era débil. Que solo tenía una madre loca.

Blush Gentry volvió a esperar en silencio. Poniendo a prueba la atención de Foster. Quizá deseando que la interrumpiera y desviara la conversación hacia el hundimiento del cine, el crowdfunding, algo sin riesgo.

Como no lo hizo, Blush siguió hablando:

—No habíamos dado ni unos pasos por el camino de bajada cuando Lawton se puso a resollar…

Lawton tenía un bolígrafo, una especie de jeringa que llevaba encima para inyectarse en caso de sufrir una reacción. Pero estaban a finales de octubre, ya no quedaban abejas y ciertamente tampoco había cacahuetes de los que preocuparse, de manera que se había dejado el bolígrafo de inyecciones en la chaqueta, en el coche de la familia de Blush cuando su padre los llevó hasta el principio del sendero. No hacía nada de frío, así que no había creído que le fuera a hacer falta chaqueta.

Todo sucedió más o menos como había predicho su madre. Se le quedó la cara roja como un filete y se le hinchó la piel de alrededor de los ojos y la boca. Completamente irreconocible, empezó a luchar para respirar, tratando de arrancarse la camisa y arañándose los brazos y el flaco pecho enrojecido.

Blush intentó taparlo, mantenerlo caliente, aunque lo hizo más porque sentía vergüenza ante su desnudez y su angustia. Como si pudiera esconder el daño que había hecho simplemente haciendo que siguiera con la ropa puesta. Cuando ella le sugirió que podía bajar corriendo a buscar ayuda, Lawton le agarró la mano y le suplicó que no se fuera. El principio del sendero quedaba a muchos kilómetros, a horas de distancia, y no había ninguna garantía de que su padre estuviera esperándolos ya.

—Me pidió que no lo dejara solo —recordó Blush.

Lawton creía que iba a morir. Su respiración era como un silbido al pasar por la garganta inflamada e hinchada. Sabía que iba a morir y no quería morir solo.

Ella lo ayudó a tumbarse sobre las agujas de los pinos y confió en que aquella posición le fuera bien. Esperaba que aquello fuera como un ataque epiléptico y que al cabo de un rato Lawton volviera a estar normal. Pero al chico se le empezaron a cerrar los ojos de tan hinchados que los tenía, y no paraba de boquear en busca de aire. El pecho se le inflaba, retenía el aire y lo soltaba con un gemido, y con cada exhalación una erupción de gotitas de sangre salía de su garganta inflamada.

Hundida en su puf, Blush aguardó ahora en silencio, como pidiendo permiso a Foster para terminar su historia de terror. Ya no estaba contando una dulce historia para entretenerlo y para justificarse a sí misma. Ahora estaba compartiendo una carga que él debería llevar durante el resto de su vida. Le estaba infligiendo un castigo y esperando para oír si él lo aceptaba o lo rechazaba.

—La hinchazón le había cerrado los ojos, pero aun así Lawton levantó un brazo y susurró: «Papá». —Sus labios inflados y violáceos formaron una sonrisa e intentó incorporarse hasta sentarse, por mucho que Blush lo intentara mantener tumbado en el suelo—. «Es mi padre», insistió él, boqueando. «¡Ha venido a rescatarme!».

Foster habría deseado que ciertas palabras no lo cogieran por sorpresa. La palabra «papá», por ejemplo, lo dejó hecho polvo. No podría haberle dolido más ni aunque alguien hubiera diseñado aquella historia específicamente para torturarlo.

La Blush de once años no veía nada. El camino se extendía vacío en ambas direcciones. No les quedaba mucho rato de luz diurna, pero no soportaba la idea de dejarlo morir allí a oscuras. Un chaval de sexto enceguecido y afrontando la muerte a solas en un bosque oscuro.

No se le ocurrió pensar que quizá pronto ella sería una asesina de sexto a solas con el cadáver de su víctima en aquellos bosques en plena noche.

Fue entonces cuando le volvieron a la cabeza las palabras de su padre. La historia de la motocicleta y la picadura de abeja. La pequeña Blush encontró una caja de cerillas en su mochila. Le quitó a Lawton uno de los zapatos y el calcetín y le remangó la pernera del pantalón para desnudar la piel de una zona donde no le viera todo el mundo la cicatriz durante el resto de su vida. Estaba completamente segura de poder salvarlo. En vez de ser una princesa Disney, ahora era un personaje de Hans Christian Andersen. La Pequeña Cerillera. Pero en vez de reconfortarlo, cada vez que encendía una cerilla y acercaba la llama a la pierna de Lawton, el chico gritaba.

Foster apuró su copa y se sirvió otra.

En vez de salvar a Lawton, cada cerilla le traía olor a azufre y a carne quemada. La piel del tobillo se llenó de ampollas y se

resquebrajó. Se resquebrajó y borboteó. Borboteó y crepitó.

Desesperada, Blush encendió toda la caja de cerillas y se dedicó a torturarlo hasta que las llamas se apagaron y los sumieron en una oscuridad total: la Pequeña Cerillera de Andersen y su víctima.

En lugar de seguir salvando a Lawton Koestler, Blush Gentry se sentó a su lado y le cogió la mano. «Mis perros —deliró él con voz ronca—. ¡Papá, oh, papá!». Pero nada se acercaba. Solo el viento se levantaba entre los árboles mientras se apagaba la luz del día. Las hojas fueron cayendo hasta medio enterrarlos bajo una capa de color amarillo sucio.

Lawton Koestler se calmó. Sus resuellos se ralentizaron.

—¿No los puedes ver? —preguntó.

Blush no podía ver nada. La noche cae deprisa en las montañas, y ella también moriría como se estaba muriendo Lawton si se quedaba demasiado rato a la intemperie cuando bajaran las temperaturas.

En la habitación del pánico, a Blush se le quebraron las palabras y se las tragó y empezó a pasarse largos ratos callada. A partir de entonces empezó a hablar como si ya no le importara si Foster la escuchaba o no.

—Me contó que su padre había muerto de la misma alergia —dijo. Y que ahora el señor Koestler había venido para reunirse con su hijo y acompañarlo al otro mundo. Y que también estaban presentes los perros. Los perros de la familia, que habían muerto cuando Lawton apenas había aprendido a caminar, pero aun así habían venido ahora para guiarlo y reconfortarlo.

En la mente de Foster apareció fugazmente la niña misteriosa del vídeo de seguridad, que parecía estar guiando a su Lucinda a un lugar seguro, aunque lo más seguro era que la estuviera llevando a la muerte.

Y durante todo aquel tiempo la pequeña Blush Gentry, aquella aspirante a gemóloga, tuvo a Lawton cogido de la mano, a medida que esa mano se iba quedando fría y la respiración del chico se iba debilitando. Quería confesarle lo del beso, que había comido cacahuetes antes del beso, y lo del Príncipe Azul rescatando a la Bella Durmiente, pero era incapaz de interrumpir lo que él le decía sobre los

perros que ella no podía ver o sobre el padre que no estaba allí. La mano con que Lawton aferraba la suya se endureció hasta convertirse en un grillete, y su cuerpo pesaba demasiado para moverlo. Blush sabía que aquel viento que soplaba entre los árboles toda la noche podía hacer un sonido parecido al de alguien que viniera a rescatarlos. Y que, al mismo tiempo, podía sonar como un puma que acechaba a su presa.

Derrotada por su propia historia, Blush dijo:

—Por eso dejo que los caimanes me despedacen, desnuda. —Y echó mano a su vaso de ron con Coca-Cola.

Mitzi fue a coger los gemelos de oro con incrustaciones de rubíes.

—Esos no. Ni soñarlo —le dijo Schlo—. Esos quiero que sean para mi hijo. —Agitó con un chapoteo el martini que tenía en la mano para señalar un par de gemelos con incrustaciones de piedras verdes—. Si te parece bien, llevaré los de malaquitas.

Los gemelos, junto con varios alfileres de corbata de formas variadas, por no mencionar los broches extra de su camisa de esmoquin y la flor para el ojal, estaban desplegados sobre una bandeja recubierta de terciopelo que había encima de la cómoda de su dormitorio. Mitzi estaba cogiendo los de malaquitas cuando se vio reflejada en el espejo de la cómoda.

Señalando la bandeja con un dedo, Schlo dijo:

—El Piaget tampoco. Llevaré el Timex, por si acaso.

En el espejo había una mujer de veintimuchos, quizá treinta años. El pelo rubio se le estaba oscureciendo un poco. Se le había adelgazado la cara redonda, marcándole los pómulos y resaltándole los ojos. Se la veía más guapa. El embarazo tenía ese efecto.

—¿Tengo pinta de asesina? —preguntó.

Schlo echó un vistazo a su reflejo.

—No te comas la cabeza —le dijo—. ¿No ves que no matarías ni a una mosca? —Se subió la manga de la americana y tendió la mano hacia Mitzi.

Ella le replegó el puño francés de la camisa e hizo coincidir los

agujeros. Puso el gemelo en su lugar y abrió el cazonete. Cogió el otro gemelo.

Schlo la miró como si estuviera intentando decidir si aquello era una historia o una confesión. Y si era algo que él quería oír. Sonrió.

—No me hagas reír o empezaré a sudar. —Movió el voluminoso torso enfundado en la camisa de esmoquin.

Mitzi le abrochó el segundo gemelo. Se acordó de que también solía ayudar a su padre a vestirse en las noches especiales como aquella. La ceremonia de los Óscar, menuda noche. Y en una ocasión incluso había ido con él, con su padre, aunque no hubo una segunda. Nunca más. No después de que todos los asistentes sentados a su alrededor se levantaran y se marcharan del auditorio. Los ocupantes de las butacas vecinas habían levantado el campamento para ver la ceremonia desde el salón, por los televisores del bar. Y cuando los extras habían llenado las butacas vacías, aquellos aspirantes a actores vestidos de punta en blanco, e incluso cuando aquellos don nadies con ganas de chupar cámara se habían puesto de pie incómodamente y se habían alejado, Mitzi Ives había sentido una vergüenza que solo podía sentir una hija. Había sabido que las cámaras de televisión nunca enfocarían en su dirección, no correrían el riesgo de revelar una pequeña zona de asientos vacíos en aquel patio de butacas por lo demás abarrotado de gente ilustre de Hollywood.

No, Mitzi ya nunca le había vuelto a suplicar a su padre que la llevara. Pero sí que le había ayudado a ponerse los gemelos, y hasta había aprendido a hacerle el nudo de la pajarita. Y esa noche estaba haciendo lo mismo por Schlo.

El televisor del dormitorio mostraba a las multitudes congregadas en ese momento delante del Dolby Theatre. Las gradas que flanqueaban la alfombra roja y los equipos de televisión estacionados a intervalos para entrevistar a los invitados que llegaban.

—Tu padre… —dijo Schlo, frunciendo el ceño a su propio reflejo en el espejo—. A él sí que me lo imagino como un asesino.

Mitzi le subió las lengüetas del cuello de la camisa y le rodeó el cuello con la corbata. Entrecruzó las dos puntas y trató de equilibrar las vueltas.

La película del grito había sido nominada al Mejor Sonido. No es que estuviera nominada por lo buena que era, sino por una pura cuestión de política, porque la industria necesitaba demostrar que no había lanzado una película de terror que ya había aplastado bajo el cemento a casi tres mil adolescentes, si combinabas la tragedia del Imperial con lo que había pasado antes en Detroit. Daba igual que lo llamaran sobrecarga de nieve o un minúsculo terremoto que había afectado a una sola manzana, los periodistas estaban informando de lo que les mandaban informar los dueños de los medios.

No todos los pases habían terminado en desastre. En muchas proyecciones en otras salas no había pasado nada, pero dos casos ya eran suficientes para ahuyentar a la mayoría de la gente de los cines.

Esa noche iba a comparecer todo Hollywood, reclutado a la fuerza para hacer de cobayas humanas. En un gran acto de fe, iban a ver todos juntos la escena del grito, todas las estrellas con sus mejores galas y joyas de diseño prestadas. Solo para demostrar al mundo que ir al cine no era peligroso.

Aun así, la mujer de Schlo se había quejado de que le dolía la espalda para poder quedarse en casa. Y Schlo no llevaba los gemelos de rubíes. Ni el Piaget. Su hijo, el hijo de Schlo, estaba abajo, en el sótano, sin permiso para asistir. Mort, que todavía iba a los Cub Scouts, estaba llorando desconsolado.

Mitzi se afanó con la pajarita. Equilibrando las dos vueltas. Ajustándola para que quedara erguida pero no lo bastante floja para que cayera hacia delante.

—¿Te he hablado alguna vez del día en que fui un héroe? —le preguntó ella.

Era una historia que no había contado nunca a nadie, pero ahora le parecía seguro contársela a Schlo. Sobre todo esa noche, antes de que él fuera camino del paredón. Tanto Schlo como el resto de Hollywood iban a recorrer aquella alfombra roja a sabiendas de que quizá se estaban metiendo en una fosa común. Mitzi podía arriesgarse a contárselo.

—Intenté ayudar a una niñita. —Le alisó las solapas del esmoquin con las yemas de los dedos—. La conocí en un edificio del centro,

donde se había perdido. —Mitzi cogió la flor de la bandeja forrada de terciopelo y se la prendió al ojal con un alfiler—. Yo tenía doce años, y la niña, aquella niña perdida, tenía siete. No supe qué otra cosa hacer.

Todas aquellas maquinaciones para poner a Schlo de punta en blanco la estaban haciendo sentirse como una empleada de pompas fúnebres. Como cuando una tanatopractora emperifollaba a un cadáver.

Schlo se sacó una billetera del bolsillo de detrás. Sacó un par de tarjetas de crédito y todo el dinero en metálico, y lo dejó todo encima de la cómoda. Volvió a meterse la billetera en los pantalones, sin más contenido que su permiso de conducir.

Mitzi hurgó en su bolso en busca de un puñado de pastillas y se las echó en la palma ahuecada de la mano. Schlo pescó un par y se las tragó con un sorbo de martini. Luego cogió dos más y las hizo bajar con lo que le quedaba de la copa.

—Y ahora dime. —Se sentía distendido, magnánimo, un hombre generosamente drogado sonriéndole como si fuera su hija—. ¿Cómo te convertiste en el héroe de aquella niña perdida?

Lo peor no se lo podía contar, al menos mientras el coche de alquiler esperaba para llevarlo al teatro. ¿Para qué atormentarlo durante sus últimas horas de vida?

En vez de eso, Mitzi cogió un peine de la cómoda y le enderezó la raya del pelo. Le pasó el peine por los lados y por la nuca.

—Me llevé a la niña a que conociera a mi padre —dijo. Una escama de caspa cayó de la oreja de Schlo. Mitzi se inclinó para sacarles brillo a los broches de la camisa, usando su aliento y un pañuelo de papel—. Pensé que mi padre la podría ayudar.

En las imágenes de la televisión, el primero de los coches ya estaba llegando a las puertas del teatro. Los primeros invitados se bajaron y recorrieron la alfombra roja, con los labios azulados y los ojos dilatados por los sedantes que se habían tomado para superar su miedo. Un desfile tambaleante de zombis enjoyados. Toda la realeza de Hollywood, dando tumbos por la alfombra roja y sonriendo con unas sonrisas indolentes, demenciales y babeantes.

Y pronto Schlo entraría caminando tambaleante en el edificio junto con los demás. La marcha fúnebre más glamurosa de la historia.

Mitzi miró el televisor. Una joven actriz con vestido de noche, blanca y diáfana como una virgen sacrificial camino de ser arrojada a un volcán, tropezó y cayó de rodillas sobre la alfombra roja. Con la cara surcada por las lágrimas, levantó las manos enjoyadas para apartar a quienes intentaban ayudarla a ponerse en pie. Mientras dos guardias de seguridad trajeados la cogían por las axilas y se la llevaban a rastras hasta las puertas del teatro, la cámara mostró a un presentador sonriente.

Mitzi se acordó de algo y volvió a buscar dentro de su bolso. En vez de pastillas, sacó un paquete precintado de tapones para los oídos. En caso de que pasara algo, tal vez el hecho de no poder oírlo le diera a Schlo una oportunidad de salvarse. Como cuando Odiseo tapó los oídos de su tripulación con cera. Si no oía a las sirenas, quizá Schlo pudiera escapar. Le ofreció el paquete como deseando que él lo aceptara.

Schlo echó un vistazo a los tapones y después a ella, y por fin los cogió y se los guardó en el bolsillo. Grogui y con mirada soñolienta, prosiguió con sus preguntas:

—¿Y cómo ayudó tu padre a aquella niña perdida a la que llevaste a casa?

La habitación del pánico era toda una *suite* del pánico, provista de cinco habitaciones con dos baños completos. Uno de ellos con bidet. Pero después de pasar unas semanas allí escondidos, e incluso haciendo incursiones al resto de la casa, los empezó a acechar la claustrofobia. Tal como había dicho Blush, hasta una casa grande era un mundo muy pequeño.

Esa noche estaban sentados juntos viendo la televisión. En la pantalla, a una joven con vestido de noche blanco resplandeciente le fallaban las piernas. Y caía de rodillas sobre la alfombra roja.

—La conozco —dijo Blush, señalándola con el dedo—. No me acuerdo de cómo se llama. Es la protagonista de la película esa de la

guerra de Secesión donde la apuñalan.

En la pantalla, dos ayudantes con trajes negros y gafas de aviador de espejo agarraron a la actriz por los codos y se la llevaron a rastras en dirección al gran auditorio. Vieron que se le caía primero un zapato plateado de tacón de aguja y después el otro, y que los dos quedaban atrás sobre la alfombra mientras la joven colgaba lánguida entre los dos hombres que la ayudaban.

Blush sonrió burlona.

—Parece que alguien se ha pasado con los cócteles de antes de la fiesta.

Ninguno de los miembros de la realeza de Hollywood parecía demasiado contento. La mayoría iban dando tumbos, tambaleándose, con los ojos drogados y entrecerrados. Unos pocos lloraban, llevando rosarios o ristras de cuentas entre las manos juntas en gesto de rezar. Algunos aspirantes a Óscar llevaban Biblias. ¡Biblias!, se maravilló Foster. Como si fueran prisioneros condenados de camino a la guillotina. Blush nunca había visto aquel nivel de nerviosismo en los Premios de la Academia.

En la pantalla del televisor, un famoso héroe de películas de acción se quedó petrificado en las puertas del gran auditorio. Cuando dos fornidos acomodadores uniformados se le acercaron para ayudarlo a entrar, aquel enorme hombretón se aferró al marco de la puerta. En algo que solo podía ser un número cómico de slapstick, un tercer acomodador se acercó corriendo y golpeó al apuesto actor en toda la cabeza con una cachiporra. Y pareció que lo dejaba inconsciente. Reduciéndolo a un pelele encogido con ropa de gala. Foster nunca había visto aquella modalidad tan original de humor físico en la gala de los Óscar, y se preguntó si la Academia estaría experimentando con dobles de acción para hacer subir sus índices de audiencia.

Al cabo de un momento, Blush gritó:

—¡Ahí está Schlo!

Foster miró.

—Ya sabes —dijo ella—, el tipo que produjo *Baño de sangre de niñeras*.

Foster miró más de cerca. Aquel era el hombre cuya voz sonaba a

eructos.

Blush se acercó hasta tocar el televisor. Su amigo productor caminaba dando precarios tumbos en la cola de la procesión.

—Fue él quien contrató a la especialista en efectos de sonido que hizo mi grito —dijo.

Schlo se giró lentamente para mirar hacia la cámara principal. Como si estuviera mirando directamente a Blush, pareció que le lanzaba un beso antes de cruzar tambaleante la puerta y desaparecer de la vista.

TERCERA PARTE

EL GRITO PERFECTO

Sonó el timbre. El de la puerta de entrada, la puerta de la calle. Un sonido que Mitzi casi había olvidado, de tanto tiempo que llevaba sin oírlo.

Llevaba días ocupada revisando su inventario de cintas. Con la esperanza de encontrar la copia maestra del grito. La versión débil y confusa que la gente había podido oír en la retransmisión televisada de la noche de los Óscar había sido un simple chillido agudo, engullido al instante por los aullidos combinados de miles de personas y por el chirrido electrónico de la retroalimentación del micrófono. A juzgar por el efecto, debía de haber sido una buena grabación, pero había desaparecido sin dejar rastro.

Los sistemas límbicos sincronizados de tres mil quinientas personas. Todos aguijoneados para entonar la misma nota, como perros aullando al son de un camión de bomberos. Alcanzando la frecuencia perfecta y el volumen necesario para destruir un edificio como si fuera una copa de champán.

Era lo mismo que cuando veinte mil fans se subían al mismo carro límbico durante un concierto de rock. Compartiendo el mismo momento de eufórica química cerebral. O lo mismo que cuando cincuenta mil hinchas abarrotaban un estadio de fútbol americano para compartir el gigantesco subidón límbico de una anotación que valía un partido. Un subidón al que no tenían acceso si se quedaban sentados a solas en su casa delante del televisor.

El grito de Jimmy había convertido en arma las reacciones emocionales de la gente. Había utilizado su terror. Pobre Schlo.

Una lucecita parpadeaba en el teléfono de Mitzi indicando que tenía un nuevo mensaje de voz. Una última despedida. Como aquellos mensajes que había dejado la gente antes de tirarse de las torres del World Trade Center. El teléfono mostraba que el mensaje de voz

duraba cincuenta y tres segundos. Los últimos cincuenta y tres segundos de la vida de Schlo; no era capaz de escucharlos, todavía no.

Llevaba días dejando que aquella luz parpadeara.

Desde la cabina de sonido, Mitzi observaba los acontecimientos televisados en directo con el volumen apagado.

Blush Gentry había aparecido dando tumbos de la nada, sin más ropa que una combinación de seda blanca reluciente. Había acaparado la atención de los medios y las emociones de diez millones de espectadores en directo. Un mundo hambriento de un rayo de sol, aferrándose a ella. Una ambulancia avanzaba abriéndose paso lentamente entre la nutrida multitud. Blush saludaba débilmente a las cámaras con la mano, arropada en brazos de unos líderes religiosos que habían abandonado sus panegíricos para ofrecerse como participantes de una historia mejor. Era toda una *pietà*, aquella mujer casi desnuda ensalzada por sacerdotes con alzacuellos, rabinos barbudos e imanes con turbante.

Mientras los ojos de Mitzi veían cómo la ambulancia se llevaba a Blush, sus oídos escuchaban. Revisando con los auriculares un grito detrás de otro. Solo necesitaba oír un instante de cada uno para saber que no era el de Jimmy.

Después de cada fracción de grito, cambiaba de pista para oír un fragmento del siguiente. Hasta que le pareció escuchar algo que no era un grito, sino un ruido de fuera de los auriculares. Pulsó el botón de pausa. Levantó un lado de los auriculares.

Escuchó la sala acústicamente muerta. El interior de las paredes había sido rellenado con grava gruesa para amortiguar cualquier eco. El único ruido que pudo oír era el zumbido eléctrico de su propia cabeza, el tono ambiente de lo que comportaba ser un ser humano vivo.

En la pantalla del televisor, las multitudes se agolpaban frente a las barricadas de la policía.

Mitzi se ajustó de nuevo los auriculares, pero volvió a oír el ruido. Había algo sonando por detrás de los gritos y que no formaba parte de ninguna grabación. Estaba captando el sonido de algo.

Dejó de escuchar y se quitó los auriculares para prestar atención a

aquel ruido nuevo.

Comprobó la cámara de la puerta de la calle. Frente a la puerta había un desconocido con cuerpo de papá, un vendedor ambulante sin maletín de muestras. Tampoco iba vestido con severidad de predicador callejero. Mitzi pulsó el botón del interfono.

—¿Sí?

El hombre miró a su alrededor hasta encontrar la cámara que había instalada en la pared por encima de él.

—Hola. ¿Es aquí Efectos de Sonido Ives?

El hombre que mostraba la cámara llevaba unas gafas a lo Buddy Holly con unas lentes tan gruesas que le ampliaban los ojos hasta llenar todo el espacio enmarcado por la montura. Llevaba un corte de pelo de chico bueno, con raya a un lado y rasurado a la altura de las orejas. Zapatos decentes. Una cara atractiva de catálogo. Tenía un aire familiar, como si Mitzi lo hubiera visto en las noticias. Proyectando la voz en dirección a la cámara, el hombre dijo:

—Necesito un grito. Dicen que son ustedes los mejores.

A Mitzi la perseguía la idea de que todos invocamos nuestra propia muerte. Algunos en los momentos de mayor sufrimiento. Otros, en cambio, invocan a la muerte en los momentos de mayor amor y felicidad, conscientes de que esos instantes son un clímax que ya nunca volverán a alcanzar.

Tal vez, después de tantos años pateándose sórdidos garitos y coqueteando en salones de billar con los hombres más arrastrados, la muerte acababa de llamar a su puerta. Luciendo gafas.

Mitzi cruzó la cabina de sonido, salió al pasillo y subió las escaleras que llevaban al nivel de la calle. Al abrir la puerta, dio un respingo. A menos que tuviera un hermano gemelo, conocía a aquel hombre.

El hombre la contempló con ojos estupefactos a través de sus gafas. La cara se le petrificó en mitad de una exclamación ahogada.

Era el mismo de las noticias. El maníaco que había secuestrado a Blush Gentry.

Blush había reconocido la cara en el teléfono de Foster, pero no había

conseguido ponerle nombre. A fin de no sentirse completamente inútil, le había escrito una lista de estudios locales de efectos de sonido. Eran empresas tradicionales que llevaban funcionando desde siempre. También le había enseñado a acceder a la habitación del pánico, por si necesitaba volver a esconderse allí.

De forma apresurada le prometió que arreglaría las cosas con el banco, y entonces podrían vivir en la casa de forma legítima.

Para devolverle el favor, Foster se dedicó a arrancar pedazos de cinta adhesiva vieja de los asientos de su Dodge Dart de mil quinientos dólares. Luego se los puso con ingenio en torno a las muñecas y los tobillos, haciendo jirones los extremos para que parecieran roídos y mordidos.

Como si fueran una pareja más de las que van en coche a diario a trabajar, condujeron hasta Hollywood y se detuvieron a unas manzanas del colosal funeral que se estaba celebrando en torno al foso que había sido el Dolby Theatre. Descalza y vestida con su segunda mejor combinación de Victoria's Secret, Blush le dio a Foster un beso de despedida. A lo largo de las semanas que habían pasado allí escondidos, ella le había cortado el pelo varias veces. Asimismo, Foster le había lavado el suyo y le había retocado las raíces. Y como todo lo que tuviera que ver con el pelo eran preliminares, habían terminado teniendo sexo en la habitación del pánico. Sexo para matar el rato. Sexo de ese que se tiene cuando no dan nada en la tele.

Sexo de síndrome de Estocolmo. Aunque seguía estando abierta a debate la cuestión de quién tenía secuestrado a quién.

Se habían despedido con un beso en el coche y Blush se había alejado renqueando hacia las multitudes dolientes. A punto de convertirse en una sensación.

Por su parte, Foster se había puesto su mejor corbata y la última camisa limpia que le quedaba en la maleta. La misma maleta que había preparado meses atrás para un viaje que nunca llegó a hacer a Denver. Un viaje que quizá la misma Lucinda se había encargado de malograr. Con la lista en la mano, había pasado por varios de los estudios de efectos de sonido. La puerta de Efectos de Sonido Ives estaba en una callecita estrecha y apartada, casi un callejón, entre las

entradas traseras de un restaurante asiático y un almacén de neumáticos. El único espacio para aparcar estaba entre contenedores de basura.

Remachado a una pared de cemento había un letrero que decía «Efectos de Sonido Ives»; tenía la pintura descascarillada y un grafitero le había tapado la mitad con pintura en espray.

Después de buscar un rato, al final Foster encontró un botón escondido en el marco de la puerta. Lo pulsó con fuerza, pero no oyó nada procedente del interior. No era de extrañar. El edificio parecía de hormigón macizo, vertido en capas y con el grano de la madera de los moldes todavía visible tanto tiempo después de su construcción.

Pulsó el botón enérgicamente. Al otro lado de la puerta no se movió nada.

Los contenedores apestaban. El suyo era el único coche que había en la calle, y a Foster le preocupó que no estuviera seguro en aquel lugar. Volvió a presionar con fuerza con el pulgar.

Esta vez sí que contestó una voz:

—¿Sí?

Una voz femenina. El sonido venía de más arriba, de manera que Foster levantó la vista para encontrar una cámara instalada muy por encima de la puerta. Se pasó una mano por la corbata para alisársela y habló dirigiéndose a la cámara.

—Necesito un grito. Dicen que son ustedes los mejores.

La voz de ella sonó rasposa y mecánica a través del pequeño altavoz.

Durante un momento largo no se oyó nada más. Ni pasos. Ni voces. Por fin un traqueteo metálico sugirió que alguien estaba descorriendo cerrojos. Moviendo a un lado recios barrotes de seguridad. Seguido de un ruido de desenganchar de cadenas. La puerta se abrió hacia dentro.

En el umbral apareció una mujer de veintimuchos años, quizá treinta. El pelo rubio pero un poco más oscuro de lo que él había esperado. Si no era la versión adulta de la secuestradora de Lucinda, entonces era su hermana. Quizá fuera su imaginación, pero le pareció que la mujer daba un respingo al verlo. Abrió mucho los ojos y pareció apretar los dientes.

Después de aquella pausa incómoda, la mujer le tendió la mano.

—Hola —dijo.

Ninguna de las imágenes de la dark web habían preparado a Foster para aquello. Una mujer bajita y embarazada. Muy embarazada. Llevaba unos auriculares en torno al cuello, con un largo cable colgando.

La rabia que Foster llevaba tanto tiempo reteniendo en su interior pareció inflamarse en sus manos. Los planes que había hecho para quemar viva a aquella persona, para desollar a quien le había robado a su hija, toda aquella furia se le inflamó en los dedos por un momento. Foster podría haberla estrangulado en aquella misma puerta. Podría haberle aplastado el cráneo de un puñetazo. Apenas parecía más grande que la niña a la que había visto llevándose a Lucinda en el vídeo de seguridad.

Y sin embargo, su mano se encontró con la de ella, se la estrechó y se la soltó.

—Me llamo… Soy Gates Foster.

—Hola —dijo la mujer de la puerta—. Soy Mitzi Ives.

Mitzi le hizo un gesto para que entrara. Indicándole los escalones de cemento que llevaban al estudio de sonido. Foster giró la cabeza lentamente para contemplar el equipo de grabación y las redes de cables y conexiones que empalmaban los distintos componentes de fabricación casera. Era una auténtica cueva, con estalactitas en forma de micros colgando en densos puñados del techo en penumbra. Las estalagmitas eran grupos de micros de suelo que se elevaban a alturas diversas. El centro de la cabina lo ocupaba la mesa. El panel de mezclas llenaba la mayor parte de dos de las paredes: hileras y más hileras de diales, interruptores y medidores cuyas agujas palpitantes registraban cada uno de sus pasos y respiraciones.

Siguiéndolo de cerca, Mitzi le espetó:

—¿Qué te parece si dejas de contarme más trolas?

Lo miró mientras él curioseaba.

—Ya le he dicho a tu gente que lo que vendo es la licencia del grito.

Nunca vendo la copia maestra.

El tal Foster dio una vuelta a la sala, ladeando la cabeza hacia atrás, maravillándose ante los paneles del equipo, ante lo antiguo y analógico que era todo, olisqueando el aroma a quemado de los tubos de vacío recalentados y la fragancia persistente de la lejía.

—Lo siento, señora —dijo—. No sé de qué me está hablando.

Mitzi le soltó:

—Es el grandioso producto de vuestra larga cadena de gloriosos hombres. —Y recalcó con saña la palabra «hombres».

El tal Foster se encogió de hombros. Había matado a Schlo. Había matado a todos los asistentes al Dolby Theatre. Fueran cuales fueran sus razones, había matado a la industria entera del cine.

Mitzi se acercó a la mesa de mezclas y agarró un fajo de páginas que había imprimido de internet.

—El desastre por resonancia —dijo—. Ese es vuestro juego.

Y leyó en voz alta la crónica de lo sucedido en 1850 en el puente de Angers, cuando los soldados habían desfilado a paso de marcha y habían creado una vibración tan fuerte que había hundido el puente y matado a más de doscientos de ellos. Mitzi agitó las páginas ante él. Se puso a despotricar sobre la catástrofe de las pasarelas elevadas del Hyatt de Kansas City, que en 1981 se vieron tan abarrotadas de bailarines, de tantos bailarines haciendo el Lindy Hop de manera sincronizada, que aquellas pasarelas se habían venido abajo, acabando con ciento cuarenta vidas.

Luego apartó una silla y se la acercó a Foster para que se sentara. Cogió un Ambien del plato de esmalte alveolado que había sobre la mesa de sonido y se lo metió en la boca. Notó en la lengua su lisa y suave promesa antes de morderlo con las muelas y pulverizarlo. Levantó una botella de vino, luego otra, y otra, antes de encontrar una que no estuviera vacía. Le sacó el alambre del corcho y el papel de aluminio y preguntó:

—¿Champán?

El tal Foster apartó la vista.

—No creas que no sé por qué estás aquí, Míster Agente Secreto. —Descorchó la botella—. Diría que has venido a atar cabos sueltos. Y

supongo que yo soy un cabo suelto, ¿verdad?

Tenía las páginas impresas amontonadas a un lado sobre la mesa de mezclas. Les dio un codazo y los papeles se desparramaron por el suelo.

Sacó tres copas de champán de un estante y sopló para quitarles el polvo. Se sintió como una bruja, sirviendo el champán en copas sucias. Moviéndose tambaleante por el sótano helado. Le ofreció a su visitante una copa de champán. Foster la cogió, pero no bebió.

Mitzi bebió de su copa para demostrar que no había peligro. Champán y somníferos, esa era la dieta con la que estaba criando a su bebé.

El tal Foster bebió de la suya. La copa le dejó una línea de suciedad sobre el labio. Se limitó a encogerse de hombros, como diciendo «A mí que me registren».

—Estoy buscando un grito en concreto que se usó en la película *Baño de sangre de niñeras* —dijo.

Volvió a sonar el timbre. El ruido atrajo la atención de Mitzi hacia la imagen que ahora se veía en el monitor. Una vista de la acera de delante de la puerta de entrada al edificio. Allí esperaba una mujer joven con el pelo oscuro y ondulado, largo hasta los hombros. Alrededor del cuello llevaba un resplandeciente collar doble de perlas naturales. La figura de pie frente a la puerta levantó el dedo para pulsar un botón que había en el marco.

—Me tienes que disculpar —dijo Mitzi—. Estoy esperando a alguien para una sesión de grabación. —Se acercó a un micrófono y dijo—: Adelante, por favor. —Pulsó un botón. Se abrió una puerta en lo alto de las escaleras. Se oyeron unos pasos que bajaban.

Tanto la actriz como el desconocido, aquel Gates no sé qué, se quedaron de piedra al verse. Después de aquel momento de vacilación, la actriz dio un paso adelante. Extendió la mano y dijo con determinación:

—Me llamo Meredith. Meredith Marshall. Y vengo a hacer la prueba de casting.

Foster aceptó su mano. Luego apartó la suya de golpe, como si la joven le hubiera aplastado los dedos.

Mitzi se acercó a la mesa de mezclas y trajo la tercera copa de champán. Se la ofreció a la recién llegada y le preguntó:

—¿Te apetece una copa antes de leer tus líneas de diálogo?

Para evitar hacer las presentaciones, Mitzi dijo en tono frío:

—El señor Forester…

—Foster —la corrigió él.

—El señor Foster —repitió Mitzi— ya se iba.

Y Foster se marchó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Si avisaba directamente a aquella Lucinda de que la especialista en efectos de sonido era una secuestradora o algo peor, ya nunca encontraría a su hija. De todas maneras, ella tampoco le creería. No después de que él la hubiera amenazado con una pistola. Y la hubiera humillado.

De manera que se marchó del estudio. Condujo de vuelta a la casa incautada por el banco en lo alto del risco. Apartó el tablón de madera contrachapada que ocultaba la puerta de entrada. Cruzó las enormes estancias polvorientas. Usó el teléfono fijo de la habitación del pánico para llamar a un número que se sabía de memoria.

—Talents Unlimited —respondió una voz.

—Hola —dijo Foster—. Soy el socio número 4471.

La voz, una voz masculina, le pidió una contraseña.

—Asado —contestó Foster.

La voz se suavizó, amable.

—¿Qué puedo hacer por usted, mi querido señor Foster?

—Llamo por la chica de siempre —empezó Foster. Se acercó al televisor de la sala y lo encendió. Le quitó el volumen—. Siempre reservo a la misma chica.

Un ruido de teclas llenó la pausa de la línea telefónica. En la pantalla, Blush Gentry estaba sentada en una cama de hospital, rodeada de ramos de flores. Nubes de orquídeas y rosas. Un escenario casi idéntico al funeral de Lucinda.

—Lo siento, amigo —dijo el hombre del teléfono—. Su chica ya está reservada.

Foster vio a Blush atusarse el pelo y batir las pestañas en la pantalla

del televisor. Un tubo de plástico transparente alimentaba una aguja clavada en su brazo. Fueran cuales fueran los calmantes que le estaban dando, hacían que su cara se viera aún más suave y relajada. Ladeó la cabeza, dejando al descubierto su encantador cuello y el escote que asomaba de la parte superior de su batín de encaje.

—Por eso mismo llamo —dijo al teléfono—. Acabo de verla con una gente que tenía bastante mala pinta. Es posible que esté en aprietos.

Un titular que pasaba por la parte inferior de la pantalla anunció que el crowdfunding para pagar los gastos médicos de Blush ya había superado los tres millones de dólares.

El hombre del teléfono se rio.

—Es justamente lo contrario —dijo—. Su chica se ha presentado a un casting de verdad.

En su cama de hospital, Blush recibió un ramo enorme de lirios. A juzgar por la serenidad y elegancia de su cara y sus gestos, debía de estar tomando unos calmantes realmente potentes. No paraba de tocarse suavemente las mejillas y los labios con la yema de los dedos, como si buscara a tientas pruebas de que seguía viva. Los miembros de la prensa se inclinaban muy cerca de ella, como si estuviera contestando a sus preguntas en susurros.

Sin soltar el teléfono fijo, Foster mandó un mensaje de texto a la chica, a la última Lucinda. O Meredith. Ninguna de las dos contestó.

—¿Me oye? —dijo el hombre del teléfono—. Este va a ser el salto a la fama de nuestra chica.

Le contó que una directora de casting había estado haciendo llamadas. Que una directora de casting los había estado llamando por teléfono y enviando correos electrónicos, intentando reservar a una chica con la misma edad y aspecto que la imagen de una chica desaparecida que aparecía en los cartones de leche.

La chica de la cama se movió. Parpadeó lentamente y sus labios se curvaron en una sonrisa aturdida y sin sentido. Retorció los brazos y las piernas, tensándolos contra la soga que le amarraba las muñecas y los tobillos a los postes de la cama.

Mitzi bajó un Shure Vocal SM57 hasta casi tocar con él los labios de la chica. A su lado esperaba un micrófono de cinta de la vieja escuela. Orientados hacia allí desde otras direcciones había micros de lata. Del techo colgaba un micro de escopeta. Todos conectados a sus preamplificadores respectivos. Mitzi aguardó a que la chica hablara, esperando el momento en que las agujas subieran de golpe en cada uno de los sonómetros.

Las agujas saltaron en el momento en que habló la chica.

—¿Estamos filmando ya? —Le dedicó a Mitzi un guiño a cámara lenta, subacuático. Levantó el mentón y bajó la vista para mirarse los pechos al descubierto, el cuerpo completamente desnudo.

Mitzi le acercó más uno de los micrófonos.

—Te has quedado dormida mientras hablábamos —dijo.

Verificó la lectura de un monitor y retiró un poco otro micro.

—Necesito comprobar los niveles —prosiguió—. ¿Puedes contarme lo que has desayunado?

Todavía grogui por los sedantes, la chica levantó la cara hacia el Shure. Mirándolo tan de cerca que se le pusieron los ojos bizcos, empezó a decir:

—Almendras… yogur…

Mitzi masticó otra pastilla de Ambien y se quitó el sabor de la boca con champán. Se planteó si debería reajustar los niveles al tono ambiente.

—¿Sabes qué es el grito Wilhelm, cariño? —insistió Mitzi. La mirada de la chica encontró la suya.

La chica dijo que no con la cabeza.

Mitzi le soltó el sermón estándar. El hecho de que la gente ordinaria lo daba todo de sí, pero nunca llegaba a ver los enormes beneficios que generaban su vida y su muerte. Que hoy en día hasta los momentos más íntimos de nuestras vidas se reproducían y se vendían como artículos de consumo.

La chica soltó una risita.

—No siempre —dijo. Forcejeó con las cuerdas que la inmovilizaban, no tanto para soltarse como para estirar los músculos. Las agujas de los sonómetros saltaron cuando dijo—: Wylie Gustafson.

Con un susurro gangoso, la chica le habló de un cantante de country que trataba de abrirse camino y que había venido a Los Ángeles en la década de 1990 en busca del éxito. En un mundo de hip-hop y de rap, su estilo melódico de música con raíces no triunfaba. Acabó trabajando para la industria publicitaria y grabando un gorgorito para el anuncio de una start-up tecnológica, un gorgorito de tres notas. Le pagaron seiscientos dólares por un solo uso de la grabación. Dos años más tarde se oyó a sí mismo soltando aquel gorgorito durante la retransmisión de la Super Bowl, contrató a un abogado especialista en derechos de autor y puso una demanda por cinco millones de dólares. En la actualidad dirige un gigantesco rancho ecuestre que se compró con la indemnización.

La chica esbozó una sonrisa evocadora.

—A su caballo le puso de nombre Yahoo.

Mitzi no pudo reprimir una sonrisa. Por una vez resultaba agradable oír una historia de Hollywood con final feliz. Un caso en el que David ganaba a Goliat.

Se enfundó un guante de látex en una mano. Mirando cómo palpitaban suavemente los sonómetros, se puso el segundo guante y empezó a recogerse el pelo por debajo de un gorro de cirujano. Se sirvió otra copa de vino y dio unos cuantos sorbos acompañados de una pastilla.

Acababa de empezar el efecto secundario típico de la pastilla, la euforia maníaca. Mitzi estiró el brazo y acercó ligeramente el micro de escopeta a la boca de la chica.

—Ahora dime, por favor, qué más has desayunado hoy —le pidió.

Con la voz reducida a un jadeo, la chica dijo:

—Café solo…

Mitzi abrió un paquetito de plástico donde venían dos tapones de espuma para los oídos. Con los dedos enfundados en látex, retorció uno de los tapones hasta que le cupo dentro de la oreja. El pequeño desconocido que llevaba en su seno se movió y dio una patada.

Luego procedió a abrir el sobre de correo exprés, a fin de sacar y desenvolver el cuchillo. Tenía que hacerlo. Necesitaba saber si era capaz de cometer aquel acto atroz.

Las agujas de los monitores saltaban suavemente con cada sonido.

Mitzi le dio una palmadita en el hombro a la chica para despertarla. Le sostuvo la mirada y le dijo:

—Tu personaje se llama *Lucinda*…

La chica abrió mucho los ojos. Pálida y repentinamente despierta, ahora forcejó de verdad, retorciéndose para librarse de sus ataduras.

Mitzi chasqueó la lengua para acallarla, le pidió que se relajara y le dijo:

—Tu línea de diálogo… la frase que quiero que digas es: «¡Socorro! ¡Por favor, papá, no! ¡Socorro!».

Con respiración agitada y entrecortada, la chica preguntó:

—¿Cuál es mi señal para empezar?

Y Mitzi levantó el enorme cuchillo para que los ojos de la chica lo encontraran.

Así pues, aquella especialista en efectos de sonido había puesto a trabajar a Foster. Él había querido comprarle un grito de su stock antiguo, de forma que ella le había hecho sentarse ante una mesa de sonido y le había suministrado unos auriculares. Le había traído una montaña de cintas, se las había dejado al alcance de la mano y le había enseñado a insertar las bobinas. Ahora a Foster le tocaba escuchar más de cien años de gritos.

No le preguntó por la actriz que hacía de Lucinda. No podía arriesgarse a asustar a aquella tal Mitzi y perder su confianza. Ahora llevaba en torno al cuello un collar doble de perlas naturales que lo llenó de rabia.

Mitzi puso una bobina en el eje e insertó la cinta.

—Solo hay un grito con el que quiero que te quedes —le dijo. Distrajo su atención de los controles del volumen y añadió—: Es un hombre que grita presa de una agonía terrible, te aviso. —Y recalcó—: En el punto álgido del grito, oirás cristales rotos. Una botella y una copa de vino que se rompen.

Desdeñó el resto de su inventario con un gesto de la muñeca, un ademán despectivo. Los demás chillidos eran simples sobras. Morralla.

Luego le trajo otro carro lleno de cintas, y un tercero. Aun así, por mucho que la mesa de sonido hubiera quedado cubierta de una montaña de bobinas, de todas las cuales colgaba un cabo de cinta, aquel enorme montón ni siquiera hacía mella en la gigantesca cantidad de cajas y archivadores llenos de grabaciones parecidas.

Foster se puso los auriculares y pulsó el interruptor. El siseo en sus oídos cambió de tono, y un tremendo alarido le hizo ponerse de pie tan de golpe que su silla se desplomó detrás de él.

Sentada a su lado, con el codo pegado al suyo y escuchando su propio montón de cintas, la tal Mitzi meneó la cabeza y sonrió como si sintiera vergüenza ajena por él.

Los gritos eran todos breves y los seguía un margen de siseo de la cinta. De vez en cuando se oía una voz masculina dando instrucciones. No era siempre el mismo hombre, pero daba claramente instrucciones a la persona que estaba a punto de gritar. Y entonces llegaba el grito, largo, agudo y estridente. O bien entrecortado y sollozante.

El crepitar de la cinta cambiaba de tono, señal de que se avecinaba un nuevo grito. Foster prestaba atención por si oía a su hija. Escuchando aquellos descartes de sala de montaje. Aquellos fragmentos de conversación que enmarcaban los momentos de tortura. De tortura o de interpretación terrible.

Después de que la cinta cambiara otra vez de tono, Foster se preparó para el siguiente asalto. Pero lo que oyó fue una voz de mujer.

—Pues claro que me estoy follando a Schlo —dijo la mujer. Su voz, su claridad diáfana, suplantó el presente. Solo existía aquella mujer del pasado, gritando—: ¡Más vale que me desates ahora mismo! —Gritó—: ¿Te crees que ese bebé es hijo tuyo? ¡No me hagas reír! ¡Esa niñita preciosa es de Schlo!

Echó un vistazo en dirección a Mitzi. Hacia el sitio donde Mitzi se dedicaba a revisar cintas y borrarlas, ajena al drama que estaba teniendo lugar dentro de los auriculares de Foster. Puede que aquella viñeta sensiblera le resultara graciosa. Seguramente habría oído cosas peores.

La voz siguió gritando, maldiciendo y despotricando:

—¡Walter, hijo de puta!

El eco preservado del melodrama de toda la vida. Los diálogos plomizos de una mala película olvidada tiempo atrás. Foster no pudo evitar reírse cuando el grito de la mujer terminó por apagarse. Rebobinó aquella sección. Pulsó el botón de borrar.

Para gran alivio de Mitzi, los cables habían llegado hasta su objetivo. Desenrollándose desde la misma mesa de mezclas de la cabina de sonido, atravesando salas de almacenaje, hasta alcanzar la taquilla. Que era donde había encontrado el vestido.

Ni siquiera el Ambien podía borrar aquel viejo recuerdo. Nada despertaba mejor los recuerdos que el olor de aquella tela. Tul de nailon y satén de acetato, tan vetustos que estaban ya apelmazados. Olor a humo de cigarrillos y laca para el pelo. El hedor a naftalina había envenenado y al mismo tiempo preservado aquellos últimos recuerdos de su madre.

La luz de su teléfono seguía parpadeando: las últimas palabras de Schlo, aún sin escuchar.

Al principio de la noche de los Óscar, Mitzi se había mostrado muy valiente. Después de eso, ya no se acordaba.

Había empezado por ponerse el vestido para colarse en la ceremonia de los premios. ¿Quién no quiere hacer de héroe?

Había sido fácil entrar y dejar atrás el protocolo de la alfombra roja. Los servicios de seguridad estaban demasiado concentrados en mantener a la gente encerrada dentro del auditorio, no fuera. Además, nadie iba a detener a una mujer que no existía. Hasta los guardias la habían mirado sin verla. La habían pasado por alto como si fuera invisible. Mitzi nunca se habría enfundado aquel vestido si no le hubiera hecho falta disfrazarse. El vestido tenía faldas bajo otras faldas bajo otras faldas. Montones de capas de satén blanco y reseco. Podría haber sido perfectamente un fantasma deambulando por los pasillos del Dolby Theatre, llamando a gritos a Schlo. Pidiéndole a gritos que se pusiera los tapones en los oídos y escapara con ella.

En lugar de collar de diamantes, llevaba en torno al cuello sus auriculares con cancelación de ruido. Pasó levantándose las faldas por

entre gente que evitaba mirarla a los ojos. Gente con esas sonrisas trémulas y esas miradas enloquecidas del ganado atrapado en un matadero.

Convertida en paria, gritó:

—¡Schlo! ¡No tienes por qué morir!

Convertida en Casandra, gritó:

—¡Ven conmigo! ¡Cógeme de la mano!

Sobre el escenario una joven actriz, descalza, agarraba en su mano un premio de la Academia y lloraba frente a un micrófono. Ahogó un sollozo.

—¡No quiero *esto*! —dijo, agitando la estatuilla—. *¡Lo que quiero es vivir!*

Cuando la orquesta acometió su fanfarria, gritó todavía más. Con la música ahogando sus palabras, levantó su Óscar. Levantó y arrojó violentamente el galardón dorado y resplandeciente. Que se estrelló contra la sección de violines antes de que un par de hombres la agarraran de los flacos y desnudos hombros y se la llevaran entre bastidores.

Una voz retumbante anunció las películas nominadas al Mejor Sonido. Las luces se atenuaron y empezó a proyectarse un fragmento de película. Todo el público del auditorio contuvo la respiración, pero no era la del grito.

Fue entonces, casi a oscuras, cuando una voz dijo:

—Mitzi, hija mía, ¿te has vuelto loca? —Era Schlo, musitando desde su butaca, en la misma fila y a pocos asientos de ella.

Mitzi se abalanzó hacia él, trastabillando entre las rodillas de los famosos. Estiró el brazo para agarrarlo de una muñeca peluda y obligarlo a ponerse en pie.

Convertida en espectro, le gritó:

—¡He venido a rescatarte!

Se había empezado a proyectar un fragmento de otra película. Que tampoco era la del grito. El público soltó un suspiro enorme de alivio.

Schlo intentó zafarse de ella, pero Mitzi mantuvo su presa firme. Estaba decidida a llevárselo a rastras y ponerlo a salvo.

Y fue entonces cuando explotó el mundo. Algo la golpeó, una fuerza

más poderosa que el Ambien y el alcohol. No pudo salvar a nadie. No se acordaba de lo que había pasado a continuación. Se despertó a la mañana siguiente, aturdida, en un callejón de Hollywood y con el vestido blanco todavía puesto.

Le escocía el cuello. Y la única pista de lo sucedido era el mensaje de voz que parpadeaba en su teléfono.

Ahora se quedó contemplando el vestido colgado en su taquilla. Todos aquellos volantes de tul y satén suponían un riesgo enorme de incendio. Serían el detonador perfecto para una bomba. Y debajo de ellos, Mitzi se había dedicado a amontonar bobinas de película de nitrato de plata. Había sujetado un par de pinzas de batería a las crepitantes faldas. Y había empalmado unos cables a las pinzas. Cables que se extendían hasta llegar a su escenario de destrucción masiva.

Foster probó una vez más a llamar a aquel número de teléfono. A Lucinda. A Meredith Marshall. Ninguna de las dos contestó.

Los perros invocaron con sus aullidos a una ambulancia en mitad de la noche. Como si, a base de unir sus fuerzas, todos los pomeranias y los chihuahuas del edificio, todos los corgis y los perros salchicha de los Apartamentos Fontaine, pudieran materializar una sirena con sus aullidos. Esa sirena creó las luces estroboscópicas rojas y azules. Y las luces trajeron la ambulancia a las puertas del edificio, donde se quedó parada frente a la acera.

Reflejado en el edificio al otro lado de la calle, un cuadrado resplandeciente de luz enmarcaba a una figura que bebía vino. La Mitzi reflejada pescó una pastilla de Ambien con los dedos y se la puso en su lengua de sombra. Y se llevó una copa de sombra a los labios hasta vaciarla.

No tenía ni idea de cómo había ido su última sesión. Como siempre, se había despertado de golpe para encontrarse con que la actriz ya no estaba. Tampoco había sangre. Ni cadáver. Un tramo de cinta había pasado de una bobina a la otra, pero Mitzi no tenía valor para

escucharse matando a nadie. Palpó las perlas que ocultaban los últimos moretones descoloridos de su cuello. No sabía de dónde había salido aquel collar.

Miró por la ventana cómo su reflejo se ponía unos auriculares. Estaba intentando oír pistas sobre el paradero de su madre. Y sobre la muerte de su padre. Cualquier momento hablado de las cintas que pudiera rellenar las lagunas de su memoria. Responder las preguntas que se hacía acerca de cómo había llegado a aquel punto de su vida. En la calle, los paramédicos estaban sacando una camilla y subiéndola por la escalera de entrada del edificio.

La Mitzi reflejada se sirvió otra copa de vino. Estiró un dedo de sombra para pulsar el Play de su reproductor. Una voz le llenó la cabeza. Una voz infantil que borró cualquier realidad del presente.

Luminosa, luminosa y clara, clara y suave, la voz dijo:

—¿Cómo me llamo? Me llamo Lucinda Foster.

A continuación se oyó una voz masculina. La voz del padre de Mitzi, igual de tosca que su caligrafía, dijo:

—¿Te gustaría salir en una película, Lucinda? —La pregunta subió y bajó de volumen, como si el padre de Mitzi estuviera apartando la cara en vez de prestarle toda su atención a la pequeña.

—Me llamo Lucy —dijo la niña—. Mi madre se llama Amber. Mis papás son Amber y Gates Foster.

Mitzi detuvo la cinta. Rebobinó un trozo. Pulsó el Play.

—… y Gates Foster.

Repitió el proceso para estar segura.

—… y Gates Foster.

La niña del cartón de leche. La niña que Mitzi llevaba tanto tiempo intentando recordar. Otra persona la había estado buscando, y esa persona era el hombre junto al cual había estado trabajando durante los últimos días. El hombre que había venido con aire furtivo a su estudio, como un perro con las orejas echadas hacia atrás, preguntándole si podía comprarle un grito antiguo. Gates Foster. No el grito de la noche de los Óscar.

Sintió una patada del bebé y empezaron a gotearle los pechos. A fin de detener el reflujo gástrico que le subía, se tragó otra pastilla con

más vino.

Vio cómo su reflejo de sombra pulsaba el Play.

—Tu padre está viniendo a buscarte —dijo la voz del padre de Mitzi.

—¿Dónde está mi amiga? —preguntó la niña—. ¿Dónde está Mitzi?

El reflejo del otro lado de la calle se quedó paralizado con la copa de vino a medio camino de la boca.

Protestando, a la niña empezaron a fallarle las palabras mientras su voz decía dentro de la cabeza de Mitzi:

—¿Adónde ha ido Mitzi?

Con voz suave, el hombre trató de tranquilizarla. Por experiencia, Mitzi sabía que su padre debía de estar observando el monitor del estudio. Debía de estar manipulando los niveles. Ajustando los micros.

—Dile a Mitzi que no me gusta este juego —dijo la niña.

Al oír aquello, Mitzi rebobinó la cinta. Rebobinó la cinta y la borró entera.

Foster estaba a punto de reconocer al que hablaba. La voz de la cinta, aquella voz masculina. Rebobinó una parte y echó un vistazo a Mitzi Ives, que seguía trabajando a su lado, sorda a todo lo que sucediera fuera de sus auriculares. Foster se ajustó los suyos. Y pulsó el Play.

—Caray, doc —dijo el hombre—, ¿tenías que ensuciar todos los cuchillos del almacén de atrezo? —Alguien más se rio. Varios hombres.

Rebobinó. Pulsó el Play.

—¿… ensuciar todos los cuchillos del almacén de atrezo? —Y las risas.

Foster escuchó hasta que se acabó la cinta. La volvió a rebobinar. Se dedicó a pulsar el botón de pausa después de ciertas palabras: después de «todos», después de «atrezo». Se le aparecieron dos caras con nitidez. Dos de las pocas personas a las que consideraba amigas. Hizo un inventario mental de los hombres que trabajaban en su oficina. Buscó en sus recuerdos un corte de voz del padre de Amber, Paul, y extrajo un fragmento: «¡Feliz Navidad!», dicho con vozarrón estridente

en la puerta de su casa, mientras Linda, su mujer, se agachaba para dar un abrazo a Lucy.

La voz no era la de Paul. Tampoco era la de nadie de su oficina.

Aquellos eran los confines de su vida. Pero entonces le vino a la cabeza el grupo de apoyo. Cuando hizo un repaso mental de las caras, las dos voces encajaron tan perfectamente como una llave entrando en su cerradura. Se preguntó si quizá serían gemelos de voz, doppelgangers vocales. Dos hombres cualesquiera del mundo provistos exactamente de la misma voz, como si tuvieran las mismas huellas dactilares. Pero los dos hombres de la cinta no podían ser ellos. Habría sido imposible. Foster borró la cinta, pero la realidad de lo que tenía que hacer a continuación lo hundió. Agachó la cabeza y dejó caer los hombros. La sórdida tarea que le esperaba ese día después de que se pusiera el sol.

Mitzi se construyó un jardín. Cuando el desconocido que crecía en su interior se ponía revoltoso, hacía lo mismo que había hecho su padre y se montaba un camastro en la cabina de sonido. Al lado de la mesa de mezclas, amontonaba mantas viejas sobre el camastro y se tumbaba sobre aquella tela blanda y mohosa que olía a desagües de sótano y a ropa húmeda que se ha quedado demasiado tiempo dentro de la lavadora. Estiraba un brazo para apagar las luces del estudio, hilera a hilera, hasta que la oscuridad y el silencio eran totales. Y de esa manera borraba el mundo entero para poder construir otro nuevo.

Ahora el desconocido que llevaba dentro se quedó quieto, como si sintiera curiosidad. Esperando.

Tal como había hecho su padre, Mitzi encontró los diales a tientas. Bajó la temperatura de la sala. Invocó un coro de grillos nocturnos. Trajo el ruido de las ranas arborícolas curiosas. Ajustó el sonido de una corriente de agua hasta convertirlo en un simple hilo. Un melodioso hilo de agua, como una fuente. Y acompañó el tintineo de aquella fuente con unas campanillas de viento.

A partir de la nada negra y silenciosa, fue construyendo un mundo que era un paraíso nocturno. Los ratones susurraban entre las hojas

caídas. Las ramas de los árboles crujían y crepitaban bajo la brisa, y un búho ululó dos veces y levantó el vuelo por encima de sus copas.

Al igual que había hecho su padre, Mitzi introdujo una familia silenciosa de ciervos que mordisqueaban los rosales y arrancaban los tiernos capullos. Reemplazó el mundo lleno de defectos y problemas por unas hierbas altas que susurraban al rozarse sus hojas.

En aquel vacío sin luz e insonorizado, conjuró un paraíso. Y pronto el desconocido que llevaba dentro pareció quedarse dormido. Y mientras el tintineo del agua y las campanillas de viento llevaban a cabo su bucle interminable, Mitzi, en su nido de mantas mohosas, también se quedó dormida.

Foster apartó a un lado la pelota de baloncesto. Con delicadeza, fue cogiendo todos los osos de peluche y llevándoselos a una distancia segura. Al levantar una jirafa de peluche, empezó a sonar una nana de caja de música, una melodía tintineante que se propagó por la fría noche. Las notas luminosas arrancaron unos ecos agudos y enervantes de las lápidas circundantes. Para silenciar a la jirafa, la depositó sobre la tumba y la golpeó con la hoja curva de su pala.

Recogió y apartó las tarjetas navideñas, las felicitaciones de cumpleaños y las velas metidas en fanales de cristal etiquetados con estampas de santos. Con imágenes de Cristo llevando a un cordero en brazos. Con las mechas consumidas hasta quedar en simples cabos ennegrecidos, en las velas chapoteaba el agua acumulada de los aspersores de riego. Los muñecos de peluche estaban rebozados de la hierba cortada que habían arrojado las máquinas cortacésped.

Por fin la lápida quedó al descubierto, resplandeciendo en la oscuridad sin luna. Trevor Laurence, amado hijo de Robb y Mai Laurence. Las fechas de nacimiento y defunción separadas por solo unos meses.

Foster se arrodilló frente a la lápida y susurró:

—Si me estoy equivocando, lo siento mucho.

Se puso de pie y hundió la hoja de la pala en la hierba blanda. Usó el borde de la pala para partir los terrones de césped y apartarlos a un

lado, divididos en pequeños cuadrados. Encima de estos, desplegó una lona para recoger la tierra suelta. Cada pocas paladas se quedaba muy quieto y escuchaba. Los grillos y las ranas habían guardado silencio, pero ahora reanudaron su canto. Su estruendo prácticamente ahogaba los jadeos que soltaba Foster al achicar tierra del hoyo cada vez más grande. Siguió sacando tierra de debajo de sus pies hasta que solo su cabeza se elevó por encima del borde del hoyo. Por fin la pala golpeó cemento, la cubierta de cemento que protegía el ataúd. Con las manos desnudas, sus dedos rebozados en tierra húmeda, Foster limpió los bordes de la tapa de la cubierta.

Había visto fotos. Los miembros del grupo de apoyo se habían pasado fotografías de mano en mano. Robb les había enseñado un ataúd diminuto de palisandro barnizado que emitía un resplandor casi rojizo. Apenas del tamaño de una maleta. Fotos de Mai y de su familia arrojando flores a la tumba abierta. No había fotos del cuerpo, pero no podía haberlas, no después de que Trevor se hubiera pasado todo un día sufriendo en el interior de un coche recalentado.

Del mismo modo en que Blush había usado la punta afilada de la llave de cruceta para desprender el tablón de contrachapado, ahora Foster la clavó por debajo de la tapa de la cubierta e hizo fuerza contra el cemento. Se dijo a sí mismo que aquello solo era una película. Que él solo era un personaje de una película de terror barata de autocine. La tapa se levantó y se apartó a un lado, revelando un féretro que se veía todavía más pequeño que en las fotos. Fuera aquello o no una película, la tapa del ataúd no se movió. Hacía falta una llave. Tenía una cavidad para insertarla. Por lo demás, la tapa estaba cerrada a cal y canto para asegurarse de que fuera hermética.

Con cuidado de no pisar el ataúd en sí, plantó los pies en los bordes de cemento de la cubierta. Fuera aquello o no una película, echó hacia atrás la pala y empezó a usarla como si fuera un hacha. La hoja se clavó en la madera barnizada, una madera tan roja que Foster casi esperó que sangrara. Un segundo golpe partió la tapa del ataúd. Un tercer golpe la hendió en el centro, y Foster se dejó caer de rodillas y se puso a arrancar con las manos la madera astillada. A desgarrar el satén y el acolchado. Preparado para ver, confiando en presenciar el

triste horror, el cuerpo trágicamente marchito. Arrancó el acolchado y el forro de tela plisada.

Bajo el débil haz de su linterna, sus manos retiraron la mantita y la almohada de satén acolchado. Sepultado allí y honrado con juguetes, llorado en fotografías, metido en aquel precioso ataúd destrozado, Foster encontró… nada. El pequeño colchón estaba impoluto.

Incluso allí, hundido a dos metros en la tierra húmeda de un cementerio, su teléfono tenía cobertura. Marcó un número.

Le contestó una voz, la misma voz de la cinta que había borrado en el estudio:

—¿Hola?

—Amigo mío —dijo Foster.

Después de una pausa, una respiración, un temblor, después de un instante de nada, Robb Laurence dijo:

—Gates. —Y preguntó—: ¿Desde dónde me llamas?

—¿Todavía se reúne el grupo de apoyo los jueves?

—¿Estás bien? —dijo Robb por el teléfono.

—¿Vas a ir a la reunión del grupo esta semana? —preguntó Foster.

Robb contestó con voz demasiado fuerte. Como si estuviera llamando la atención de alguien, dijo:

—¿Me estás preguntando si voy a ir a la reunión del grupo de apoyo? —Como si hubiera alguien allí que pudiera triangular la llamada y localizar a Foster.

—Eso mismo te estoy preguntando —dijo Foster, y cortó la llamada.

Mitzi abrió una tercera botella de vino a fin de poder escuchar el mensaje de voz.

Había visto una parte del vídeo filmado aquella noche dentro del Dolby Theatre. Se habían emitido algunas secuencias por televisión, las secuencias más limpias. Las peores estaban en internet, pero esas no las iba a mirar. A solas en su apartamento, puso el teléfono sobre la mesa frente a ella y pulsó el Play.

La grabación reemplazó el mundo que la rodeaba.

—Mitz —dijo una voz rota—. Hija mía.

Una voz desde la tumba, que le puso la carne de gallina en los brazos.

—Mitz —siguió diciendo la voz—. Es bueno que no contestes. —Como si estuviera gritándole al manos libres del coche, dijo—: Dios quiera que no contestes y tengas que oír esto. —Sus palabras quedaron ahogadas por los gritos, gritos humanos, y por un ruido parecido a un trueno—. No se puede respirar con tanto polvo —gritó Schlo—. ¿Lo oyes?

Mitzi recordó las imágenes del interior del cine Imperial. Grietas recorriendo todas las superficies, ramificándose en forma de nuevas grietas. Las paredes y el techo estremeciéndose. Viniéndose abajo. Una espesa nube de polvo flotando y cubriendo todo lo que había debajo.

—Me asfixio. Mitzi, hija mía, quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. He tenido una buena vida. —Hizo una pausa y carraspeó—. Es imposible explicarlo con palabras, pero los palcos… se están aplastando entre sí. Oh, el horror de tantas… vidas perdidas.

Amainaron los gritos, pero se intensificó el tronar del acero al combarse y el estruendo del cristal al romperse.

Mitzi se imaginó la situación gracias al vídeo que había visto en las noticias. Las losas de hormigón de las paredes se habían partido en pedazos, se habían hecho trizas y se habían estrellado contra las rocas de cemento que ya se estaban deshaciendo en forma de arena.

—Todo es polvo —dijo Schlo. Tosió por el teléfono—. Debería asfixiarme antes de quedar aplastado. ¡Estoy ciego, medio cegado por todo este polvo!

Mitzi se apartó las lágrimas de los ojos.

—Hija mía —siguió diciendo la voz de Schlo, ronca—, me encanta que hayas intentado rescatarme. Te juro por toda la sangre de todos los mártires que no lo sabía. —Preguntó—: ¿Cómo iba a saberlo?

Al igual que toda la gente a la que Mitzi había amado, Schlo ya no era más que una grabación.

Aquello fue demasiado para ella.

Cuando llegó el momento final de la vida de su amigo, Mitzi perdió el aplomo. Apagó el teléfono para no tener que oírlo morir.

La voz eructó y se ahogó. Su respiración burbujeó y gorgoteó. En tonos nasales, el hombre de la cinta jadeó agitadamente, repetidas veces, como si los pulmones se le hubieran encogido hasta el tamaño de monedas. Tosió y borboteó por los auriculares de Foster, como si se le estuviera llenando el pecho de agua.

—Mi dulce niña —gimió el hombre. Escupió y un chorro de algo líquido salpicó contra una superficie plana y dura. Siguió hablando con voz más clara—: Todo lo que he hecho, lo he hecho… —Tragó saliva—. Porque quería prepararte para este momento.

Foster intentó imaginarse la voz del hombre dentro de una película. Un drama sobre un hombre que sufre infección de senos nasales. La interpretación digna de Óscar de un fuerte resfriado.

Dentro de los auriculares, el hombre inspiró larga y entrecortadamente.

—La culpa no es tuya —dijo, con una voz que apenas se elevaba por encima de un susurro—. Te he estado preparando para esto desde el día en que naciste. —Dijo—: Soy consciente del terrible poder que sientes ahora mismo.

En la oscuridad de la mente de Foster, el hombre sufrió una arcada. Vomitó un chorro invisible de algo que Foster no alcanzaba a imaginar. Los grumos y los gargajos lo salpicaron todo en una habitación de enfermo del pasado remoto. Todos los sonidos resonaban con un eco luminoso que sugería cemento o baldosas. Nada blando. Al fondo se oía sollozar a una criatura, alguien de corta edad.

Con las vías respiratorias despejadas, el hombre alzó la voz. Dijo:

—Algún día, cuando tengas mi edad, aparecerá un aprendiz.

Foster se arriesgó a mirar de reojo a Mitzi Ives. Tuvo ganas de hacerle una señal con la mano, de preguntarle si conocía a aquellos personajes. ¿De qué culebrón melodramático había salido todo aquello?

Aislada del mundo por sus auriculares, Mitzi articulaba palabras en silencio. Como si estuviera recitando sus plegarias o aprendiendo un idioma extranjero. Sentada con las piernas recogidas por debajo de la mesa de mezclas, dándose largas caricias con los dedos sobre la

protuberante curva donde llevaba a su hijo nonato.

El hombre que sonaba en la cabeza de Foster jadeó en busca de aire, resollando las palabras:

—No tengas miedo. —Dijo—: Llegará el día en que tu aprendiz hará exactamente esto mismo contigo.

Foster pulsó un botón para dar mayor definición al tono. Viró un dial para subir el volumen.

Con la voz desvaneciéndose, el hombre dijo:

—El día en que estés encadenada en mi lugar, debes recordar lo orgulloso que estoy de ti. —Ahogó un grito—. Espero que mueras sintiendo este mismo orgullo. —La voz se tornó ronca y se apagó.

Lo único que reemplazó las palabras del hombre fue el sonido ambiente y un goteo que se fue ralentizando hasta llegar a la última gota.

Entonces Gates Foster rebobinó la cinta y pulsó el botón de borrar.

La cinta llegó a su fin, pero Mitzi fingió que seguía oyendo algo. Oía su propio pulso. Fingió que podía oír un segundo latido, el del bebé.

El tal Foster seguía sentado en su burbuja con los auriculares puestos. De vez en cuando echaba un vistazo en dirección a ella, pero no podía oírla hablar en voz baja con su criatura. Aquella criatura a la que Mitzi nunca llegaría a conocer. Y a quien le estaba susurrando:

—No te preocupes. Te criará una mujer que te querrá, pero esa mujer no seré yo.

Acariciaba y daba mimos a aquel montículo palpitante que sobresalía de su cintura y le decía:

—Formarás parte de una familia, pero no de la mía. Mi familia morirá conmigo. Nuestra obra debe morir conmigo.

Mitzi tocó la manita diminuta que presionaba para tocar la suya. Sin amargura, le dijo a la criatura:

—Caminarás hacia un destino que no será el destino que a mí me engañaron para cumplir.

Antes de que el siguiente tramo de cinta reprodujera el siguiente grito, el siguiente alarido jadeante y asfixiado por el miedo y el dolor,

Mitzi continuó hablando en voz baja con su criatura, que ahora se mantenía quieta, como si la estuviera escuchando y entendiendo.

Mientras Foster escuchaba, aquella especialista en efectos sonoros le explicó cómo localiza la gente el origen de un sonido. En el caso de las frecuencias bajas, el cerebro humano analiza el tiempo de demora entre que el sonido llega primero a un oído y después al otro. Pero con los de frecuencia alta, el cerebro analiza la pérdida de volumen del sonido entre que llega a un oído y luego al otro.

Así era como lo estaba adiestrando Mitzi Ives. Con voz tranquila, como de maestro aleccionando a su aprendiz. Haciéndole de tutora. De esa forma le estaba transmitiendo lo que parecía una vida entera de conocimientos, varias vidas. Un legado.

—En el cine ya nunca se oye una voz tal cual es —le explicó Mitzi.

Con eso quería decir que toda canción y banda sonora ya llegaba al público endulzada, o bien más cálida y enriquecida. O que la voz se modificaba para que sonara más rotunda, alargando o acortando la reverberación. Le habló del tiempo de decadencia de los sonidos. Le enseñó a manipular la robustez de un sonido.

Según el padre de Mitzi, que era quien se lo había contado a ella, cualquier alambrada podía registrar sonidos. Al parecer, podías caminar junto a esa alambrada y usar un micrófono conectado a una aguja para codificar tu voz a lo largo del alambre. De niña, contó Mitzi, había empalmado unos auriculares a una aguja y se había dedicado a caminar junto a verjas al azar, intentando leer mensajes secretos. Alambradas de púas. Vallas metálicas.

Asimismo, Mitzi le explicó que cualquier hablante podía ser cableado del revés para funcionar como un micrófono. Eso creaba una distorsión tan maravillosa que había músicos que habían grabado su trabajo a través de los altavoces de forma deliberada.

Le contó que en la década de 1920 la canción melódica y suave había reemplazado a las formas de canto tradicionales. Por aquel entonces se solía acumular carbón dentro de los micrófonos, y los locutores de radio necesitaban apagar de vez en cuando cada

micrófono y golpearlo con un martillito para quitarle aquellos pequeños depósitos de carbón. Las notas más suaves y prolongadas que cantaban los vocalistas melódicos generaban menos acumulación de carbón. Las cornetas reemplazaron a las trompetas por la misma razón. En suma: la gente solo podía escuchar lo que registraban los micrófonos. La tecnología dictaba las tendencias musicales.

Mitzi Ives le hizo un tutorial de micros de cinta y micros dinámicos, micros de carbón y micros electrostáticos. Le explicó cómo funcionaban los micros parabólicos, omnidireccionales y bidireccionales. Las consolas del equipo analógico de mezclas. Le enseñó unos tubos de vacío que costaría cinco mil dólares reemplazar, y unos micrófonos que valían veinte mil. Le hizo una visita guiada por los búnkeres de hormigón donde se alineaban incontables archivadores llenos de grabaciones.

Le habló del grito Wilhelm.

Por todo aquel laberinto de salas discurría una pareja de cables, dos cables de aspecto normal desplegados por el suelo. Su itinerario fue siguiendo aquellos cables, pero en ningún momento hizo Mitzi la más mínima alusión al respecto. En los confines más recónditos del sótano, aquellos cables desaparecían en el interior de una taquilla cerrada. Foster abrió la puerta. Dentro colgaba algo blanco e informe. Metido de cualquier modo en el armario y colgado de una percha, había un vestido. Satén y volantes, tan refinados como un pastel de bodas.

Como si fueran una mecha, los cables terminaban en sendas pinzas de batería sujetas a las faldas. Dos pinzas metálicas que aferraban la tela y se aferraban entre sí. Debajo del vestido, un montón de bobinas oxidadas de película que apestaban a vinagre.

Mitzi Ives esperó, pero Foster no preguntó nada. Se limitó a cerrar la taquilla y ella continuó instruyéndolo.

En internet sonaba bastante pobre. Los vídeos de móvil grabados en el interior del Dolby Theatre la noche de los Óscar sonaban débiles. Chirriantes. Nada que ver con cómo Mitzi sabía que habría sonado la copia maestra del grito de Jimmy. Eran copias de mala calidad. En

uno de los vídeos, se veía a varias hileras escalonadas de famosos sentados, con las cabezas echadas hacia atrás y las bocas abiertas en un coro de chillidos colectivos. Perros aullando. Unos pocos de ellos estaban de pie, con los tendones del cuello hinchados por el esfuerzo, enseñando los dientes, gritando bajo el bombardeo de escombros, todo lo cual culminó cuando la pared de cemento que tenían detrás se les vino encima como un tsunami.

Mitzi clicó para pasar a otro vídeo. Otro coro de caras aullando. Puso el vídeo en pausa y lo amplió hasta llenar la pantalla. Estudió las caras, todas distorsionadas. Todas las barbillas caídas hasta el pecho, todas las bocas tan tensas y estiradas que se les veían los labios finos y blancos. Nadie se apartó ni trató de esquivar la avalancha de equipos de luces y cascotes de ladrillos que les cayó encima. Mitzi no tenía ni idea de cuántos vídeos había visto ya. Pero por muchos que viera, no iba a perder la esperanza.

En uno de los vídeos, una figura vestida de blanco cruzaba apresuradamente el plano, gritando: «¡Scho, no tienes por qué morir!». Nadie de los que estaban sentados en las butacas circundantes le echó siquiera una ojeada. Aquella mujer ataviada de blanco gritaba girando la cabeza a su alrededor, sus amplias faldas llenando el pasillo. Gritaba: «¡Schlo, cógeme de la mano!».

En un vídeo distinto, la mujer desquiciada se abría paso a la fuerza entre los invitados sentados y agarraba a un hombre por la muñeca. Sin que ella se percatara, dos guardias de seguridad uniformados bajaron por el pasillo y se le acercaron por detrás. Uno de ellos blandió algo, no una pistola pero sí algo parecido, y apretó el gatillo. Un cable surcó el aire hasta clavarse en la nuca de la perturbada.

En un tercer vídeo, la mujer chillaba. Claramente paralizada por la pistola de descargas eléctricas, se sacudía y gritaba mientras los guardias se llevaban su cuerpo convulso. El vídeo los seguía hasta que desaparecían por una salida de incendios. Así era como Mitzi había terminado vestida con harapos de satén blanco y sentada en un callejón de Hollywood la mañana después del desastre.

Mientras veía el vídeo, notó dolor en el cuello. El Taser explicaba la marca que se había encontrado. Allí estaba todo lo que no podía

recordar.

Encorvó la espalda hasta pegar la nariz a la pantalla. Aparte de las cámaras de televisión, también los teléfonos móviles habían grabado aquellos momentos finales desde todos los ángulos. Nunca tanta gente había documentado su propia defunción.

Resultaba útil conocer el orden jerárquico. Saber en la práctica dónde estaban sentados los VIP de entre los VIP. Mitzi escrutó el centro del patio de butacas hasta detenerse. Retrocedió un momento y por fin lo vio allí sentado. Con la gardenia fresca en la solapa. Con el teléfono plantado ante la cara mientras le dejaba su mensaje de voz. Con los gemelos de malaquitas. Con el reloj de pulsera Timex. Y en aquella parte no se hundieron las paredes ni el techo. Fue el suelo lo que se vino abajo. Se abrió una dolina, tragándose a las estrellas de cine que habían estado sentadas cerca de Schlo. La fisura creció y más estrellas de primer orden cayeron al interior, gritando. Despeñándose hacia los sótanos o aparcamientos subterráneos que hubiera por debajo del auditorio. Schlo siguió hablando por teléfono. Incluso mientras su asiento se volcaba de lado y se precipitaba al vacío, Schlo siguió hablando, intentando dejar algo de sí mismo que pudiera ayudar a Mitzi en el mundo físico.

En aquel punto, Mitzi pulsó en su teléfono para poner el mensaje de voz. La voz de Schlo gritaba:

—Me alegro de que estés a salvo, de que mi familia esté a salvo. —Estaba gritando por el bramido que lo rodeaba, o porque llevaba puestos los tapones. O quizá simplemente porque Schlo siempre gritaba cuando hablaba por teléfono. En cualquier caso, le dijo—: Ha llegado el momento de hablar de lo importante, Mitz. Y con eso quiero decir: ¡destruye tu maldita cinta!

El final pareció rápido. Rápido e indoloro. Indoloro y total.

La minúscula figura del vídeo gritó a su teléfono:

—¡Si quieres que nuestras muertes signifiquen algo, necesitas destruir eso que has traído a este mundo!

Así era Schlo. El viejo Schlo de siempre, todavía gritándole a su teléfono mientras todo su mundo se desplomaba de lado y se precipitaba a la nada.

Foster probó a girar el pomo, pero no se movió. A través de las ventanas del sótano, pudo ver el interior. El polvo cubría el suelo de la sala donde solían reunirse, una fina capa de polvo sin pisadas de ninguna clase. Había desaparecido el habitual círculo de sillas plegables. Había desaparecido el letrero de la ventana que daba la bienvenida a todos los padres y madres de menores desaparecidos o muertos. Quedarse al pie de los escalones de cemento que bajaban desde la acera se parecía demasiado a estar en el fondo de una tumba, de forma que Foster subió hasta el nivel de la calle. Que era donde, aparcado junto a la acera, estaba su destartalado Dodge, el único coche de toda la manzana. El tráfico circulaba a un par de calles de distancia, por la avenida. Procedentes de esa dirección se oyeron ahora unos pasos.

Una figura se acercó caminando pegada a las paredes de ladrillo, hasta convertirse en un hombre, hasta convertirse en Robb.

Robb alzó la voz para decirle:

—Es demasiado tarde, ¿sabes? —A aquella distancia tenía que gritar—. Ya no puedes detener nada.

Foster supuso que Robb no era su nombre de verdad. Ninguna de las personas a las que había conocido en aquel grupo de apoyo había sido real. Aquel lugar no era ningún lugar y no lo había sido nunca. Foster disparó a ciegas:

—Era todo por mí, ¿verdad? —Levantó la voz—. ¿Por qué yo?

Robb, que ya no era el líder de un grupo que nunca había existido, se detuvo a una distancia prudencial.

—Te presentaste, simplemente. —Condescendiente, con una sonrisa petulante y a la vez culpable, dijo—: Tendimos una trampa y un día caíste en ella.

Todos habían sido actores o mercenarios. Y la clase de estafa que habían escenificado se llamaba un Gran Comercio. Un tipo de estafa preparada con mucha antelación. Todos fingían que se les había muerto un hijo pequeño y ensayaban juntos sus historias. La primera noche en que Foster había bajado las escaleras desde la acera y leído el letrero y abierto la puerta, todos habían levantado la vista mientras

uno de ellos contaba una muerte que nunca había sucedido. Alguien le hizo un gesto a Foster para que entrara. El que estaba contando su historia empezó a fingir que lloraba y Foster picó como un iluso.

—Tenía que haber otros padres de duelo —preguntó ahora—. ¿Por qué yo?

Robb, o no Robb, sino la voz de la cinta que se quejaba de que había demasiada sangre y demasiados cuchillos por limpiar, se encogió de hombros.

—Eres un hombre. Necesitábamos a alguien de tu tamaño.

Foster se palpó la pistola que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Y necesitábamos a alguien que estuviera furioso —dijo el tipo que no era Robb—. Para poder canalizar esa furia.

Se estaba refiriendo al funeral. Las burlas de la multitud habían sido escenificadas para impulsar a Foster a entrar en acción. Algo más aparte de Lucinda había estado guiando sus pasos: había sido aquella gente, pero para sus propios fines.

—No te tomes nada de esto como algo personal —dijo el tipo que no era Robb. Se esfumó su petulancia. Agachó la cabeza y se rascó la nuca—. Nuestra misión era atraer a alguien implacable, provisto de una rabia sin fin que nutriera su trabajo durante muchos años. —Miró a su alrededor y por fin sus ojos se detuvieron en algo—. El mejor agente es el que no sabe que lo es.

Cuando Foster miró, aquel algo resultó ser una simple ventana. Tan solo unas cortinas que se movían en una ventana.

El tipo que no era Robb se pegó al costado del edificio, como si estuviera intentando fundirse con la pared de ladrillos.

—Solo he venido a transmitir un mensaje —dijo. Echó otro vistazo a las cortinas—. Dile a tu jefa…

—¿Qué jefa? —preguntó Foster.

—Dile a Mitzi Ives —aclaró el tipo— que tiene hasta el martes para entregarnos la herramienta.

Una nueva figura se estaba acercando. Otro hombre, un desconocido greñudo, que fue aminorando el paso conforme se aproximaba. Un troglodita primitivo y fumeta.

El tipo que no era Robb siguió la mirada de Foster hasta aquel

recién llegado, con pinta de hippy pero desgarbado.

—Martes a las cuatro en punto —dijo el tipo que no era Robb—. Es cuando llegará mi jefe para incautar la herramienta por la fuerza.

—¿Qué herramienta? —preguntó Foster.

Ya retrocediendo, de retirada, el tipo dijo:

—Tu jefa lo sabrá. Dile que nos entregue la herramienta antes de que sea demasiado tarde.

Y diciendo esto, dio media vuelta y se alejó a la carrera. Mientras el nuevo desconocido seguía acercándose, el tipo que no era Robb aceleró el paso y desapareció.

Por un momento pareció que el recién llegado iba a pasar de largo. Un comedor de granola con collar de cuentas hippy, pensó Foster, ceñudo. Traía los hombros caídos y los puños cerrados. Y de repente estiró un brazo y le asestó a Foster un gancho rápido y fuerte en todo el costado del cráneo. Foster vio destellar luces estroboscópicas ante sus ojos y le fallaron las rodillas. Se pegó un porrazo tremendo contra la acera, aterrizando de culo. El impacto del puñetazo también hizo que se le cayera la pistola del bolsillo. Que se le cayera y se alejara con un traqueteo metálico por la acera. Que se alejara traqueteando y resbalara hasta el bordillo. Que resbalara y se colara por una alcantarilla.

La pistola estaba perdida. El hombre siguió alejándose. No era ningún desconocido, no del todo. Por lo menos ya no.

A Foster le vinieron a la cabeza fugazmente el olor a pachuli y las palabras «Cómo te pasas, colega».

Mitzi llegó a la cafetería luciendo el collar de perlas. Se dirigió al reservado más cercano al fondo. El sitio de costumbre. La esperaba sentada una actriz, amiga suya. Mitzi se deslizó en el reservado y preguntó:

—¿Me has llamado por un trabajo?

Blush Gentry no contestó, al menos no de inmediato. Se quedó mirando el prominente vientre de Mitzi a través de sus enormes gafas de sol.

—Tienes suerte —le dijo—. Ya me gustaría a mí tener un hijo.

Mitzi tenía claro que Blush había organizado su propio secuestro a modo de excusa para no tener que asistir a la ceremonia de los Óscar.

—Podrías tener un hijo con tu secuestrador —le dijo.

—Con él no. —Gentry negó con la cabeza—. Demasiado mayor. Cuando se corre ya no suelta más que agua caliente y defectos congénitos, ya sabes.

Una camarera se acercó a la mesa. Una joven, parte de la nueva oleada de guapas aspirantes que emigraban a California para revitalizar la industria del cine. Mitzi la vio entusiasta pero sin esperanza alguna. Cuando la llegada del sonido había acabado con una generación entera de estrellas del cine mudo, sus sustitutas habían sido reclutadas en los teatros de Nueva York. Y ahora era el teatro el que proporcionaría una vez más a las nuevas estrellas.

Blush se quitó las gafas de sol. La mirada de la camarera se posó sobre la actriz y ya no pudo apartarla. Fascinada por tener una estrella delante, le preguntó:

—¿Qué les puedo traer para empezar?

—Nada, cariño —dijo Gentry—. Tal vez café.

Mitzi pidió una copa de vino. Vino blanco. Era la hora del almuerzo. Solo vino, una copa bien llena.

La camarera se quedó mirando la barriga de preñada, obviamente atrapada en el dilema de preguntar si alguien estaba embarazada o sugerir que Mitzi estaba gorda. No se arriesgó.

—Tenemos un shiraz —dijo.

—Que sean dos —dijo Blush. Después de que se marchara la camarera, la actriz sacó una servilleta de un expendedor que había en la mesa y se puso a doblar y manosear el papel. Evitando la mirada de Mitzi, dijo—: Ciertas personas me han comunicado que posees de forma ilegal cierta herramienta. —El tono de Blush era envarado y entrecortado—. Esas… personas me han pedido que intervenga llegado este punto. —Una actriz leyendo un guion como si el inglés no fuera su primer idioma—. Si no les has entregado dicha herramienta el martes a las cuatro, dichas personas se personarán en tu lugar de trabajo para requisarlo por la fuerza.

Por tosco que sonara el mensaje, Mitzi lo entendió. Alguien iba a hacer una redada en su estudio. El martes por la tarde un comando de las fuerzas especiales saquearía la sede de Efectos de Sonido Ives.

En cuanto la camarera les trajo el vino, Mitzi se llevó las manos a la nuca. Se desabrochó el cierre del collar y depositó la doble ringlera de perlas sobre la palma ahuecada de su mano.

—Hasta que tengas tu propio bebé —dijo, y le entregó el collar por encima de la mesa.

Sin habla, Blush levantó los dos extremos del collar y se lo abrochó en torno al cuello.

Le habían tendido una trampa a Foster, aquellos completos desconocidos. Lo habían intimidado para que montara aquel funeral falso, aquel espectáculo circense, y lo habían aguijoneado para que estallara. Amber había sido testigo, sentada en la última fila. Un grupo de gente le había tendido a Foster una emboscada con sus móviles, una pesadilla escenificada que, de hecho, había sido una conspiración ya desde el enlace del correo electrónico hasta la película de la niñera. Parecía una locura, pero Foster formaba parte de algo, había sido el objetivo de algo. Unos desconocidos se habían adueñado de su rabia y su dolor. Y mientras se lo contaba ahora a Amber, era consciente de que también él parecía un loco.

Misión cumplida.

Amber le besó la frente, obligándolo con delicadeza a apoyar la cabeza en la almohada. Encontrarla había comportado llamar a su padre. Y por pura casualidad el teléfono lo había contestado ella, y, tras un momento embarazoso, Amber le había explicado que se estaba escondiendo de la publicidad, escondiéndose de los medios en casa de su padre, en la casa de Paul en las afueras. Y después de otro momento de silencio embarazoso, ella le había pedido que se pasara por allí. Y su exmujer lo había llevado hasta un dormitorio de la parte de atrás de la casa y le había hecho sentarse en la cama y tranquilizarse.

—Descansa —le susurró, hablándole junto al pelo. Los dedos de

Amber le quitaron las gafas, las doblaron y las colocaron sobre un alféizar.

El perro de Amber se subió de un salto en la cama junto a él. Un perro pequeño. Un doguillo. Quizá fuera de Paul, Foster no lo sabía.

—Lo organizaron todo ellos —intentó explicarle él. Sin las gafas, la habitación entera flotaba, borrosa.

Amber escuchó tal como hacía siempre. Lo dejó que se desfogara. Echó mano a una manta que había a los pies de la cama y la estiró para taparlo. A fin de arroparlo bien, le remetió los bordes en torno a los brazos y hombros. Hecho esto, fue a la ventana de la habitación y miró afuera antes de correr las cortinas. El doguillo se acurrucó contra la pierna de Foster.

Asomándose afuera desde un lado de la cortina, Amber dijo:

—Necesitas descansar. Solo una hora.

Menudo golpe de buena suerte. Quizá su fortuna estuviera cambiando. Conectar con Amber cuando más la necesitaba. Y encontrarla en el primer lugar al que llamaba, y que ella lo invitara a venir y le ofreciera un lugar donde dormir. Foster llevaba el barro de la tumba de Trevor pegado a los pantalones en forma de costras oscuras. Recubriéndole las uñas. Pero el pequeño Trevor ni siquiera había existido. Robb era un simple personaje, y la mayor parte del mundo se había convertido en una película cuyos acontecimientos estaban diseñados para empujarlo hacia una meta determinada. Sintió que sus huesos se acomodaban sobre el colchón. Amber se inclinó para besarlo otra vez, y el pelo le cayó hacia delante y rozó la cara de Foster.

—Duerme —le dijo.

Caminó con pasos silenciosos hasta la puerta y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Fuera lo que fuera lo que lo había atrapado, Foster había escapado. Allí estaba a salvo. El martes a las cuatro, algo, alguna estafa de largo recorrido, se abatiría sobre Mitzi Ives, pero él no necesitaba estar presente.

Se sentía tan cansado que sería capaz de dormir hasta el martes. El perro acurrucado a su lado le daba una sensación casi como la que

había experimentado cuando Lucy era un bebé. Estar impregnado del aroma de Amber, de su pelo, lo llevó de vuelta a la época en que estaban recién casados. Se imaginó a sí mismo de vuelta a un tiempo en que eran felices y el futuro resplandecía. El bebé se acurrucaba contra su cadera, y si no abría los ojos podía sentirse como un padre primerizo, un hombre joven.

Si no abría los ojos, el mundo parecía perfecto.

El perro empezó a aullar por lo bajo. Luego el aullido se alargó y subió de intensidad, anunciando la llegada de una sirena. La sirena se unió al aullido del perro, y al otro lado de la ventana del dormitorio un coro de perros del vecindario se unió a la sirena. Era un coche de policía, y pasó tan cerca de la casa que su ruido ahogó al de los animales.

Foster abrió los ojos y recuperó sus gafas.

El doguillo observó, con la cabeza ladeada, cómo Foster abría las cortinas y la ventana y se escabullía sin hacer ruido al patio trasero. Se escabullía por encima del alféizar y saltaba a la hierba. Saltaba y trepaba la valla de atrás. Trepaba y se alejaba corriendo por un callejón.

Mitzi situó a Foster a bordo de un barco. Siempre había sido uno de sus escenarios favoritos. Apagó las luces del estudio y empezó a construir el mundo creando primero el océano. El Atlántico medio en marzo, un océano azotado por las tormentas y agitado por los vientos. Hizo romper las olas contra el casco de madera e hizo silbar el viento entre las jarcias. Hizo que ondeara y crepitara la lona de las velas. La lluvia acribillaba las cubiertas y el agua se colaba en las sentinas.

Había llegado tambaleante al estudio, el tal Gates Foster, agotado y balbuceando. Con la ropa mugrienta. Con un chichón violáceo hinchándole un costado de la cara. Farfullando algo sobre una conspiración. Farfullando que su exmujer lo había traicionado.

Ella sacó el camastro y las mantas y le dijo que se tumbara. Borró el mundo y empezó a construir otro nuevo a su alrededor. Los relámpagos estallaron. Los truenos bramaron. Y, poco a poco, la

distancia entre relámpago y trueno se fue alargando. Los vientos amainaron. De la fuerte lluvia solo quedó una leve llovizna que caía sobre el barco. Y por fin esta también cesó. Las velas se distendieron al quedar el mar en calma, y para entonces el tal Gates Foster ya estaba dormido.

El día avanzó pesadamente. Quizá todos aquellos gritos representaran el dolor y el terror de alguien, pero no eran el grito que buscaba Foster. No era el grito de ningún ser querido suyo. Y a medida que se le agotaba la reserva de empatía, descubrió que le irritaba tener que oír todo aquel sufrimiento ajeno. Empezó a odiar aquel desquiciante plantel de gente angustiada, a todos aquellos desconocidos cuya tortura lastimaba sus oídos.

Foster revisaba cada grito. Lo descartaba y lo borraba. Y pasaba al siguiente.

Mitzi le había lanzado algunas miradas, miradas casi aterradas. Casi como si supiera quién era y lo que tenía intención de hacer.

Foster mandó un mensaje de texto a la agencia de acompañantes y no obtuvo respuesta.

Borró la agonía de otra bobina llena de un ejército de desconocidos agonizantes.

Se echó hacia atrás en la mesa de mezclas y, gritando para hacerse oír, preguntó:

—¿Cuándo sales de cuentas?

Como Mitzi no contestaba, aislada también del mundo por sus auriculares, repitió la pregunta.

Ella se giró y se bajó los auriculares hasta el cuello.

—¿Cuándo está previsto que nazca el bebé? —preguntó Foster.

Mitzi se encogió de hombros.

—El martes por la tarde —dijo—. Poco después de las cuatro. —Volvió a colocarse los auriculares sobre los oídos y prosiguió con la tarea que tenía entre manos.

En los auriculares de Foster, cambió el siseo de la cinta. El tono se alteró para indicar una nueva grabación. Un tono ambiental distinto le

trajo una voz masculina. Y aquel desconocido dijo:

—Mitzi, cariño, has hecho mal al atar a papá mientras dormía…

Foster echó un vistazo furtivo a la mujer que trabajaba a su lado.

Un susurro infantil contestó al desconocido. El susurro se perdió entre el ruido de fondo de la cinta, hasta que Foster consiguió distinguir las palabras:

—¿… qué le has hecho a mi amiga?

El hombre tartamudeó.

—Mitzi, no puedes hacer esto.

La voz de la niña chilló con furia:

—¡Por el micrófono, por favor!

Con voz aguda y trémula, el hombre insistió:

—¡No puedes hacer esto, Mitzi, tú me quieres!

Se hizo el silencio y Foster escuchó con más atención. Reconoció las voces como algo, entendió que estaban relacionadas con algo que había oído antes. ¿Quizá con el registro de un micrófono distinto? Con otro fragmento del pasado.

En cualquier caso, no era su pasado.

Comprobó la etiqueta de la bobina, la lista de nombres de cada grabación. Con caligrafía florida de adolescente, aquella llevaba por título: «Asesino en serie desollado hasta la muerte por niña». Rebobinó aquella parte. La borró. Esperó a la siguiente grabación.

Mitzi sabía que los primitivos tenían razón. Aquellas tribus que creían que las fotografías robaban el alma de la persona. Era exactamente lo que hacían. Al igual que las grabaciones de audio, al igual que las de vídeo. Nuestra mejor creación somos nosotros mismos. La forma en que cultivamos nuestra apariencia y nuestra conducta. Y en ninguna parte se hace tan manifiesto ese arte como en nuestras mentes. En el hecho de que todos poseemos una idea de nosotros mismos. Ese yo perfecto que hemos elegido rechazando todas las demás opciones.

Los costes de oportunidad de la identidad.

Rechazamos al yo apático, al yo gordo, al yo canoso o al yo flaco, a todos esos otros yos que vemos constantemente representados por la

gente que nos rodea.

Todos somos nuestro mejor trabajo. Y nos sentimos satisfechos hasta que vemos una fotografía nuestra u oímos una grabación de nuestra voz. Y mucho peor es la tortura del vídeo: presenciar a ese monstruo desmañado y de voz chillona que hemos creado. A ese tú que has elegido crear a partir de todas tus versiones posibles. Solo te han dado una vida, y vas tú y la dedicas a perfeccionar a ese monstruo de Frankenstein artificial, que va por ahí dando tumbos y farfullando, hecho a base de rasgos de otra gente cosidos entre sí. Cualquier elemento original, cualquier rasgo innato tuyo, ya fue desechado hace mucho tiempo.

Y aun sabiendo todo eso, Mitzi pulsó igualmente el Play.

Mitzi no tenía ni idea de cómo había ido la sesión. Como siempre, se había despertado de golpe para encontrarse con que la actriz ya no estaba. Tampoco había sangre. Ni cadáver. Solo aquel tufillo perpetuo a lejía. Un tramo de cinta había pasado de una bobina a la otra, pero Mitzi no había tenido valor para escuchar su contenido.

Ahora la bobina giró y una voz de chica dijo:

—A su caballo le puso de nombre Yahoo.

Por los auriculares, Mitzi reconoció el chasquido de un guante de látex. Oyó que alguien servía vino en una copa. Su propia voz grabada sonó arrastrada. A cámara lenta, dijo:

—Tu personaje se llama *Lucinda*…

Los sonómetros registraron algo. Un respingo, o un crujido de sogas.

Mitzi chasqueó la lengua para acallar a la chica, le pidió que se relajara y le dijo:

—Tu línea de diálogo… la frase que quiero que digas es: «¡Socorro! ¡Por favor, papá, no! ¡Socorro!».

Sin que apenas se oyera su voz en la cinta, la chica preguntó:

—¿Cuál es mi señal para empezar?

Sentada ante la mesa de mezclas, Mitzi bajó el volumen en el preciso momento en que arrancaba un grito. Los chillidos aumentaban por etapas y se interrumpían con un jadeo entrecortado seguido de un ataque de tos ronca. Después venía el silencio de la muerte.

De fondo se elevaron sollozos. Una mujer que lloraba quedamente y

el tintineo luminoso de un cuchillo al caer al suelo de cemento. Una versión de sí misma que Mitzi no recordaba.

Otra voz de mujer, la de la chica, preguntó:

—¿Me puedes desatar, por favor?

Los sollozos se redujeron a suspiros temblorosos y sorbetones de nariz. Exhalaciones entrecortadas.

—Me voy —dijo la joven—. Ten —añadió—. Quédatelas. Son perlas auténticas.

A continuación se oyó un clic, lo suficientemente débil para que solo lo captara el más sensible de los micros. Luego unos pasos que se alejaban. Una puerta que se abría y se cerraba.

Al escuchar ahora la cinta, aquellas voces reverberantes le parecieron más reales que el hombre que trabajaba a su lado. Más reales que la criatura desconocida que se acurrucaba en su interior. Mitzi permaneció inmóvil en su silla, con los auriculares tapándole los oídos, y oyó llorar a la versión real de sí misma antes de que la versión artificial estirara el brazo para pulsar el botón de borrar.

Extracto de *Oscarpocalypse Now*, de Blush Gentry (p. 205)

¿Por qué me fui con Gates? Fue él quien me rescató de los verdaderos secuestradores. Hay millones de personas que no saben qué lleva la salsa ranchera, miles de millones, pero aun así les encanta. No me acuerdo de ningún detalle de mi secuestro, pero sé que Gates Foster me rescató, y que me casé con él, y que ahora es uno de los técnicos de efectos de sonido más importantes de la industria del cine. Fue el gobierno quien fue a buscarlo, como parte de sus esfuerzos por reconstruir la industria cinematográfica nacional. Y sé que lo amo —aunque la mitad del tiempo huela a lejía—, y que amo a nuestro hijo, Lawton. Casi tanto como amo el diópsido de cromo. O sea, te pones cualquiera de mis exclusivos y sofisticados anillos o collares y te sientes como si estuvieras en una película clásica de Hollywood. ¿Saben a lo que me refiero?

Podría decirse que estoy casada con el diópsido de cromo. Que nací para estar casada con el diópsido de cromo.

Foster borró otra cinta. Ya no sabía cuántos gritos había oído. Había

perdido la cuenta.

Lucinda nunca le había parecido tan perdida. Había seguido su pista hasta allí, hasta aquella cabina de hormigón en un búnker subterráneo insonorizado y a prueba de todo, y se había visto obligado a buscarla entre una infinidad de gritos ajenos. Era un infierno lo que poblaba su cabeza cuando se encontraba con aquellos fantasmas y buscaba entre ellos. Como si avanzara a tientas por el inframundo, buscando una sola alma entre los miles de millones de muertos.

Puso otra bobina en el eje y ensartó la cinta. Los auriculares crepitaron. Sus dedos hicieron girar un dial para bajar el volumen justo antes de que retumbara un grito en su cabeza. Un grito largo, de alguien con pulmones enormes, más largo que la mayoría. Y que se alargó demasiado. Hasta que dejó de ser un grito.

Se giró para encontrarse con la mirada de Mitzi, con los ojos muy abiertos, conmocionados. Vio que se había bajado los auriculares, pero, aunque él también se los bajó, el grito continuó. Llenando el estudio.

—Es mi alarma —gritó Mitzi por encima del ruido atronador que salía de los altavoces desde todos los rincones.

Había llegado el martes.

—Han venido a por su invento.

Miró a Foster con expresión displicente y estiró el brazo por encima de la mesa de mezclas para pulsar un interruptor. Un interruptor común y corriente, sin marca alguna, pero en cuanto hizo clic el estudio empezó a llenarse de olor a humo. De ese hedor amargo que queda después de soplar un millón de velas de cumpleaños.

Puede que hubieran tapado con pintura la cámara de la calle, o que simplemente la hubieran destrozado, pero el monitor no mostraba nada. Algo embistió desde fuera contra la puerta de entrada, aquella puerta metálica que parecía más fuerte que las paredes de cemento que la rodeaban.

El plan de Mitzi no era un plan. O no del todo. Por lo menos hasta que se puso de pie y caminó hasta la puerta del almacén de atrezo. Allí,

entre los machetes y los sables, encontró un trozo de cadena de acero y un candado. Y también el cuchillo Carvingware.

Los gritos de todo el mundo se solapaban y superponían, retumbando. De las cajas y los archivadores emanaba un humo acre y pestilente, negro y ponzoñoso. Y por detrás del humo, los primeros atisbos anaranjados de llamas. Los porrazos en la puerta casi se perdieron en medio del estruendo.

Mitzi llevó la cadena y su copa de vino hasta la mesa del centro de la sala y se tumbó sobre ella. La criatura desconocida que llevaba en su interior luchó para escapar. Mientras se enrollaba la cadena en torno a las piernas, amarrándose con fuerza los muslos muy juntos y cerrando el candado, Mitzi le pidió al tal Gates Foster:

—¿Me harías el favor de traerme mis pastillas? Las que están al lado del cuchillo. —Las que estaban en el platillo de esmalte alveolado, que ahora ella señaló con un dedo trémulo. Se recostó en la mesa y dijo—: No quiero estar aquí cuando esto pase.

Con la cara tan pálida que casi resplandecía en medio del humo negro, Foster preguntó:

—¿Estás de parto?

Mitzi se echó las pastillas en la boca y las masticó. Las ayudó a bajar con vino. Dijo:

—Yo maté a tu hija. A Lucinda.

Foster miró el cuchillo que estaba sobre la mesa de mezclas y dijo:

—No puedo hacerlo.

Mitzi estiró el brazo y agarró los micrófonos, atrayéndolos hacia ella como si fueran viejos amigos. Levantó la mano y tiró de los micros colgantes hasta que los tuvo suspendidos frente a la cara. Dijo:

—Lucinda, tu Lucy, estaba perdida en un edificio del centro. —Sus palabras se enturbiaban y disolvían—. Y la encontré. Ella siempre había querido una hermana mayor. —Levantó la cabeza para mirar a Foster a los ojos mientras decía—: La maté a cuchilladas sobre esta misma mesa. —Las agujas de los sonómetros saltaron al unísono.

Gates Foster, aquel padre que había esperado tantos años para llegar allí, le suplicó una verdad distinta con la cara. Luego agarró el cuchillo.

Foster escuchó. Ella le contó que solo había hecho una cosa mal. Le explicó que solo hacía falta un pinchazo, un corte con un cuchillo, para conseguir que alguien se pusiera a chillar, pero que hacían falta otros cien para conseguir que parara. Se había pasado toda la vida intentando resolver lo que había empezado aquella tarde en que se llevó a una niña a casa.

Foster no era capaz. Al menos no al principio.

—Estás mintiendo —le dijo.

Le dijo que Lucinda no estaba muerta. Aquella tal Mitzi era el último eslabón que llevaba hasta ella. Foster había llegado allí después de diecisiete años de arrastrarse por un submundo donde la gente se follaba a niños y los asesinaba. Solo había cogido el cuchillo para amenazarla, pero ahora le vinieron las imágenes a la cabeza. El inventario de niños maltratados y vejados. El huracán de gritos y humo se arremolinó a su alrededor, hasta que un único grito empezó a repetirse en bucle, chillando:

—¡Socorro! ¡Papá, por favor, no! ¡Socorro!

La tal Mitzi levantó la vista para mirarlo, y entonces Foster supo que estaba diciendo la verdad. Ya no le quedaba nada por descubrir. Ya no valía la pena seguir haciendo preguntas. Mitzi llevaba un vestido holgado, y Foster tuvo miedo de que el cuchillo pudiera estropearlo. Qué pensamiento tan absurdo. Aquello era una película. Se dijo a sí mismo que estaba en una película. Y bajó de golpe el brazo, como si estuviera plantando una bandera.

El cuchillo se clavó en el pecho de Mitzi con una serie de firmes acometidas. Saliendo y volviendo a entrar. Saliendo con aquel sonido de succión perfecto que ella siempre se había asegurado de incluir en sus trabajos. Una paz, la paz del shock y del trauma, se había asentado sobre su cuerpo y su mente. Algo más profundo que el olvido que obtenía gracias al vino y al Ambien.

Ahora tocaban las cien heridas necesarias para resolver la primera, de manera que Foster volvió a acuchillarla. Estaba sollozando. La

sangre de ella y sus propias lágrimas se mezclaron con el hollín en su rostro, una máscara roja y negra.

Una niña estaba de pie al lado de la mesa y dijo:

—Mitzi, estoy aquí. Voy a ayudarte a volver a casa.

La niña miró a su padre con cara de pena y Mitzi le dijo:

—No puede verte. —Su voz se sobresaltó cuando el tal Foster le arrancó el cuchillo del cuerpo y cogió impulso para volver a clavárselo.

La niña, Lucinda, Lucy, su hermana pequeña durante un solo día, le dijo:

—Cuéntale lo del asado. Lo de que hay que cortar la parte estrecha con un cuchillo grande.

Mientras el cuchillo bajaba, Mitzi balbuceó el extraño mensaje y el cuchillo se detuvo antes de entrar en su pecho.

—Dile que la abuela Linda está aquí conmigo —chilló Lucinda.

Mitzi transmitió el mensaje con voz estrangulada.

—Dile —chilló Lucinda— que no fue culpa suya.

Mitzi sintió el sabor de la sangre, la sangre que subía borboteando desde sus pulmones, y cuando tosió y boqueó para hablar salpicó de gotitas sanguinolentas los micrófonos que se apiñaban cerca de ella para oírla. Las agujas de los sonómetros saltaron, aunque muy débilmente, antes de volver a reposar. No podía hablar, pero sí podía oír. Ya no sentía las cadenas que le amarraban las piernas juntas. Ya no veía, no con sus propios ojos, pero sí que sintió una manita que se cerraba en torno a la suya y oyó que la voz de Lucinda le decía:

—Ven conmigo. Sé que estás perdida. Te llevo a casa.

Una segunda figura emergió entre el humo. Un hombre corpulento con esmoquin. Llevaba gemelos de malaquitas. Llevaba un reloj Timex en la muñeca peluda y una gardenia de fragancia dulzona en la solapa. Con él iba una mujer a la que Mitzi solo había visto en fotografías. La cara exangüe de Mitzi sonrió.

—Schlo. Se te ve bien…

Schlo le devolvió la sonrisa.

—Hija mía, ojalá pudiera decir lo mismo de ti. —Le hizo señas para que se levantara y lo acompañara. Miró cariñosamente a la mujer que

lo acompañaba. Una mujer rubia—. A tu madre le encantaría conocerte —dijo.

Foster siguió clavando puñaladas. Siguieron sonando los gritos grabados, pero Mitzi ya estaba muerta. Y a pesar de que estaba muerta, Foster no podía parar. No tenía ni idea de cómo hacer lo que necesitaba hacer, así que continuó asestando tajos y cuchilladas. Estaba abriendo a hachazos un ataúd de palisandro. Desgarró con las manos la ropa empapada y hecha jirones, escarbó en el cuerpo de ella y palpó entre sus órganos pegajosos que ya empezaban a enfriarse.

Entró en ella. Entró en ella y la profanó. Profanó y destruyó mientras hurgaba en su cuerpo, igual que había rebuscado entre tantos kilómetros de cinta, en tantas páginas web, hurgando entre sus entrañas viscosas. Usando las manos desnudas escarbó, con las uñas sanguinolentas, hasta que sus dedos encontraron lo que habían esperado encontrar.

Se cortó la electricidad y se apagaron las luces. En una escena ya solo iluminada por las llamas anaranjadas que crepitaban y centelleaban, las bobinas se detuvieron y dejaron de sonar los gritos. Y mientras se apagaba el último grito, Foster extrajo de la mujer muerta su premio chorreante. El recién nacido respiró por primera vez aquel aire tóxico y se puso a berrear. Y el grito de aquella criatura traída a este mundo oscuro, contaminado y abrasador se impuso a todos los gritos de quienes lo abandonaban.

Se habían detenido los golpes contra la puerta de entrada. Pero mientras el bebé lloraba en los brazos de Foster, sonó un ruido nuevo. Un timbrazo. El timbre que significaba que había alguien en la puerta de la calle. Foster tenía poco donde elegir: o moría allí dentro o moría a manos de quienes estaban fuera. Cegado por el fuego, llevó al bebé tembloroso y ensangrentado escaleras arriba, donde trajinó a tientas con cerrojos y cerraduras hasta conseguir abrir la puerta.

En la calle había una figura solitaria. Ningún ejército, ni tampoco la policía. Solo una mujer con una limusina aparcada cerca. En el lapso entre la retirada de los mercenarios y la llegada inminente de los

camiones de bomberos, solo estaba aquella mujer. Que le dijo:

—Tienes un bebé.

Llevaba puesto un resplandeciente collar doble de perlas naturales.

Foster le ofreció a la criatura y Blush Gentry la cogió en brazos.

Como si unieran sus fuerzas, todos los pomeranias y chihuahuas del vecindario, todos los corgis y perros salchicha de la ciudad, aullaron hasta materializar una sirena. Esa sirena creó las luces estroboscópicas rojas y azules. Y las luces trajeron el primer camión de bomberos. Luego sus voces combinadas invocaron a un segundo, un tercer y un cuarto camión, pero ya era demasiado tarde. Las llamas estallaban a través del tejado de Efectos de Sonido Ives. Las llamas bramaban desde la puerta entreabierta de la calle.

Dentro, los micrófonos en llamas se fundían en sus soportes. Los micrófonos suspendidos caían del techo. En el almacén de atrezo ardían las hachas, ardían los picahielos, los cuchillos de caza y las cachiporras. Los interminables rollos de cinta magnética alimentaban las llamas. Los cables se derretían. Los sonómetros palpitaban como si estuvieran monitorizando su propia muerte.

En aquellos momentos finales, una bobina encontró el impulso necesario para ponerse a girar. Una cinta empezó a reproducirse y su sonido salió del último pequeño altavoz:

—Cierra los ojos —dijo una niña—. Escucha y adivina.

A continuación se oyó un ruido suave, un tableteo apagado.

—¡Lluvia! —gritó otra niña.

La niña mayor dijo:

—Ahora dime qué has desayunado, Lucy.

—Cheerios —dijo la más pequeña—. Huevos revueltos. Un vaso de leche.

Se abrió y se cerró una puerta. Se oyeron pasos y una voz de hombre dijo:

—Mitzi, ¿quién es tu nueva amiga?

La niña mayor dijo:

—Lucy, te presento a mi padre.

Y al oírse aquello, la última cinta empezó a derretirse y a arder.

En la pantalla del televisor una mujer joven estaba atada a una recargada cama metálica dentro de una desvencijada cabaña de troncos. Una horda de soldados confederados se apiñaba en la habitación, y uno de ellos blandía un cuchillo de carnicero. Otro preguntó:

—¿Vas a decirnos dónde se esconden los esclavos, Tammie Belle, o vamos a tener que ejecutarte?

Gates estaba sentado en un sofá, comiendo palomitas de un cuenco que tenía en el regazo. A su lado, Blush sostenía en brazos al hijo de ambos, Lawton.

Los soldados atacaron a la mujer y la mujer gritó. O por lo menos se oyó un grito, aunque claramente estaba doblado. Gates Foster cambió de canal. Y allí estaba: la joven que no era Lucinda. Era el descubrimiento más reciente de la televisión, Meredith Marshall, ahora protagonista de una sitcom sobre una divertida pareja de padre e hija que tenían una agencia de detectives. Al padre lo interpretaba el tipo que no era Robb Laurence. Ambos formaban parte de la nueva generación de estrellas del cine y la televisión, con unos índices de audiencia estelares.

Después de cada línea de diálogo bramaba una pista de risas.

Mientras masticaba palomitas, Foster se preguntó si quedaba algo real en el mundo. Algo o alguien. Ni siquiera las palomitas sabían como debían. Volvió a poner la película de la guerra de Secesión.

—Esta película es malísima —dijo.

El bebé se despertó y empezó a agitarse. Blush lo tranquilizó y dijo:

—El grito era bueno.

Su marido no contestó. Miró su correo electrónico, sosteniendo el teléfono de tal manera que su mujer no pudiera verlo. Abrió el mensaje del Departamento de Estadística de Idaho y lo leyó. No era la primera vez que lo leía en lo que iba de día. Ni siquiera la décima. Se lo sabía de memoria. En resumen, los registros del estado mostraban que ningún Lawton Koestler se había matriculado nunca en ninguna

escuela de Idaho. Nunca se había emitido ningún certificado de nacimiento para un niño con aquel nombre. Y tampoco había muerto ningún niño por una alergia a los cacahuetes, cogido de la mano de una futura estrella de cine en lo alto de una montaña helada donde acechaban los pumas.

Idaho ni siquiera tenía una jodida Beech Mountain.

Blush Gentry, o quien fuera aquella mujer, se lo había inventado todo. Le había tomado el pelo todo lo que había querido y más. O puede que la historia se la hubiera enseñado quien fuera que había adiestrado a Robb, el mismo grupo que había organizado el falso grupo de apoyo y había provocado a Foster en el funeral falso que habían montado. La misma operación del Estado profundo que le había enviado imágenes de niños sometidos a abusos sexuales. A fin de alimentar la furia de Foster y que sirviera a sus intereses.

Cuando se había sentido paralizado por la desesperación, el grupo le había mandado el vídeo del grito de Lucinda.

Foster se llenó la boca de palomitas y se limpió los dedos grasientos en el cojín del sofá. Su rabia no había desaparecido.

Solo necesitaba que la refrescaran.

Y para ello se puso a ojear su galería de monstruos. Si no andaba errado, ahora iba a poder elegir. Los individuos que escogiera de la dark web le serían entregados como si fueran pizzas, para que hiciera con ellos lo que quisiera. Como carne para ser desangrada o trinchada o quemada.

Sería curativo.

Cierto: sus métodos distaban de ser perfectos. Iba a cometer equivocaciones. Pero ni siquiera los inocentes que murieran sufrirían en vano. Había que tenerlo en cuenta. Foster podía llevar a cabo sus interrogatorios y desfogar sus frustraciones. Y en el peor de los casos, las películas de cine mejorarían.

Foster miró a su preciosa esposa, fuera quien fuera. Miró a su bebé, engendrado por unos desconocidos. Un día ese niño, su hijo, seguiría sus pasos.

Nadie detendría nunca a Gates Foster porque trabajaba para la gente que llevaba a cabo las detenciones. Por la misma razón, nunca

lo pillarían.

Su futuro parecía simple. Simple y luminoso. Luminoso y sin fondo.

El autor de *El club de la lucha* sigue en la cúspide de sus poderes literarios: atrevido, desafiante y con un gran dominio del suspense, regresa con una novela sombría y espeluznante que reflexiona sobre la mercantilización del sufrimiento y el poder del arte.



Han pasado diecisiete años desde que Gates Foster perdió a su hija Lucy y desde entonces no ha dejado de buscarla. Ahora, un impactante e inesperado suceso le proporciona la primera pista significativa después de una década, y todo apunta a que está a punto de descubrir una verdad terrible.

Mientras tanto, Mitzi Ives ha logrado hacerse un hueco como ingeniera de sonido para la industria de Hollywood usando las mismas técnicas secretas que utilizaba su padre. Son especialmente célebres los horripilantes gritos que crea para el cine de terror, tan verosímiles y estremecedores que bien podrían ser reales. Cuando las vidas de Gates y Mitzi se crucen, saldrán a la luz los atroces y violentos secretos que se ocultan tras la glamurosa fachada de Hollywood.

La crítica ha dicho:

«La razón por la que la gente lee a Palahniuk es su oscura ironía sobre la modernidad. Sus libros no son tanto novelas como fábulas dentadas, cuentos con moraleja sobre el peligro que representa casi todo».
Time

«Pondrá a prueba el estómago de sus lectores habituales, y le va a garantizar un nuevo conjunto de fieles seguidores».
New York Journal of Books

«Se sumerge en las películas de terror hollywoodiense con una historia atroz que combina la desviación sexual de *Snuff* con un grado de sadismo a lo Bret Easton Ellis».
Kirkus Review

«Las historias de Chuck Palahniuk no se desarrollan: se precipitan de cabeza, cambiando de carril bruscamente y golpeando los guardarraíles de la ficción moderna. Con su amor por los cuentos de hadas contemporáneos, más descarnados y sucios que bonitos, Palahniuk es el heredero más directo de Vonnegut en la literatura estadounidense».
San Francisco Chronicle

«Como Edgar Allan Poe, Palahniuk es un incansable proveedor tóxico de un creciente horror. En su caso, convierte el nihilismo en diversión».
Vanity Fair

«Este oscuro y divertido relato brilla por sus detalles ingeniosos, incluido un grito lo bastante potente como para derrumbar edificios, y por sus provocadoras reflexiones sobre la mercantilización del dolor [...]. El resultado es una irónica y diabólica delicia».
Publishers Weekly

Chuck Palahniuk nació en el estado de Washington en 1962. Es licenciado en periodismo y ha trabajado en una empresa de fabricación de contenedores, en una cadena de montaje y como mecánico. Escribió su primera novela, *El club de la lucha*, en tres meses; casi tan rápida fue también su conversión en un bestseller que, además, terminó siendo adaptada al cine. Actualmente es un autor de gran éxito cuyo nombre aparece muy a menudo en la lista de los más vendidos en Estados Unidos. Otros títulos del autor son *Monstruos invisibles*, *Asfixia*, *Nana*, *Diario. Una novela*, *Error humano*, *Fantasmas*, *Rant. La vida de un asesino*, *Snuff*, *Pigmeo*, *Al desnudo*, *Condenada* y su continuación, *Maldita*. Todas ellas están publicadas por Literatura Random House y Debolsillo.

Vive en la Costa Noroeste de Estados Unidos.



Título original: *The invention of sound*

Primera edición: enero de 2024

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Tree Abraham para Hachette

ISBN: 978-84-397-4193-0

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
X: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice